



This is a digital copy of a book that was preserved for generations on library shelves before it was carefully scanned by Google as part of a project to make the world's books discoverable online.

It has survived long enough for the copyright to expire and the book to enter the public domain. A public domain book is one that was never subject to copyright or whose legal copyright term has expired. Whether a book is in the public domain may vary country to country. Public domain books are our gateways to the past, representing a wealth of history, culture and knowledge that's often difficult to discover.

Marks, notations and other marginalia present in the original volume will appear in this file - a reminder of this book's long journey from the publisher to a library and finally to you.

### Usage guidelines

Google is proud to partner with libraries to digitize public domain materials and make them widely accessible. Public domain books belong to the public and we are merely their custodians. Nevertheless, this work is expensive, so in order to keep providing this resource, we have taken steps to prevent abuse by commercial parties, including placing technical restrictions on automated querying.

We also ask that you:

- + *Make non-commercial use of the files* We designed Google Book Search for use by individuals, and we request that you use these files for personal, non-commercial purposes.
- + *Refrain from automated querying* Do not send automated queries of any sort to Google's system: If you are conducting research on machine translation, optical character recognition or other areas where access to a large amount of text is helpful, please contact us. We encourage the use of public domain materials for these purposes and may be able to help.
- + *Maintain attribution* The Google "watermark" you see on each file is essential for informing people about this project and helping them find additional materials through Google Book Search. Please do not remove it.
- + *Keep it legal* Whatever your use, remember that you are responsible for ensuring that what you are doing is legal. Do not assume that just because we believe a book is in the public domain for users in the United States, that the work is also in the public domain for users in other countries. Whether a book is still in copyright varies from country to country, and we can't offer guidance on whether any specific use of any specific book is allowed. Please do not assume that a book's appearance in Google Book Search means it can be used in any manner anywhere in the world. Copyright infringement liability can be quite severe.

### About Google Book Search

Google's mission is to organize the world's information and to make it universally accessible and useful. Google Book Search helps readers discover the world's books while helping authors and publishers reach new audiences. You can search through the full text of this book on the web at <http://books.google.com/>



## Acerca de este libro

Esta es una copia digital de un libro que, durante generaciones, se ha conservado en las estanterías de una biblioteca, hasta que Google ha decidido escanearlo como parte de un proyecto que pretende que sea posible descubrir en línea libros de todo el mundo.

Ha sobrevivido tantos años como para que los derechos de autor hayan expirado y el libro pase a ser de dominio público. El que un libro sea de dominio público significa que nunca ha estado protegido por derechos de autor, o bien que el período legal de estos derechos ya ha expirado. Es posible que una misma obra sea de dominio público en unos países y, sin embargo, no lo sea en otros. Los libros de dominio público son nuestras puertas hacia el pasado, suponen un patrimonio histórico, cultural y de conocimientos que, a menudo, resulta difícil de descubrir.

Todas las anotaciones, marcas y otras señales en los márgenes que estén presentes en el volumen original aparecerán también en este archivo como testimonio del largo viaje que el libro ha recorrido desde el editor hasta la biblioteca y, finalmente, hasta usted.

## Normas de uso

Google se enorgullece de poder colaborar con distintas bibliotecas para digitalizar los materiales de dominio público a fin de hacerlos accesibles a todo el mundo. Los libros de dominio público son patrimonio de todos, nosotros somos sus humildes guardianes. No obstante, se trata de un trabajo caro. Por este motivo, y para poder ofrecer este recurso, hemos tomado medidas para evitar que se produzca un abuso por parte de terceros con fines comerciales, y hemos incluido restricciones técnicas sobre las solicitudes automatizadas.

Asimismo, le pedimos que:

- + *Haga un uso exclusivamente no comercial de estos archivos* Hemos diseñado la Búsqueda de libros de Google para el uso de particulares; como tal, le pedimos que utilice estos archivos con fines personales, y no comerciales.
- + *No envíe solicitudes automatizadas* Por favor, no envíe solicitudes automatizadas de ningún tipo al sistema de Google. Si está llevando a cabo una investigación sobre traducción automática, reconocimiento óptico de caracteres u otros campos para los que resulte útil disfrutar de acceso a una gran cantidad de texto, por favor, envíenos un mensaje. Fomentamos el uso de materiales de dominio público con estos propósitos y seguro que podremos ayudarle.
- + *Conserve la atribución* La filigrana de Google que verá en todos los archivos es fundamental para informar a los usuarios sobre este proyecto y ayudarles a encontrar materiales adicionales en la Búsqueda de libros de Google. Por favor, no la elimine.
- + *Manténgase siempre dentro de la legalidad* Sea cual sea el uso que haga de estos materiales, recuerde que es responsable de asegurarse de que todo lo que hace es legal. No dé por sentado que, por el hecho de que una obra se considere de dominio público para los usuarios de los Estados Unidos, lo será también para los usuarios de otros países. La legislación sobre derechos de autor varía de un país a otro, y no podemos facilitar información sobre si está permitido un uso específico de algún libro. Por favor, no suponga que la aparición de un libro en nuestro programa significa que se puede utilizar de igual manera en todo el mundo. La responsabilidad ante la infracción de los derechos de autor puede ser muy grave.

## Acerca de la Búsqueda de libros de Google

El objetivo de Google consiste en organizar información procedente de todo el mundo y hacerla accesible y útil de forma universal. El programa de Búsqueda de libros de Google ayuda a los lectores a descubrir los libros de todo el mundo a la vez que ayuda a autores y editores a llegar a nuevas audiencias. Podrá realizar búsquedas en el texto completo de este libro en la web, en la página <http://books.google.com>

SA1597.1

**HARVARD COLLEGE LIBRARY  
CUBAN COLLECTION**



**BOUGHT FROM THE FUND  
FOR A  
PROFESSORSHIP OF  
LATIN AMERICAN HISTORY  
AND ECONOMICS**

**FROM THE LIBRARY OF  
JOSÉ AUGUSTO ESCOTO  
OF MATANZAS, CUBA**

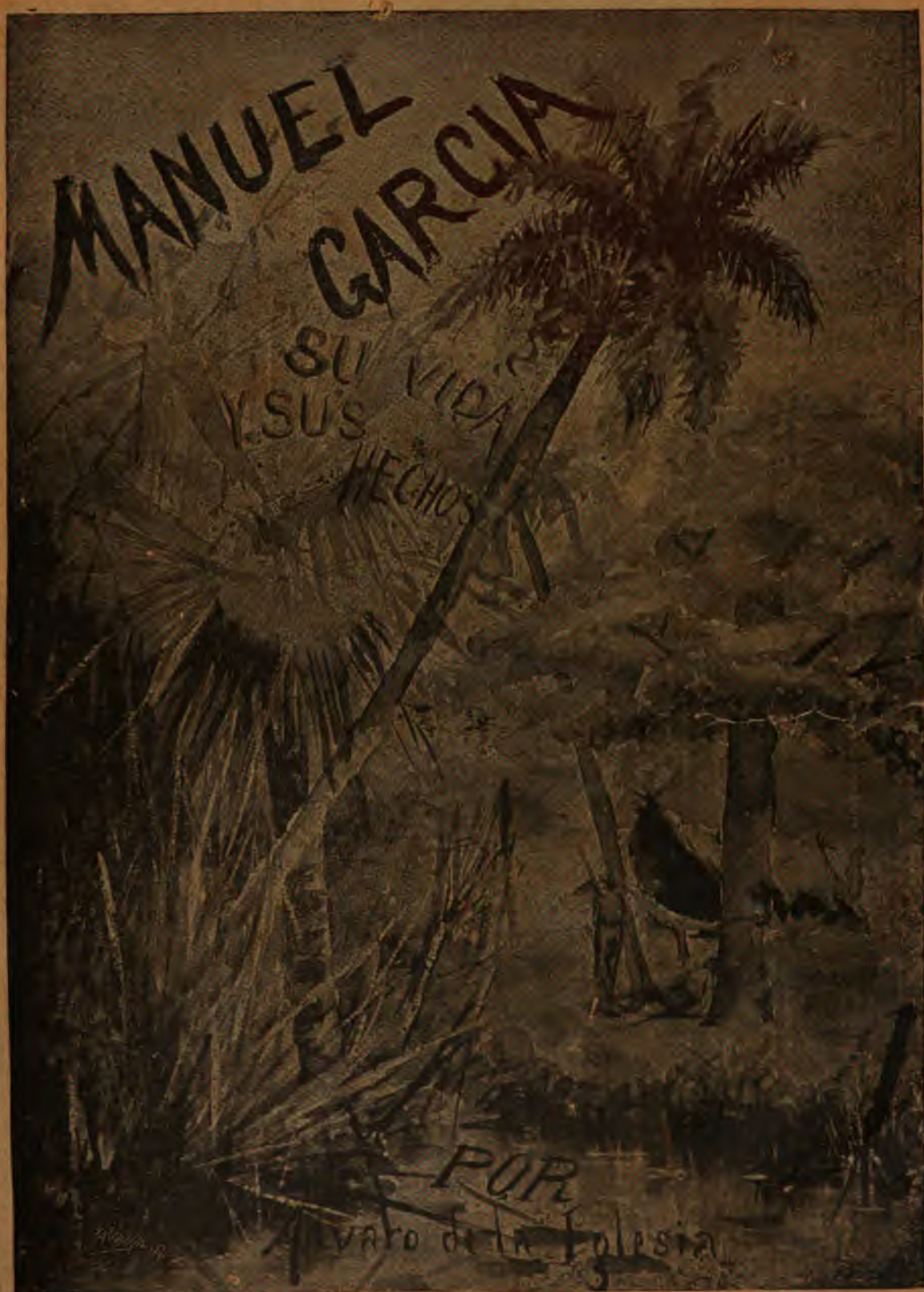


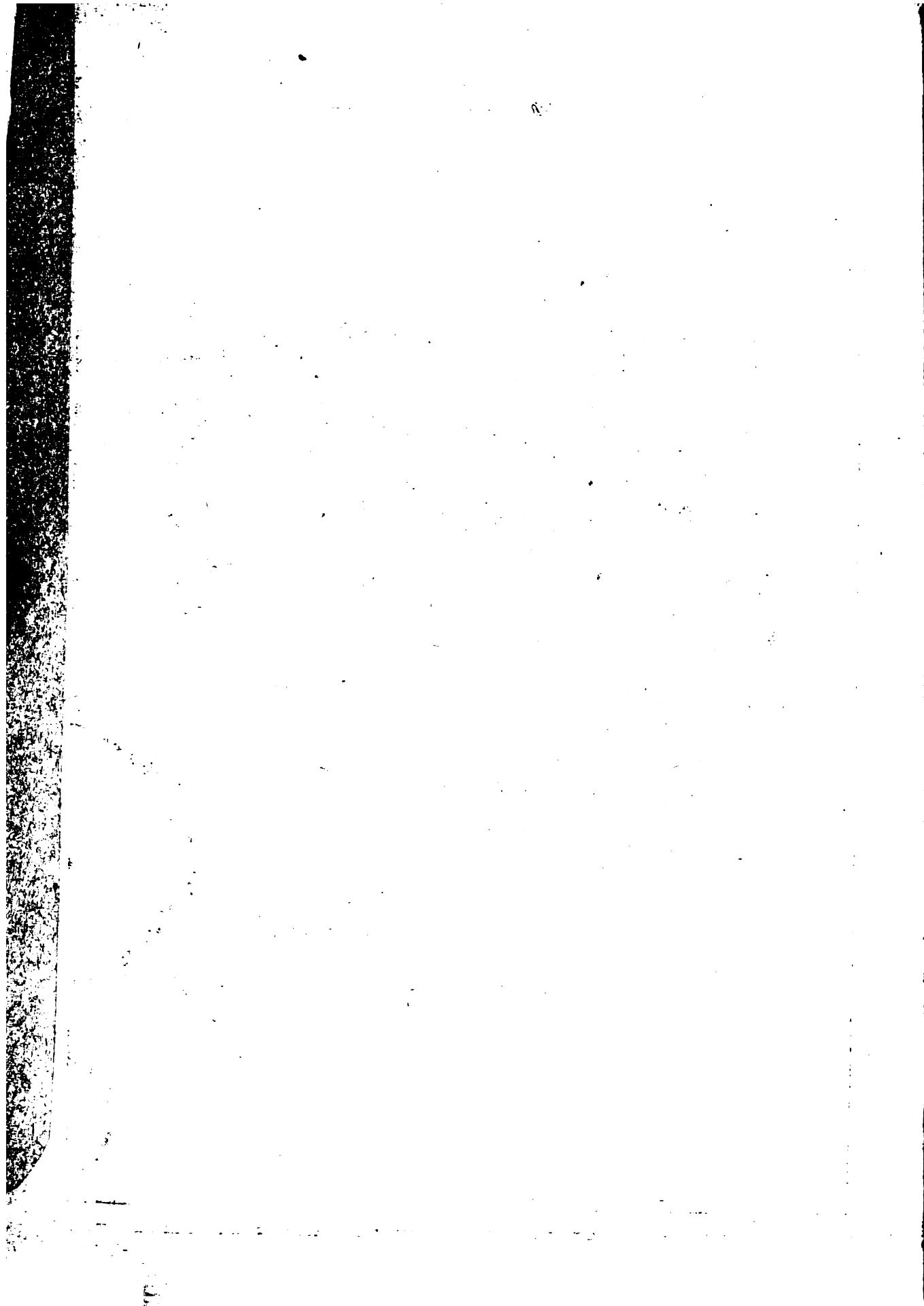












MANUEL GARCÍA





# MANUEL GARCÍA

(EL REY DE LOS CAMPOS DE CUBA)

---



## SU VIDA Y SUS HECHOS

POR ÁLVARO DE LA IGLESIA

(ILUSTRACIONES DE L. SANTAMARINA)



LA COMERCIAL

—  
IMPRENTA, PAPELERIA, ENCUADERNACION, RAYADOS Y SELLOS DE GOMA

MURALLA 123.—HABANA

1895



SA 1597.1

HARVARD COLLEGE LIBRARY

MAY 3 1917

LATIN-AMERICAN  
PROFESSORSHIP FUND.

---

*Se prohíbe la reproducción de esta  
obra, propiedad del autor.*

*Queda hecho el depósito que marca  
la Ley.*


*Todos los ejemplares van contra-  
señados.*

---



*«Un gobierno que desmoraliza con su ejemplo, forma él mismo los criminales que habrá de perseguir después.»*

ENRIQUE J. VARONA,—*Artículos y Discursos. 1891.*

O no recuerdo quien dijo, que Cuba era un presidio suelto; pero quien quiera que haya sido, dejó dicha una verdad como un templo. En los larguísimos años que hace resido en este país, al cual considero el mío propio, no he presenciado otro espectáculo que el del despojo y no recuerdo otro bandolerismo más feroz que el de los hombres honrados. Desde las esferas del poder hasta las más humildes de la actividad social, he contemplado un vasto hormiguero que sin más Dios que la fuerza ó la astucia, se dedica al robo en mayor ó menor escala y con más ó menos quiebras. En la edad gentílica, ya se hubiera elevado aquí, en medio de este pueblo, donde luchan heroicamente por la vida millares de infelices, una estatua á Caco y no á Mercurio, porque éste sería un dios demasiado decente.

Dentro de los hipócritas convencionalismos sociales, esto que acabo de escribir dejándome llevar por una convicción íntima y sincera, puede afectar los negros caracteres de una calumnia, pero cada uno de los lectores de este libro si reflexiona á solas, estoy seguro que acepta mi afirmación en toda su rudeza y asiente convencido á lo dicho. Ello no será obstáculo para que algunos espíritus á lo Tartufe, lancen su anatema contra el autor y protesten indignados contra una proposición que calificarán de absurda. Algo fuerte es lo expuesto pero . . . es justo. Yo lo confieso; conozco á muchos hombres honrados y entre ellos muy pocos ricos. ¡En cambio conozco á tantos ricos que jamás fueron hombres honrados!

De esto se deriva la poca importancia que he concedido siempre al bandolerismo cubano. Lo contrario de otros que conocemos todos, que se esfuerzan en acriminar á los bandidos del monte, para persuadirnos de que fuera de él aquí todos somos unos caballeros. Y el bandolerismo militante, no es más que una plaga temporal y fácil de extirpar si se pretende extirparla, en tanto que *el otro*, el bandolerismo manso, el de guante blanco, el que vive unas veces en los muelles, otras entre montañas de papel sellado, aquí á la vuelta dentro de pipas de vino artificial, más lejos chupando la sangre anémica del colono, hoy con cara de impuesto arbitrario, mañana con cuerpo de ejecutor de apremios, un día siendo inspector de amillaramientos, timbre ó subsidio, otro día proveedor del ejército ó envenenador del soldado, cerca comiéndose una suscripción patriótica, no tan cerca amontonando irregularidades bajo una administración municipal, ayer estafando al Estado en la Junta de la Deuda, anteayer robándose la caja de una Económica . . . ¿A qué seguir? Ante ese espantable brigandaje urbano, deshonor de una nación y descrédito de un sistema, ante ese presidio suelto que

hacía exclamar al Intendente Cancio Villamil, en su informe al ministerio: *los gobiernos han visto regresar á la Peninsula á algunos funcionarios con fortunas superiores á las que legalmente podría esperarse y apesar de presumir los medios empleados para adquirirlas no se les ha ocurrido formarles expediente de residencia y ellos y sus compañeros y el país han visto que lejos de eso, cuánto más ricos, más se les abrían las puertas del favor, y los ascensos y los honores prodigamente concedidos venían á dar una sanción legal á su reprobada conducta, (\*)* ante ese espectáculo repugnante, Manuel García es un modestísimo bandolero de la clase de hacendistas, que cobra sus contribuciones *con mejores modos* que algunos servidores del pueblo ensoberbecidos, y tal vez con mayor espíritu de equidad; Matagás es un infeliz cazador de *jutías* en la Ciénega de Zapata, el mulato Plasencia, Mirabal, Gallo Sosa, Escuela y consortes, están muy por debajo, con todos sus latrocinios, de cualquier administrador de rentas alzado y han causado menos víctimas que el menor de esos alquimistas, émulos de Elena Jégado, inventores en el siglo XIX del café pócima, del coñac de los Borgias y del vino de Locusta. Por eso hame ocurrido pensar algunas veces, cuando presencio las afortunadas correrías del *Rey de los Campos* y su gente por esos montes, que más le valdría á esos desdichados, ya que nacieron con excepcionales aptitudes para la rapiña, hacerse con una credencialita en la Junta de la Deuda, (como Oteiza) en Aduanas, (como Pezuela) *colocarse* en un ayuntamiento (como un cajero famoso) ó darse un paseito hasta la metrópoli para conseguir por medio de algun *agente* (cuya circular hemos visto muchos) uno de esos puestos desde los cuales se giran en un año treinta mil pesos á la tierra natal ó se retira uno á fomentar cualquier balnea-

---

(\*) Situación Económica de la Isla de Cuba. Comunicación del Intendente D. Mariano Cancio Villamil al Gobierno. 29 Mayo 1873.

rio en el mediodía de la Península, después de haber vivido en este país infortunado con un tren de rajá indio.

Y cuente el lector con que la pluma, movida por el autor con gran parsimonia, (porque la verdad absoluta lleva algunas veces á presidio con más facilidad que el secuestro,) se queda á la mitad del camino y no acaba de rasgar ese transparente velo que entubre á medias, como el traje de las prostitutas, el inmundo cáncer de la inmoralidad colonial. ¡Qué sería si dando de mano á todos los respetos, llamara á las cosas por sus nombres y revolviere el fondo de esta gran cloaca en que bracean tantos Manuel García haciendo su pesca sin los riesgos que corre el tristemente célebre *Rey de los Campos de Cuba!*

Y ahora bien: un pueblo que vé como se perpetran á diario los mayores delitos, quedando muchos impunes, un pueblo educado en el espectáculo de la inmoralidad, ¿cómo ha de ser honrado? ¿cómo ha de ser moral? El ejemplo viene de arriba; la podredumbre está en lo alto y de allí corre á contaminar todo el cuerpo social. La miseria, los malos ejemplos de una administración corrompida y la despreocupación de un sistema que hace del juego un capítulo del presupuesto y fomenta la prostitución; los abusos de autoridad en los campos, la falta de instrucción, he ahí los principales factores del bandolerismo, aún cuando se echen á buscar otras causas aquellos á quienes conviene (como ya hemos dicho) convencer al pueblo de que fuera de los bandoleros que forman á las órdenes de Manuel García, Matagás ó Mirabal no se encuentra un pillo ni un defraudador de la riqueza pública para un remedio.

¡Ah! si fuera posible arrancar con mano valiente ese disfraz dorado con que se encubren los verdaderos ladrones!... ¡Cuántas reputaciones falsas, cuántos nombres ilustres veríamos caer á tierra en medio de la befa y del escarnio!..

Tenemos dos docenas de facinerosos vulgares en los montes, cien criminales en las cárceles y el presidio.... Con eso basta para que durmamos tranquilos, persuadidos íntimamente de que fuera de esos bandoleros, en el país no hay más que hombres honrados....

*Alvaro de la Iglesia.*

Esta obra, en su mayor parte, ha sido escrita meses antes de la muerte de Manuel García.







# MANUEL GARCÍA

(El Rey de los Campos de Cuba)



## SU VIDA Y SUS HECHOS



### I

**Manuel García.—Filiación.—Antecedentes históricos.—Sus primeros años.—¡Al monte!**

Manuel García, el famoso bandolero cubano, conocido por el *Rey de los Campos de Cuba* (mote que él mismo se aplica enfáticamente en sus cartas y fechorías), nació en Alacranes (Alfonso XII) el primero de Febrero de 1851, siendo bautizado en aquella iglesia parroquial de San Francisco de Paula el día cuatro del mismo mes y año, y recibiendo en la pila los nombres de Manuel Hermenegildo.

Sus padres legítimos, los honradísimos hijos de Canarias, D. Vicente García y D<sup>a</sup> María Isabel Ponce, residían en dicha localidad desde larga fecha, dedicados á las labores agrícolas. Más tarde se trasladaron á Quivicán, donde Manuel García recibió los principios de la educación rudi-



mentaria que hoy posee, demostrando una gran claridad de inteligencia y mucha vivacidad.

Desde niño gozó de una privilegiada naturaleza: fuerte, desarrollado, resistente á la fatiga y las necesidades, endureciéndose su organismo en el manejo de ganados que fué su primitiva ocupación. Sin tener una organización robusta, distínguese por la elasticidad de sus músculos incansables en toda suerte de ejercicios. Es gran ginete, se lanza al suelo desde el caballo y trepa á la montura de un solo salto como el tigre. A caballo es invencible. Cuéntase que en las distintas veces que ha sido sorprendido, fué siempre el primero en desaparecer como un relámpago, pero defendiéndose con gran valor.

Su retrato ha dado pié para muy graciosas anécdotas. A los fines de la persecución, necesitaban las fuerzas y la policía un verdadero retrato del *Rey de los Campos*. Por distintos medios y conductos, llegaron varios á poder de las autoridades. Ninguno se parecía al otro, pero cada poseedor acreditaba ser el suyo el *verdadero retrato*. Es fácil colegir que en la duda no había ganado mucho la autoridad con tantas fotografías.

Dicen algunos que Manuel García en aquel entonces no había soñado en retratarse ni es de suponer que el *Rey de los Campos*, que es astuto, cayera en la ligereza de proporcionar á la policía y demás perseguidores, un dato tan peligroso. Pero las autoridades necesitaban un retrato y se echaron á buscarlo poco más ó menos del siguiente modo:

Llegaba á palacio un jefe del ejército en operaciones (porque para perseguir á Manuel García se ha puesto en movimiento un ejército) y le hacían la siguiente pregunta:

—Comandante: ¿ha visto Vd. á Manuel García?

—Como veo ahora á V. E. . .

—¿Qué tipo tiene?

—No es fácil de describir, pero tengo en la cuarta

compañía un cabo que es el verdadero retrato del *Rey de los Campos*.

—¿De veras? Pues que venga enseguida.

Llegaba el cabo y le tiraban una plancha acto continuo.

Salía á los pocos días una nueva fuerza á operar contra el bandolerismo. El jefe era llamado.

—¿Conoce Vd. á Manuel García?

—Como á mis manos, General...

—¿De veras? ¿Será éste?

Momento de expectación.

—Ni por el pelo se parece, mi General. Manuel García es así, y asá, tiene la nariz como el señor y los ojos como ese ordenanza que acaba de entrar el coñac... En fin, en la sexta compañía tengo un soldado que es la estampa de ese bandido.

—¿Es posible? Que venga en el acto.

Y le tiraban otra plancha. Así fué tirando planchas el Gabinete Particular y aún seguiría tirándolas monumentales si no hubiera caído al peso de su propio descrédito.

Por fin ¡claro! *los guardias valonas segun la canción...*) tuvo que dar *La Lucha* (cuya información puede competir con la del primer periódico del mundo), el verdadero retrato de Manuel García. Copia fiel de ese retrato, es el que encabeza esta obra. Postrémonos reverentes ante lo admirable de los medios de persecución puestos en práctica por muchos gobernadores generales de Cuba!

El Sr. Fernando Pérez y Calero, dueño de la finca Battalla en San Nicolás, secuestrado por Manuel García en 21 de Julio de 1890, hace del famoso bandido la siguiente pintura:

*«Es alto, trigueño, de medianas carnes, complexión fuerte; usa bigote pequeño y representa tener unos cuarenta años. Sus ojos son muy vivos, sus ademanes rápidos, se expresa con*

*gran afluencia de palabras y sus órdenes son obedecidas enseguida por sus subordinados que le guardan gran respeto».*

Otro secuestrado ha dicho que Manuel García es *di-charachero*; pero en general todos convienen en declarar que el *Rey de los campos* posee un natural tratable y aún presume á veces de ciertos arranques caballerescos impropios de su oficio. Jáctase de ser fiel cumplidor de su palabra y exacto en todos sus contratos. Cuanto á sus relaciones con los demás individuos de la banda son cordialísimas siempre, sin que esto sea un óbice para el respeto que le tienen sus subordinados. El lema de Manuel García es: *la unión hace la fuerza*. Por ello no teme á veces perder de su derecho en los repartos con el fin de que no ocurra la mas mínima pendencia, seguro de que mientras tanto se encuentren unidos los elementos de la banda, serán invencibles.

Pocos y muy pálidos datos pueden acopiarse aquí respecto de los primeros años del audaz bandolero, pero entre ellos merece citarse aquel incidente originario de su alzamiento: su primer paso en la carrera del crimen.

Cuando Manuel García entraba en la juventud, envió su madre, joven aún, relativamente, no tardando en contraer relaciones con un individuo natural de Alacranes ó sus cercanías. Era el tal, hombre de carácter áspero é iracundo y mal mirado desde el principio por Manuel García, en el cual la memoria de su padre no había logrado borrarse de un todo. Por esta causa, más de una vez sintió despertarse en él los fieros instintos que habían de declararse más tarde.

Un día el padrastro de Manuel provocó un disgusto en la casa, por asuntos domésticos y dejándose llevar de su genio, puso la mano en la madre del bandolero. Manuel García juró por Dios y por su alma que había de inutilizarle para siempre la mano injuriadora, no atreviéndose por en-

tonces á ejercitar su venganza, temeroso de ser vencido.

No había pasado mucho tiempo, cuando una tarde, al ser requerido por el esposo de su madre, lo desafió en la propia casa y echándose á fuera y desenvainando el machete, se lanzó sobre su padrastro y le infirió tres feroces machetazos en el cuerpo, dejándole inútil el brazo derecho y por lo tanto la mano. Había cumplido su juramento.

Manuel García se fué al monte huyendo á la policía y desde entonces se dedicó al cuatrерismo, viviendo á salto de mata y visitando á su madre muy contadas veces, porque las noticias de sus robos habían puesto en su seguimiento á la Guardia Civil. Pero ya demostró desde aquel día el que después había de ser audaz bandolero, su astucia y su conocimiento del terreno, no logrando la persecución alcanzarle nunca, apesar de sus frecuentes aunque rápidas apariciones en los pueblos comarcanos.

Ya por entonces había contraído matrimonio, á los 22 años con la joven Rosario Vázquez de 23 y natural de La Salud, cuya ceremonia se verificó en la Iglesia parroquial de Quivicán. Manuel García conoció á dicha joven, de diez años de edad en el poblado de Buenaventura. Apesar de los años que lleva el *Rey de los Campos* alzado y perseguido por la ley, ha sido leal con la mujer que hizo suya, correspondiéndole esta con igual fidelidad, sin que las vicisitudes y persecuciones que ha sufrido su esposo y de las cuales le ha cabido á ella alguna parte, hayan logrado hacerle renegar de su fe. Bien recientemente ha sido confinada á la Isla de Pinos, de donde acaba de volver á esta Isla en libertad, tal vez gozosa por hallarse más cerca de su desdichado compañero.





## II

**Manuel García, bandolero.—Perico Torres y su banda.—Félix Jiménez.—Asesinato del Jefe de Policía de Matanzas en la Plaza de Armas de dicha ciudad.—Salida de Manuel García y sus compañeros para Cayo Hueso.**

Desde el mismo día en que Manuel García mal hirió á su padrastro, pudo considerarse ya como un elemento más del bandolerismo. La primera falta lanza al hombre á la manigua; la necesidad, el hambre le convierten en ladrón; la persecución, la vida en el monte le truecan en un facineroso. Es la fiera acorralada que vende su vida en propia defensa; la imperiosa lucha por la existencia le hará abandonar su madriguera para lanzarse al camino real; el peligro constante le hará sagaz, astuto, cauto: la desigualdad de fuerzas entre el perseguidor y el perseguido le hará valiente, audaz, temerario. Es un hombre fuera de la ley: para darle caza se apelarà á todos los recursos: la delación, el engaño, la emboscada, la traición. El bandido echará mano, lógicamente, de los propios recursos extralegales para defender la vida ó venderla cara, por lo menos: la sorpresa, el terror, la venganza sangrienta.

Manuel García cuatrero, necesitaba un leve empujón para entrar de lleno en la carrera del crimen. Ese empujón se lo dió la casualidad.

Una mañana de Mayo allá por el 77 ó 78, fué sorprendido conduciendo una yunta robada en medio de una serventía, por una pareja de la Guardia Civil.

—Alto el paisano!..

Lo que pasó en aquel momento por el alma del perseguido ¿quién lo sabe? La lucha era desigual: la huída imposible. Sería cazado como una liebre antes de correr veinte metros.

El que más tarde había de llamarse el *Rey de los Campos de Cuba*, encomendó á un golpe de audacia, mejor aún, á la astucia que formó siempre la base de su carácter, la salida de aquel terrible atolladero. Rebuscaba en los bolsillos de su pantalón y en la vuelta circular de su guayabera, unos documentos que no tenía, que no podía tener, urgaba entre las ropas, mirando furtivamente á los descuidados guardias, que fatigados de la jornada, tendían la vista por la extensión de sabana á ratos sombreada por los campos de caña. La mano caía desplicente sobre el cañón del Remington, uno de ellos se secaba el copioso sudor; el otro liaba un cigarro dejando apoyarse el cañón del arma sobre el costado.

Rápido como el rayo, Manuel García desenvainó el machete, de un solo tajo dejó fuera de combate á uno de sus perseguidores y enseguida se lanzó sobre el otro que ni siquiera tuvo tiempo de repeler la agresión. ¡Tan brutalmente súbita fué la acometida del bandolero! Cinco minutos después, Manuel García se internaba en el monte llevándose las armas y las municiones de sus víctimas, muertas en el cumplimiento de su deber, mártires oscuros de los cuales tal vez ni se recuerde el nombre. En mitad de la vereda y nadando en un charco de roja sangre

que reverberaba á los rayos solares con los reflejos de la púrpura, quedaban dos cuerpos acuchillados y aún palpitantes.

Por aquel año, (1878) ya muerto Agüero y diseminada su partida, *actuaba* en Matanzas y Alfonso XII otro audaz bandolero, *Perico* Torres, en cuyas filas formaban *Perico* Hernández, Félix Jiménez, Lengue Romero y otros facinerosos hasta el número de doce ó catorce. No obstante la persecución de que eran objeto, llevaban su atrevimiento al extremo de penetrar muy amenudo en la ciudad de Matanzas, registrándose, respecto de esto, un hecho por todos conceptos escandaloso y que relataremos más adelante. A esa partida logró unirse Manuel García, entregándose desde entónces á la vida criminal del bandolero y distinguiéndose por su presencia de ánimo en los encuentros con la fuerza pública, así como por su astucia para burlar la activa persecución desarrollada contra el bandolerismo, siquiera fuese con intermitencias y sin obediencia á un plan racional y discreto.

Porque en este punto, hemos de declararlo, échase de ver en el sistema de persecución un síntoma que delata el carácter de nuestra raza. Cuando se perpetra un hecho criminal, la protesta popular empuja y sirve de acicate al poder público para perseguir á los autores, acentúanse y avivanse las operaciones contra el bandolerismo, pónense en juego todos los recursos, transfórmanse en campamentos los paraderos del ferrocarril, y arrójase sobre nuestros campos una cifra enorme de fuerza, ¡seis ú ocho mil hombres!; pero conforme se vá borrando de la memoria del pueblo la impresión producida por el desafuero realizado, por el crimen cometido, vá entibiándose también la actividad desplegada en un principio, vá remitiendo la fiebre de persecución y á los pocos días volvemos á vivir en el mejor de los mundos. Por algo somos latinos.

Cuanto á los medios de persecución, no hemos de criticarlos, porque este libro es un simple relato de la vida y hechos de Manuel García y no una obra doctrinal. Doctores tiene . . . el gobierno que sabrán decir si el sistema adoptado hasta hoy es el más racional y el más práctico. Nosotros limitaremos á apuntar que lo que parece aconsejar el sentido común, es poner en práctica iguales medios que ejercita el bandolerismo. Hasta hoy, si se ha hecho algo débese solamente á la iniciativa particular de algunos jefes discretos, pero no á la bondad de un sistema de persecución, por la razón sencilla de que . . . el tal sistema no existió nunca, ni plan ni cosa que se le parezca de cien leguas. Dirá alguno:—¿Y el Gabinete Particular?—Aparte de que por entonces no existía, el Gabinete Particular no era un sistema; era . . . otra cosa: un medio como otro cualquiera de arrojar el dinero á puñados. Zugasti acabó con el bandolerismo en Córdoba (y eso que tenía raíces más profundas que el bandolerismo cubano) sin gastar la décima parte de lo invertido por el Gabinete Particular en solo un año de empresas novelescas.

Y á la opinión de la prensa nos atenemos.

Volviendo á nuestro relato, diremos que Manuel García, dentro de la banda de Perico Torres ó mandando alguno de los grupos en que aquella se fraccionaba para mejor burlar las fuerzas que les daban caza, tomó parte en las depredaciones de más resonancia realizadas por entonces, en compañía de Lengue Romero y Félix Jiménez.

A tener presentes los sucesos públicos de aquella época, el bandolerismo gozaba de verdadera impunidad según lo demuestra el hecho de ser cazado á tiros en la calle del Sol, de la Habana, el temido Félix Jiménez, que había pernoctado, con singular atrevimiento, en una casa de lenocinio de dicha calle, con dos de sus compañeros, lo cual vino á confirmar ciertos rumores recogidos por *La*



*Lucha* y algún otro diario de información, de que los bandidos más caracterizados de las provincias de la Habana y Matanzas, penetraban en estas poblaciones y otras menos importantes cuando lo tenían por conveniente.

Si otro testimonio fuera preciso, ahí está el alevoso y audaz asesinato del Jefe de Policía de Matanzas, (hecho al cual hacíamos alusión en páginas anteriores) en plena Plaza de Armas, una noche de retreta, frente á los balcones á que se hallaba asomado el Gobernador de la provincia. Daremos algunos antecedentes sobre este hecho.

Acababa de darse un corte á la guerra separatista con el pacto del Zanjón, (1878). Los principales elementos de aquella guerra y sus caudillos, empezaban á entrar en las poblaciones para buscar descanso á la agitadísima vida del monte. En Matanzas residían varios jefes separatistas, entre ellos uno de alta graduación, el brigadier Maestre, por cierto en estado quebrantadísimo de salud, merced á un pertinaz paludismo, que, tenemos entendido, le curó en breve tiempo el reputado Dr. Verdugo, padre de uno de los estudiantes fusilados en aquella hecatombe de triste recordación.

Acompañando al brigadier Maestre, vinieron á la Ciudad de los dos ríos varios oficiales y soldados insurrectos, perfectamente tratados y atendidos por el pueblo y las autoridades de tan culta capital.

Hervía entonces la provincia en cuatreros y facinerosos, obligado detritus de todas las guerras, los cuales utilizando la entrada de los capitulados, penetraron también en las poblaciones, teniendo de ello conocimiento el general Acosta y Albear que gobernaba á Matanzas. Esos cuatreros y gente perseguida, pululaban por Pueblo Nuevo y eran vigilados por la policía.

Un día circuló el rumor de que el inspector Castro Camó, del cuerpo de seguridad de la Habana, había lle-

gado á Matanzas con instrucciones para capturar á dichos bandoleros, según la voz pública, autorizados por Acosta y Albear para circular libremente como *capitulados*.

Una noche, era domingo, llenaba la hermosa Plaza de Armas de Matanzas una concurrencia escogida y numerosa. Una banda militar tocaba frente á los balcones de Palacio, á los cuales se asomaba de vez en cuando el Gobernador. En la Plaza y frente á aquellos balcones, una larga fila de mecedores de meple (que aún hoy se colocan las noches de retreta) estaba cubierta de caballeros. Entre ellos se hallaba el Inspector de Policía Sr. Castro Camó. Trás de él, habíase colocado un coche de punto.

De pronto suenan varias detonaciones de revólver, y mientras tanto se amotina el público escandalizado y las damas se desmayan ó corren despavoridas, cae el Sr. Castro Camó bañado en sangre.

A caballo habían entrado en la Plaza, bajando por la calle de Contreras, los bandidos Perico Torres, Félix Jiménez, Perico Hernández, Gallo Sosa y tal vez Manuel García. Uno de ellos apartó el caballo del carruaje, se introdujo entre éste y la fila de sillones y sobre seguro, descargó su revólver, (secundado por los demás) sobre el descuidado inspector.

En seguida, aprovechando el momento de terror del público, clavarón los acicates á sus caballos y huyeron velozmente, pero sin gran sobresalto, no como quien vá perseguido sino como quien lleva prisa, calle de Gelabert arriba para doblar Dos de Mayo y meterse por la Plaza de la Verdura. De allí á la Calzada de San Luis, esto es, al campo libre, solo média un paso.

Por cierto que perseguidos los bandoleros por la gritería de algunos transeúntes, disparaban tiros á diestro y siniestro, hiriendo en una pierna al conocido hijo de Matanzas Sr. Arredondo. Así se perpetró el golpe de mano

más audaz y descarado del bandolerismo, que se recuerda en Cuba.

A propósito de este hecho insólito, mucho más grave por las circunstancias en que se cometió que el asesinato del inspector Recio en nuestro Parque Central, dijose que Perico Torres iba herido de un balazo, agregándose, con ese motivo, que todas las noches penetraba el bandido en Matanzas á hacerse la cura y aún creemos recordar que se citaba la botica. Y si esto no se dijo de Perico Torres, sino de Roselló, para el caso es lo mismo.

En esa compañía de gente brava y probada hizo su aprendizaje *profesional* Manuel García, tomando parte en varios hechos criminales, hasta que . . . . Pero aquí antójásenos copiar á un historiador que consideramos bien enterado por sus relaciones íntimas con el famoso Gabinete Particular. Nos referimos á *El Bandolerismo en Cuba*. (Tomo 1º 1889.)

*«Dice el run-run de la opinión que en los principios del bandolerismo (de 1879 á 1881) se facilitó la fuga á los bandidos que quisieron, auxiliándoles con dinero personas interesadas en el bien de estas provincias.»*

La obscuridad del párrafo, nos impide saber quien *facilitó* esa fuga, pero en cambio nos demuestra lo contraproducente de ese interés por estas provincias, pues Manuel García que por esos años abandonó la Isla, volvió á ella en 1887, según verá el lector en el capítulo proximo.





### III

**Regreso de los turistas del Cayo.—Presentación de Manuel García, Beriben (a) Quiebra-Hacha y consortes en Versalles (Matanzas).—El Jefe de Policía Fernández y El Griego.—¡Un cuerpo de ejército contra seis hombres!—Muerte de Beriben.—El cadáver.**

No se sabe aún como, el día 6 de Septiembre de 1887, desembarcaron en nuestras costas por Bacunayagua cinco ó seis bandoleros procedentes de Cayo Hueso. Eran, según públicos rumores, Manuel García, Beriben (a) *Quiebra-Hacha*, Lengue Romero, *Gallo Sosa* y otros. He aquí como se siguió la pista de estos bandidos, hecho de que fué casi testigo presencial el autor de este libro, por pertenecer en aquella época á la prensa diaria matancera.

Como á las once y media de la noche del 9 de Septiembre, hermosísima noche, pero algo obscura, se presentaron tres hombres armados de revólver y puñal en la orilla derecha del río Yumurí (Versalles) y casi bajo la gran arcada del Puente de La Concordia.

Entre las varias pequeñas embarcaciones que allí so balanceaban al impulso de la mansa corriente, amarradas á la ribera, estaba un bote acabado de atracar y que tripu-

laba el *Griego*, marinero que aún existe y muy conocido en ese barrio de Matanzas.

Uno de los desconocidos, Manuel García, llevando la mano sobre la culata de su revólver, se adelantó al mismo borde de la barca y dirigiéndose al *Griego*, ya en actitud de saltar á tierra le dijo imperiosamente:

—No saltes: un viaje y se pagará bien.

El *Griego* pretendió excusarse, pero más rápidos que la vista, ya tenía tres hombres á bordo, sintiéndose, sin saber por qué, impresionado. Empuñando los remos, preguntó:

—¿A dónde vamos?

—A Punta Sabanilla—respondió el que parecía dirigir la expedición.

Estrañóle al *Griego* aquel viaje á aquella hora, pero uno de los bandoleros, dejando ver su cinto, de que pendía un poderoso revólver de reglamento, le hizo enmudecer. El bote salió por la desembocadura del Yumurí á la bahía, no tan de prisa como parecían desear los pasajeros que á cada momento ordenaban con voz ronca al *Griego*:

--Voga de prisa, ¿entiendes?....

Mientras tanto duraba el embarque presenciaba la operación desde el alto del puente de la Concordia un guardia gubernativo (cuyo nombre no recordamos) quien tomando un coche cerca del *Kiosko*, se dirigió á escape á la Jefatura de Policía de Gobierno, desempeñada entonces por D. Casimiro Fernández.

Antes de seguir nuestro relato debemos hacer una pequeña digresión. La noticia del desembarco de los bandidos procedentes del Cayo, sabíase tres días antes en toda la Isla, por haber publicado algunos detalles la prensa de información. Los expedicionarios habíanse fraccionado, al parecer, en dos grupos, siendo uno de ellos, el principal, el presentado en la noche del 9 en el barrio de



**Embarque de Manuel García y sus compañeros en Versalles (Matanzas)**



Versalles. La opinión decía, que dichos bandidos habían llegado á Matanzas, con objeto de llevar á cabo un audaz golpe de mano en el poblado de *La Cumbre*, lugar de veraneo, entonces residencia de algunas personas acomodadas de la ciudad de los dos ríos, entre ellas el Sr. Salvador Castañer, rico hacendado ya difunto. Hecha esta salvedad, continuaremos nuestra narración, en este caso, hecha en presencia de documentos fidedignos.

D. Casimiro Fernández, jefe de Policía de excelentes condiciones, á pesar de no poseer gran instrucción, al tener noticia del hecho se dirigió á Versalles, acompañado solamente de dos guardias y tomando un bote cerca del puente, se puso en persecución de la embarcación del *Griego*, que, como puede colegirse, le llevaba gran ventaja. Cuando llegó á Punta Sabanilla, ya los bandidos habían desembarcado y *El Griego* se preparaba á dar la vuelta para Matanzas. Apoderose del bote del *Griego* operó un reconocimiento en el terreno, tomó nota de la dirección que pudieran haber tomado los fugitivos y trasmitió un parte al gobierno civil, (ocupado entonces por el dignísimo funcionario, militar y perfecto caballero Sr. D. Joaquín Goróstegui) indicándole la conveniencia de que sin pérdida de tiempo, embarcara una sección de la Guardia Civil en un remolcador, con orden de dirigirse á la mayor brevedad á Punta Sabanilla.

Acto continuo se dieron las órdenes y á los pocos momentos salían á bordo del remolcador *Don Juan*, propiedad de la importante casa Bea Bellido y Comp<sup>ª</sup>, veinticinco guardias civiles. Preciso es confesar que en esta ocasión, no se perdió tiempo y que lo mismo el gobernador Civil que el jefe de Policía Sr. Fernández, estuvieron á la altura de su deber. ¡Ojalá siempre se hubiera hecho lo mismo!...

Con la sección de la Benemérita, salieron también el



Sr. Goróstegui y su secretario, el Ilmo. Sr. D. Gonzalo Montalvo y Mantilla, Conde de Macurijes. Debemos hacer notar aquí, que los bandidos debían estar muy bien informados, pues en aquel entonces la vigilancia en *La Cumbre* y en todo el barrio de Versalles era nula, á causa de hallarse distraídas todas las fuerzas en la persecución de los bandidos recién llegados de Cayo Hueso. Por aquellos mismos días, circuló el rumor de haber sido secuestrado el mayordomo del ingenio *Soledad*, del hoy difunto don Francisco Secada.

Con la presentación en la costa de Matanzas de los citados bandidos, coincidió la batida efectuada en los montes del potrero *Saladrigas*, del otro grupo de bandoleros procedentes del Cayo, materialmente asediados por fuerzas de Infantería de Bailén, (al mando del teniente Sr. Contreras) caballería y Guardia Civil. ¡Todo un ejército!

En la línea del monte, vieron las fuerzas en su huida á los fugitivos, distinguiendo que uno de ellos iba cojeando, al parecer herido. Iban á pié y en derrota, porque la persecución fué en realidad activísima. Sufrió la Guardia Civil la pérdida de un caballo, y fueron ocupados á los bandidos un rifle, ciento sesenta cápsulas y dos capas de agua.

Este encuentro, hizo concebir á todos la esperanza de que los bandoleros serian capturados, vivos ó muertos, en su totalidad y en pocas horas; pero Dios tenía las cosas dispuestas de otro modo y . . . . aún tenemos á algunos de ellos, desde 1887, vivitos y coleando. ¡No puede negarse que Manuel García es hombre de suerte!

A los primeros albores del día 10 de Septiembre, casi doce horas después del desembarco de los bandidos en Punta Subanilla, un verdadero cuerpo de ejército rodeaba, como un cinto de hierro, los puntos denominados Loma

•

del Indio, los Cuavales, sitio de la Tres Seibas y tienda la Lata. Mandaba las fuerzas de infantería el Teniente Coronel de *Bailén* y hacían el servicio de vigilancia y emboscadas secciones de la Guardia Civil y del 2º Escuadrón de Caballería de la Reina. También había policía.

Como á las cinco de la mañana, el teniente de Caballería de la Reina, D. Genaro Landini, salió por orden del Teniente Coronel á hacer un reconocimiento por los Cuavales y sitio de las Tres Seibas, llevando á sus órdenes seis soldados del Batallón de *Bailén*, diez de Caballería y una pareja de la Guardia Civil. Aún cuando dicho reconocimiento no dió resultado, tuvo informes el Sr. Landini á las siete, de que fuerzas de Infantería, Caballería y Guardia Civil, acababan de tener un encuentro con los bandidos del Cayo, pues se oyó bien claro el tiroteo, dirigiéndose precipitadamente con su fuerza al lugar del hecho y estableciendo, por orden del Capitán de la Guardia Civil (cuyo nombre sentimos no recordar) una emboscada. A la una de la tarde salió con el resto de la fuerza á recorrer todo el monte, *cercado completamente* (dice un documento que tenemos á la vista) *por fuerzas de todas las armas*. Era un cordón continuo de emboscadas, cubierto un frente por la Caballería del 1º y 2º Escuadrón de la Reina. Así se pasó toda la tarde y noche del sábado hasta el amanecer del domingo, llegando á la ciudad de Matanzas, hora por hora, en medio de la expectación general, los detalles de esta batida, en cuyo relato nos extendemos algo más de lo regular, por tratarse de la operación más importante contra el bandolerismo, efectuada hasta la fecha.

A las seis de la mañana del domingo, una pareja del Escuadrón de la Reina, de emboscada cerca de los Cuavales, permanecía silenciosa y alerta en el lindero del monte, cuando sintió ruido de maleza á su izquierda y á

los pocos momentos, no sin sorpresa agradable, vió aparecer un hombre corpulento que se arrastraba hácia un pequeño arroyo. Llevaba en la mano izquierda empuñado un revólver Smith de gran calibre, á consecuencia sin duda de estar herido en el brazo derecho. Su intención parecía ser la de coger agua en su sombrero de jipijapa, de anchas alas, para beber él ó para llevársela á sus compañeros internados en la manigua,

La valiente pareja dió el ¡alto! al bandido, que respondió descargando su revólver sobre la fuerza. Esta hizo fuego simultáneamente: el desdichado sediento dió un salto y cayó muerto de dos balazos, sin tener el consuelo de probar aquella agua que acababa de pretender comprar al precio de su vida. El muerto era Beriben, (a) *Quiebra Hacha*, bandido de pésimos antecedentes y recién llegado de Cayo Hueso.

Los soldados de la Reina que dieron muerte á Beriben, se llamaban Segundo Puerto Zaldon y Remigio Cuesta.

El mismo domingo 11, á la una de la tarde, llegó á las puertas de la Cárcel de Matanzas, en unas angarillas de la reparación del ferro-carril, el cadáver de *Quiebra Hacha*, de cuyo bandido publicó el acreditado *Correo de Matanzas*, que dirigía y aún dirige el ilustrado periodista Enrique Valderrama, un excelente retrato. Junto al rastrillo fué identificado el cadáver. Era un arrogante hombre blanco y rubio, de treinta y seis ó cuarenta años, verdadero tipo del Norte de España. Decíase que era natural de Vizcaya. Gastaba toda la barba y vestía pantalón de dril cazador, guayabera blanca, sombrero de jipijapa y zapatos gruesos de becerro, con suelas salientes.

El cadáver presentaba una herida de machete en el lado derecho de la frente, un tiro de fusil ó tercerola en la parte media del brazo derecho y una herida (la mor-

tal) de bala, en el costado del mismo lado, presentando una contusión sobre el pabellón del ojo izquierdo.

Un público numeroso acudió toda la tarde á contemplar el inanimado cuerpo de Beriben (a) *Quiebra Hacha*, conviniendo la prensa y la opinión en que las activas operaciones que se llevaban á cabo, darían por resultado inmediato la muerte ó captura de todos los expedicionarios. El tiempo se encargó de demostrar el optimismo de aquellas esperanzas.





## IV

**Aparición del secuestro.—Secuestro de D. Manuel Martínez Alonso.—Salvación providencial.—Ejemplaridad de la pena de muerte!—Secuestro de D. Pedro Sardiña.—La banda de Manuel García.—Sus dos grupos.—Filiación de sus individuos.—Pintura física y moral de los mismos.**

Hasta la completa organización de la banda de Manuel García, puede decirse, que, con ligeras excepciones, el secuestro no se había adoptado en el bandolerismo cubano. Tal vez por carencia de un espionaje perfecto, los primeros secuestradores no progresaron, muriendo bajo la persecución ó en el garrote ó siendo enviados á presidio. Con la persecución de la compañía de bandidos mandada unas veces por Manuel García y otras por su segundo Lengue Romero, adquirió su apogeo el secuestro, menudeando los casos y afectando estos mayor carácter de audacia y de fortuna.

Tenemos por fuerza que pasar por alto todo el tiempo que media desde el desembarco de los bandidos del Cayo en 1887, hasta el año 1889, porque en ese espacio, conformóse el bandido con las contribuciones que cobra-

ba al hacendado, impuestas bajo el miedo de incendiar sus cañaverales. Dábale esto suficiente producto, y los bandoleros preferían esos emolumentos cobrados sin peligro, al golpe de mano que no siempre se realiza con fortuna.

El primer secuestro de Manuel García se efectuó el 2 de Agosto de 1889 en el Aguacate y en la persona de don Manuel Martínez Alonso, contratista del servicio de correspondencia entre dicho pueblo y el de Canasí y próximo pariente del Alcalde Municipal del primer Término.

Como á las cinco de la tarde y sin ningún género de precauciones, se presentaron en la colonia *Xiqués*, de los señores Morales, distante del Aguacate como un cuarto de kilómetro, cinco hombres espléndidamente montados y armados, al mando de Domingo Montolongo, segundo de Manuel García.

Montolongo, á quien hemos de encontrar más adelante en una escena de sangre y de horror, desarrollada dos años después en la bahía de la Habana, á bordo del vapor correo *Baldomero Iglesias* de la Compañía Trasatlántica, fué uno de los indultados y conducidos al Cayo en 1878, de donde regresó con Manuel García en 1887.

Los bandidos se apoderaron del Sr. Martínez, que no opuso resistencia, lo montaron en un caballo robado en la colonia *Los Príncipes*, allí cercana, y se dirigieron á las lomas de Madruga. Ya atravesado el valle de Cayajabos y casi aquella sierra formidable, refugio y baluarte del bandolerismo, cerca de la Loma Blanca, la partida que marchaba á buen trote, tuvo que abrir un portillo. En aquel instante se oyó un enérgico ¡alto! y después el fragor de una descarga. Era un grupo de la Guardia Civil que se encontraba de emboscada.

Los bandidos á la voz de Montolongo, se volvieron descargando con no vista serenidad sus rifles sobre la

fuerza pública, la cual contestó valientemente al fuego, no sin reparar en el Sr. Martínez, que completamente desarmado, no sabía si gritar ó seguir dócilmente á sus capturadores.

Entonces, y mientras se cruzaba el fuego entre las dos partes, el secuestrado se arrojó rápidamente á tierra, desde su montura, yendo á chocar con el tronco de una palma, contra el cual se destrozó la boca, internándose, sin embargo, en el monte, andando á rastras y procurando hacer el menor ruido posible.

Por un instante creyóse perdido, porque lejos la Guardia Civil y muy cerca los bandidos, oyó la voz enérgica de Montolongo que lanzando un juramento, exclamó: ¡Que se va ese...! El Sr. Martínez sintió muy próxima la muerte. Las pisadas de los caballos de sus perseguidores batían el suelo, como si fuera objeto de un ojeo. ¡Es admirable la serenidad de los bandoleros, deteniéndose á buscar al secuestrado prófugo, bajo el fuego de los fusiles de la Guardia Civil!

Por fin todo quedó en silencio y aún sobrecogido de terror permaneció echado Martínez dos horas largas, hasta que entrada la noche, se presentó á una pareja del puesto de Madruga, á cuyo punto fué conducido, tomándosele declaración.

Al amanecer del 3 de Agosto, regresó al Aguacate, siendo objeto de un afectuoso recibimiento por parte de todo el pueblo que llenaba el paradero.

Y para que se vea toda la eficacia de la pena de muerte, bueno es hacer notar aquí, que el día del secuestro del Sr. Martínez, cumplanse *tres meses justos de la horrible ejecución de Victoriano Machin en la explanada de la Cárcel de la Habana!*

Cinco días no más habían transcurrido desde el providencial salvamento del Sr. Martínez Alonso, cuando en

plena ciudad de Nueva Paz, realizó la partida de Manuel García, casi toda reunida, el secuestro ruidoso del hacendado Sr. D. Pedro Sardiña, y decimos ruidoso, porque precisamente en aquellos días se ponían en práctica los planes del malogrado General Salamanca contra el bandolerismo. Nos referimos á los somatenes bajo la dirección del Brigadier Sr. Lachambre, que resultaron perfectamente estériles.

El Sr. Sardiña natural de Nueva Paz, es un propietario muy estimado en dicho punto y sin ser rico, goza, merced á su economía y actividad de algún desahogo, pudiendo dar carrera universitaria á dos de sus hijos. Posee las haciendas *Santa Clara*, *San Pedro* y *Dos Marías* en aquel término y en la primera de ellas, en momentos de dirigirse á las labores cotidianas, fué sorprendido por la partida de Manuel García, emboscada en la colonia *San Manuel*, colindante. Esto como hemos dicho ocurría el 7 de Agosto de 1889 á las seis de la mañana.

El Sr. Sardiña, que había salido de la ciudad muy temprano, llegó á *Santa Clara* antes de las seis, y al pretender franquear la portada, le extrañó mucho notar que ofrecía gran resistencia. Los bandidos allí cerca ocultos, la habían *trincado* con un bejuco, con objeto de detener unos momentos al propietario.

Cuando iba el Sr. Sardiña á empujar con todo su cuerpo, y sin apearse, aquellas verjas, silenciosamente, como sombras se le aparecieron delante seis hombres formidablemente armados.

—Venga Vd. con nosotros—dijo al anciano uno de los bandidos, tomando las bridas del caballo.

Lo llevaron á un lado del camino, y mientras tanto, dos hombres se dirijían á la finca deteniendo al Sr. Gil, un anciano respetable, que venía á franquear la portada al propietario. Después de hecho esto, lo dejaron en li-



bertad, pues para ellos era un estorbo, ordenándole que diera parte del secuestro del Sr. Sardiña pasada una hora. Como no anduviera de prisa el Gil, uno de los bandidos le dió un empujón, haciéndole caer por tierra.

Con el secuestrado vendado, en medio, caminaron los bandidos desde las seis de la mañana hasta las tres de la tarde, hora en que establecieron su campamento en medio de un alto cañaveral, preparando el almuerzo consistente en carne de puerco frita, salchichón, jamón y pollo asado. También ofrecieron al Sr. Sardiña algunas latas de conservas y frutas. Lo único que no sirven en sus comidas los bandidos, es vino ni aguardiente; tal vez suceda esto solamente cuando preparan y realizan un golpe de mano.

Satisfecho el apetito, emprendieron de nuevo la marcha, caminando sin descanso hasta las tres de la madrugada del ocho, y llevando invariablemente vendado al señor Sardiña. El día ocho emprendieron, después de comer, otra nueva jornada que duró casi un día. Habían llegado á lo que llamaban los bandoleros *el campamento* y que era un lugar elevadísimo. Con seguridad la parte más accidentada y abrupta de la inaccesible Sierra de Madruga. El pavimento era pedregoso, como de monte firme y al punto en que vivaquearon no pudieron ascender los caballos, quedando mucho más abajo amarrados. Según manifestó el secuestrado, nunca oyó desde allí ni silbatos ni campanas, lo cual demuestra el perfecto aislamiento del cuartel general de Manuel García.

La partida del *Rey de los campos*, constaba en esta época de doce hombres lujosamente equipados según el siguiente figurín:

Traje de dril u holanda morada ó azul, á listas, muy parecido en hechura y color al que usan los *Tiradores de Pizarro*, caballería del ejército: doble bandolera de cuero

amarillo cruzando el pecho y soportando dos bolsas repletas de cápsulas; sombreros de guano ó jipijapa, muchas veces adornados con escarapela. El armamento consiste en rifles Winchester y Relámpago, modernísimo sistema, revolver Smith gran calibre, machetes Collin media cinta, afilados como navajas de barba y agudos puñales al cinto. Generalmente montan los bandidos excelentes caballos, educados para el salto de cercas y las grandes carreras. Esto constituye el verdadero problema de la existencia y la resistencia del bandolerismo cubano, puesto que envuelve la necesidad de las grandes cooperaciones, del espionaje vasto, de un servicio completo de remonta con picadero y maestro de equitación, tal vez. El bandolero, según ha podido juzgarse prácticamente, sale á operaciones, sin preocuparse por la pérdida de un caballo ó de un rifle ó de una montura. Ya sabe él donde proveerse en caso de necesidad. Todo está previsto. La banda de Manuel García, compuesta de doce ó catorce hombres, como hemos dicho, actuaba fraccionada en dos grupos, salvo en muy contados casos que se presentó completa. Mandaba un grupo el *Rey de los campos* y el otro, su segundo, Andrés Santana, natural de Cabezas, soltero y de veintiocho años de edad. Componíase el primer grupo, bajo las órdenes de Manuel García, de los bandidos siguientes:

Domingo Perfecto Montolongo y León, hijo del Aguacate, residencia de su familia, de treinta y cuatro años, alto, grueso, de pelo castaño claro y copioso bigote.

Sixto Valera y Montolongo, natural de Casiguas, de veintitres años de edad, musculoso, de gran talla y arrogante presencia, muy trigueño, lleva bigote y barba poco poblados y tiene el cabello negro y un tanto crespo.

José Inocente Sosa y Alfonso (a) *Gallo Sosa*, natural de Madruga, de treinta y cinco años de edad, buena talla, mal semblante y ojos muy vivos.

Vicente García, hermano del *Rey de los Campos*, muy jóven, ojos azules, rubio, delgado y acerca de cuya entrada en el bandolerismo nos ocuparemos extensamente en el capítulo próximo por creer que se relaciona íntimamente con el peregrino sistema de persecución que se ponía en práctica en aquella época.

José Plasencia (pardo) natural de los Palos, circulado mucho antes de ingresar en el bandolerismo, por robo de reses y que estuvo empleado algunos años en *Santa Clara* finca de la propiedad del secuestrado Sr. Sardiña y en la que se efectuó el secuestro de éste.

El segundo grupo de la banda del *Rey de los Campos* lo constituían los siguientes bandoleros:

Andrés Santana.

Pablo Gallardo (a) *Escuela*, natural de Nueva Paz, soltero y de veintisiete años, mediana estatura, envuelto en carnes, de aspecto melancólico, usa patillas y bigote negros. De este teniente de Santana, dícese que es de un carácter tan amable, que no tiene condiciones para bandolero.

Antonio Mayol, soltero de veintitres años y natural de San Antonio de las Vegas.

Pedro Palenzuela, estatura regular, pocas carnes, bigote negro. Carácter apacible: *modesto*, dice un secuestrado.

Eulogio Rivero, bajo, grueso, patillas negras cerradas y largas, trigueño: muy altivo y de fisonomía imponente.

Víctor Cruz, de carácter reservado, trigueño, estatura regular, bigotes muy cortos.

Y un tal Rosales, del cual solo pueden apuntarse estos datos: alto, buenas carnes, patillas y bigote negros.

Esta pintura física y moral de la partida de Manuel García, está hecha, (con notable precisión, por cierto) por

el Sr. Fernando Pérez, ciudadano americano, arrendatario de la finca *Batalla*, del cual hemos hecho mención al principio de esta obra, con motivo del retrato del *Rey de los Campos* y del cual nos ocuparemos oportunamente al dar cuenta de su secuestro.





## V

Un dato elocuente.—Vicente García.—Una carta á “La Lucha”.—Cautiverio del Sr. Sardiña.—El cuartel general.—La vida de campamento.—Lo que piensan los bandidos.—Indulto ó candelá.—El General Salamanca.—El precio del rescate.—Comerciantes bandidos.—Montolongo barbero.—¡En libertad!—Rara suscripción.

Al ocuparnos más atrás en Vicente García, hermano y uno de los más modernos individuos de la banda del *Rey de los Campos*, decíamos que su entrada en el bandolerismo se relaciona íntimamente con el raro sistema de persecución puesto en práctica en aquella época. Nada más cierto: ya ligeramente apuntamos al principio de esta obra, que siempre adoleció la persecución de la falta de un plan racional tocándose por virtud de ello, grandes y radicales errores que vinieron á influir, de un modo favorable, en la propagación del brigandaje. Dentro de la elástica denominación de cómplices y encubridores, cabía, por error del sistema, todo el pueblo de nuestros campos á merced de los desafueros del bandolerismo y de sus venganzas y el criterio de nuestras autoridades, no acertó

á descartar, como indicaba el sentido común, en aquella vasta denominación, que tanto se presta á la venganza y la injusticia, el cómplice, verdaderamente dicho, el encubridor por la paga, el espía y el hombre honrado que perdido en la soledad de los campos, sin ninguna suerte de garantías, se vé obligado por el temor á proporcionar recursos al bandolero, á facilitarle informes de todas clases, á ser un arma que éste maneja á su antojo y que le dá excelentes resultados.

No estaba, ciertamente, en este caso, Vicente, el hermano de Manuel García, pero con todo, según se verá más adelante, fué también lanzado al bandolerismo por el aco- samiento de que era objeto bien indiscretamente, á nues- tro entender, porque vigilado con arte, pudiera haber sido el cebo puesto al *Rey de los Campos*, para caer en manos de la justicia. Otro tanto podemos decir de la esposa de Manuel García, de cuyo extrañamiento hemos de ocupar- nos con la debida extensión.

Con fecha 5 de Julio de 1889, el acreditado diario habanero *La Lucha*, publicaba la siguiente carta recibida por correo:

“Sr. D. Antonio San Miguel, director del periódico *La Lucha*:

Desearía que se sirviese Vd. publicar en su digno pe- riódico lo que á continuación escribo: Habrá cerca de cua- tro años que fui preso en Santiago de las Vegas desde donde me remitieron á la Habana y de allí á Matanzas, porque suponían que fuese yo uno de los que tomaron parte en el secuestro del niño de D. Damián Riera, en es- ta última ciudad, así como también se me acusaba del asalto del cuartel y del robo de la Cumbre, cosa que ja- más soñé y menos en compañía de mi hermano, que éste no hubiera consentido semejante cosa, aún cuando yo hubiera deseado tomar parte en tales expediciones.

Estuve preso dieciocho meses y pasé muchos trabajos sin tener culpa, como lo prueba el haber salido en libertad por todo lo que se me acusaba.

Ahora bien, el día 22 de este mes, con casualidad, ví en la *Gaceta* un edicto por el cual estaba requisitoriado desde el 15 de Noviembre del 88—por los mismos delitos que se me habían imputado.—Me sorprendí y me puse alerta y el día 23 por la tarde ví venir cinco guardias en dirección al potrero y me marché al momento, á ver si podía saber de mi hermano, contarle lo que me pasaba y *caso de que no quisiera tenerme á su lado, buscar yo gente y caminar solo*, pues ya veo que la justicia no quiere que yo esté tranquilo; pero ví á mi hermano y éste aprobó mi marcha y mi resolución y que si me quieren capturar *que sea á la fuerza*. Hoy, pues, día 28 me he unido á mi hermano y estoy resuelto á perder la vida antes que me pongan preso injustamente. ¡El Gobierno es quien lo quiere así, no soy yo quien deseo esta vida tan cercada de intranquilidades y peligros.”

VICENTE GARCIA.

La relativa corrección así como la fuerza de lógica de esta carta, demuestran ante todo, que no ha sido pensada ni escrita por un pobre guajiro. No faltan, por lo tanto, secretarios buenos al bandolerismo, como no han faltado médicos, según se verá en el curso de esta obra, ni faltarán abogados asimismo.

Por de pronto, Vicente García está en el bandolerismo, por efecto de la persecución mal dirigida. Si era peligroso, ¿por qué se le puso en libertad? Si era inocente, ¿por qué se le acosaba? ¿por ser solamente hermano de un famoso bandolero? Eso no es una razón ni lo fué nunca.

Por lo demás, que Vicente no era un santo, ni mu-



**MANUEL GARCIA**

(Retrato auténtico)





cho menos, lo demuestra esa decisión suya, *de buscar gente para caminar solo*, así como lo alerta que estaba para divisar la Guardia Civil y la facilidad con que encontró al *Rey de los Campos*. Pero todo ello no obsta para que creamos firmemente que la persecución irracional, ha dado más bandidos á Manuel García que su prestigio y su ascendiente sobre el habitante de nuestros campos.

Pero volvamos al secuestrado Sr. Sardiña, internado en el *campamento* de Manuel García y descansando de las dos largas jornadas que parecieron eternas á la pobre víctima, á quien no se ocultaban los peligros corridos, sabiendo que la fuerza pública no deja de atacar á los bandidos, aún cuando sepa que va entre ellos un secuestrado.

El Sr. Sardiña, al serle quitada la venda de los ojos, pudo formar juicio exacto del cuartel general de Manuel García, apreciar las costumbres de aquellas gentes y lo que es peor, persuadirse, si no lo estaba ya, de que todas las fuerzas en movimiento entonces, serían impotentes para ir á arrancarle á aquella guarida, abierta en lo más abrupto y recóndito de la sierra de Madruga.

Estaban en un alto escampado, dentro de un monte inaccesible, de trabajosísima subida, limitado por un rumbo de cenagosas lagunas, de suelo desigual y pedregoso, y por lo visto, considerablemente alejado de todo centro de población y de toda vivienda humana, cuando á los aguzados oídos del Sr. Sardiña no llegaba ni el eco perdido de un pitazo de ferrocarril, de la campana de una iglesia, ni siquiera el lejano canto de un gallo. El secuestrado se preguntaba cuantas leguas habían recorrido desde su salida de Nueva Paz, en qué dirección, qué harían sus familiares, conocida la noticia de su cautiverio, hacía donde operarían las fuerzas puestas en su seguimiento y de vez en cuando venía á intranquilizarle la idea de que se dificultaran las gestiones de los bandidos para conseguir su

rescate, de que entre ellos y su familia se interpusiera la fuerza pública y lo que era peor, se activara el ojeo de los bandoleros por parte de la policía poniendo en peligro su ya amenazada existencia.

El Sr. Sardiña era vigilado severamente por dos bandidos, mientras tanto el resto de la banda efectuaba sus expediciones, de las que jamás tuvo noticia, porque los bandoleros hablaban siempre en voz baja y se apartaban ó emboscaban en la manigua para arreglar sus negocios.

En aquel escampado y sujetas á los árboles, se veían las hamacas de la banda. A la del Sr. Sardiña le colocaron un techo de hule para resguardarle del rocío de la noche y sobre todo del de la madrugada que en este país es muy copioso.

Desde el primer momento, notó el secuestrado la ausencia de algunos bandidos del campamento. Después supo que dos se enfermaron en la segunda jornada, uno de ellos á consecuencia de haberse dado un golpe al saltar un foso. El caballo, que era de una gran condición, quedó muerto en el acto por habérsele atravesado una estaca en el vientre.

De los seis secuestradores que dieron el golpe de mano, tres acompañaban casi constantemente al Sr. Sardiña, le servían á sus horas la comida, en platos de porcelana, le trataban del mejor modo posible pero hablaban poco con él y evitaban contestar á las preguntas que les dirigía acerca de las negociaciones de su libertad.

—Ya se verá de arreglar eso—respondían siempre como dando á entender que la decisión en todos los asuntos pertenecía al jefe.

Solo en una ocasión, durante su corto cautiverio (cinco días) mostráronse comunicativos los bandoleros delante del secuestrado. Fué con motivo de la activa y enérgica aún que poco fructuosa campaña del inteligente

general Salamanca contra el bandolerismo. La captura de los Machín, de Eusebio Moreno Suárez, Alemán, y otros foragidos, efectuada bajo el honrado mando del infortunado general, hicieron concebir á éste la esperanza de que muy pronto concluiría en Cuba la plaga del secuestro, razón por la cual dijo en Manzanillo, públicamente: *el bandolerismo ha concluido en Cuba*. Tal vez si la muerte no lo hubiera sorprendido traidoramente, tan inteligente gobernante, lleno de fe y de buena voluntad viera coronados del mejor éxito sus propósitos. La suerte no lo quiso así, con perjuicio de este país, al cual si llegó inesperadamente, sin embargo supo *ver claro* desde el mismo día de su llegada, entronizando una era de moralidad y de orden en todos los asuntos, que presagiaba un hermoso resultado para el porvenir.

Pues bien, á cerca de la frase del general, aseguraban los bandidos ante el Sr. Sardiña, que ellos estaban dispuestos á probar lo contrario. Y á propósito del tema tuvo ocasión de conocer el secuestrado el espíritu de aquellas gentes fuera de la ley, que confesaban estar hastiados de su vida, pero que perseveraban en ella por la necesidad; porque sabían muy bien que si los capturaban ó si se presentaban no tendrían perdón y los llevarían al palo como á Machín.

En aquella ocasión fué cuando Vicente García, confirmó la autenticidad de la carta que con su firma publicó *La Lucha*, agregando que él mismo la había escrito.

Desde el mismo día en que el Sr. Sardiña fué secuestrado, se puso por Manuel García, sobre el tapete la cuestión de rescate, en el cual no pudo influir gran cosa el capturado, porque Manuel García en persona escribió la carta á D. Juan Bautista Sardiña, hijo del secuestrado, pidiendo como rescate de su señor padre la bárbara cantidad de *doce mil pesos*, casi tanto como recibió *Maravilla*,

por el rescate del Excmo. Sr. D. Antonio de Galindez y Aldama, opulento capitalista matancero, que entregó cuarenta mil pesos en billetes.

El Sr. Sardiña, sobre el cual cayó aquella infame exigencia como una losa de plomo, persuadido como estaba de no contar con tanto numerario, no pudo menos de protestar, pero Manuel García respondió que su vida y la de su gente costaba carísima, cuatro veces más, (son sus palabras) que la de cualquiera persona acomodada. Con ello daba á entender el *Rey de los Campos*, lo que le cobran sus *honrados proveedores* de los pueblos, por los efectos que le suministran.

Porque el lector, si no lo sabe, debe saber que no faltan comerciantes que comercian con el bandolerismo. No hace mucho tiempo, un alcalde de la provincia de Matanzas, tan valiente como celoso, salió con alguna fuerza, á perseguir unos bandoleros que tenían asolado el término. No tardó en caer sobre ellos y uno de los secuestradores, en la huida, dejó caer un saco lleno de provisiones recién compradas. Dentro del saco se encontró la libreta de las provisiones. Aquel honradísimo industrial cuyo nombre no debiera darse al olvido, *llevaba cuenta corriente á os bandoleros*. ¿Puede pedirse mayor patriotismo? Lo que falta saber aquí, es el *módico interés*, que cobraba al bandolerismo ese aprovechado hijo de Mercurio.

El Sr. Sardiña oyó entonces de boca de Manuel García, la enérgica declaración, de que, su vida dependía del primer tiro que se oyese en una emboscada, porque estaban dispuestos á sacrificarlo sin compasión antes de que se les escapase de entre las manos, como sucedió con don Manuel Martínez Alonso, del Aguacate.

También dijo el *El Rey de los Campos*, que estaba haciendo gestiones para ser indultado con toda su partida. Que los hacendados tendrían que conseguir ese indulto, ó

de lo contrario, convertiría en cenizas los cañaverales y veríamos entonces quien perdía más.

La amenaza no llegó á realizarse y es preciso atribuirle al carácter altivo y jactancioso de Manuel García, quien cree á pies juntos en lo efectivo de su reinado, cuando muy recientemente terminaba de este modo una de sus incultas cartas: *El Rey de los Campos y casi de toda la Isla*.

La alimentación del Sr. Sardiña, no fué mala aún cuando un poco cara. Consistía en buena carne de puerco, pollos asados, salchichón, conservas de carnes y frutas y excelente café, siempre al fuego para brindárselo á la menor indicación. Como es tradicional, no se ponía vino en *la mesa*. Los bandidos mostrábanse deferentes con el secuestrado pero no lo perdían de vista un solo instante ni aun para hacer las necesidades más urgentes.

En la tarde del 8, desapareció del campamento Manuel García, portador de la carta de rescate escrita por él y firmada por el Sr. Sardiña. En ella se pedían con toda suerte de amenazas, *doce mil pesos en oro*, añadiendo las necesarias instrucciones á cerca de como había de ser entregada la cantidad, el día, hora, y demás circunstancias.

Antes de decir la fácil y cómoda manera cómo consiguió el *Rey de los Campos* realizar el negocio, bueno será hacer mención de la impresión hondísima que causó en todo el mundo el secuestro del Sr. Sardiña y aún más en el palacio de la Plaza de Armas, donde reinaba la mayor actividad, para que por ningún medio humano pudiera tener acceso á los poblados el emisario de Manuel García.

Precisamente en aquellos días estaba organizándose un nuevo sistema de persecución dirigido por el bizarro general Sr. Lachambre. Nos referimos á los somatenes, que si tuvieron excelente éxito en España no podían obtener en este país más que un ruidoso fracaso.

Pero todas las energías y la actividad pasmosa que se imprimió entonces á la persecución, no lograron más que hacer resaltar la astucia de Manuel García, demostrando á la vez lo bien montado de su espionaje.

En la mañana del 9, esto es, á los dos días del secuestro el Sr. D. Juan Bautista Sardiña, hijo del secuestrado, recibió en la calle de Teniente Rey de la Habana la carta de Manuel García. El día 10 salió para Nueva Paz, levantó cuanto numerario le fué posible para conseguir la libertad del autor de sus días y se dirigió á Matanzas. Sin haber evacuado la comisión regresó á la Habana y de esta capital salió para Batabanó, donde compró, según unos, y alquiló según otros, un caballo, encaminándose á cierto lugar designado en la carta. Allí, á despecho de la persecución y de la policía esperaba Manuel García el precio del rescate.

Negóse en un principio á aceptar los tres mil y quinientos pesos, alegando que *no había negocio* y que podía irse á rogar por su padre el infeliz hijo, pero al fin, en fuerza de súplicas ó lo que es más probable, deseoso de terminar tan peligroso asunto, cogió el dinero y desapareció de la vista del Sr. Juan Bautista Sardiña prometiéndole que muy pronto vería á su padre.

Puede calcularse el regocijo que experimentaría el cautivo, al serle notificado que iban á emprender viaje dentro de pocas horas. Como no se le dijo el importe de la cantidad recibida, devanábase los sesos para explicarse tan rápido y feliz desenlace. Al cabo lo supo y se felicitó de que no hubiera sido sacrificado el porvenir de sus hijos, con la entrega de los doce mil pesos.

Como á las tres de la tarde del día 12 y después de ser curiosamente afeitado por Montolongo, el segundo de Manuel García, que dijo al empezar la operación: *Ya que le hemos afeitado el bolsillo, bueno es que le afeitemos tam-*

*bién la cara*, seguido de la partida que lo secuestró y con los ojos vendados, caminó á caballo cerca de una hora el Sr. Sardiña encontrándose de pronto y sin venda al lado de la vía férrea entre las estaciones de Guara y Melena, pero más cerca de la segunda. Allí los bandidos indicaron el itinerario que debía seguir para llegar á Melena, entregándole Manuel García un centén para los gastos del viaje, no sin advertirle que era aquel dinero *producto de una suscripción entre ellos*. Luego se perdieron en el monte quedando en completa libertad el señor Sardiña quien después de haber vagado sin rumbo encontró una pareja de la Guardia Civil que lo condujo al paradero de Melena del Sur, á donde llegó tan abatido y fatigado, que arrojándose del caballo al suelo, permaneció allí tendido unos momentos. Después de algún descanso y socorrido con ropas por el Jefe de la Estación, tomó al día siguiente el tren para Nueva Paz, su residencia, llevando á la vez la calma y la alegría al seno de un hogar conturbado y lleno de lágrimas. Creemos inútil agregar que este secuestro quedó como los anteriores impune. Sin embargo, parécenos que con los informes que circularon entonces por toda la prensa bien pudo haberse averiguado algo de utilidad para una fructuosa batida.







## VI

**A secuestro por mes.--D. Manuel Hoyo.--Popularidad y prestigio de Manuel García.--Una víctima del secuestro.--A un cuarto de legua de las fuerzas--Semáforo del bandolerismo. --Otro ejército en movimiento.--Manuel García contumáz.--Dos mil setecientos pesos en oro. -- Generosidad de los bandidos.--Los secuestrados en libertad siempre se encuentran con la fuerza pública.-- Colosal audacia de Manuel García y su gente.**

Si el crimen tiene su *edad de oro*, el año 1889 fué la edad de oro del bandolerismo cubano. Los secuestros se sucedían con una frecuencia maravillosa, un éxito magnífico y una impunidad verdaderamente inexplicable. Salíamos á secuestro por mes y en muchos casos á secuestro por quincena, lo cual demuestra que la persecución sería activa, la inteligencia puesta en acción, pasmosa, pero los resultados desconsoladores cual mudo testimonio de lo bien montado del organismo criminal y de lo pésimamente organizado de la persecución.

Y sin embargo existía una vastísima oficina en el Palacio de la Plaza de Armas, con jefes entendidos y bizarros al frente, con sumas cuantiosas á su disposición, con un verdadero ejército en operaciones; todo contra un

bandido calificado de vulgar, jefe de una banda de doce ó trece hombres perdidos en el monte, con las cabezas pregonadas, con un enjambre de polizontes y de espías en su busca y la intranquilidad de la conciencia por pesadilla. La partida era desigual y cualquiera podría suponer que llevarían en ella la peor parte Manuel García y su gente. No sucedió así, desgraciadamente. En ese duelo á muerte del crimen con la justicia, correspondió á aquel el triunfo, explicado constantemente por la vulgaridad de que el terreno, la naturaleza del país favorecen al bandidero, como si éste pudiera subsistir ni siquiera meses, acorralado como una fiera en el interior de los montes. Pero no pudo nunca acorralársele, por el contrario, encontró siempre franco el camino para sus depredaciones, dándose el caso, en este mismo secuestro que vamos á referir, de que Manuel García y su gente hayan operado con toda suerte á un cuarto de legua de las tropas mandadas por el general Lachambre, y hayan podido abrir impunemente, para acercarse á la vivienda del secuestrado Sr. Hoyo, nada menos que *cuarenta portillos* en las cercas que se oponían á su paso.

Cuando habían caído encima de la banda de Manuel García todo un ejército y una nube de *celadores especiales*, (cuya especialidad no cabe negar por los resultados obtenidos) merced al escándalo producido en la opinión con el secuestro ruidoso de D. Pedro Sardiña, Manuel García proyecta llevar á cabo el secuestro de D. Manuel Hoyo, allí mismo, en la jurisdicción de Nueva Paz, en el propio teatro de sus recientes fechorías, *un mes escaso* después de aquella que puso en su seguimiento las fuerzas del Gobierno.

A las diez y media de la noche del 4 de Septiembre de 1889 se presentó Manuel García acompañado de Domingo Montolongo, Sixto Valera, Gallo Sosa, Vicente

García y el mulato Plasencia, en la finca *Josefita* de la propiedad de D. Antonio Rodríguez, en compañía del cual habitaba entonces su cuñado D. Manuel Hoyo, llegado del pueblo de San Nicolás aquel mismo día á las ocho de la mañana. Por lo visto los bandoleros, recibieron el aviso de su llegada en pocas horas, lo cual demuestra la actividad de su espionaje.

La finca *Josefita* está situada á media legua escasa de los Palos, marchando en dirección á Nueva Paz por el camino real. Se halla rodeada por una cerca de maya y se entra en la hacienda por una talanquera. A los pocos pasos se encuentra la casa de vivienda, pequeño edificio de tabla y tejas con dos ventanas reducidas á su frente. Un portal con baranda de hierro y madera, señala su entrada principal, con puerta ámplia de dos hojas y ventana sin rejas, con simples postigos. Cerca de la casa se ven varios bohíos de jornaleros, casi contra la cerca de piña ya descrita, que separa los terrenos de *Josefita* de otras fincas.

Como ya hemos dicho, á las diez y media poco más ó menos, de la noche, el Sr. Rodríguez que ya se encontraba acostado, al sentir pisadas de caballos dentro de la finca se levantó y abriendo la ventana del ala izquierda, preguntó enérgicamente quien era el que se permitía turbar el sosiego de su hacienda. El mulato Plasencia, á quien conocía el Sr. Rodríguez, se adelantó, sin echar pié á tierra, hasta cerca del portal y respondió:

—Abre enseguida. Tenemos que hablarte.

—Yo no abro á estas horas,—dijo el Sr. Rodríguez disponiéndose á cerrar el postigo.

—Abra Vd.—repuso Plasencia,—ó haremos que abra á tiros. Aquí está Manuel García.

El Sr. Rodríguez comprendió que toda resistencia había de ser por fuerza inútil. Así contestó al mulato Plasencia:

—Pues dile á Manuel García que se acerque él solo. Aquí le espero en la ventana. Luego veremos si abro.

Manuel García, que jamás sintió el menor recelo en el desempeño de su criminal oficio, se acercó á la ventana y después de dar las buenas noches al Sr. Rodríguez agregó:

—Dése Vd. por perdido, Sr. Rodríguez, si no abre inmediatamente la puerta.

En tal situación, no cabía la duda. Manuel García es hombre que cumple lo que promete y como los minutos son preciosos en tales instantes, de ofrecer resistencia el Sr. Rodríguez, hubiera entrado el bandolero con su gente á sangre y fuego.

Se abrió la puerta del fondo, situáronse *Gallo Sosa* y *Sixto Valera* en los puntos extratéticos y Manuel García, seguido de los tres bandidos restantes penetró en la casa.

Entonces se desarrolló allí una escena por demás interesante. El Sr. Rodríguez, que creyó venían por él, quedóse absorto al tener conocimiento de que Manuel García venía á secuestrar á su cuñado el Sr. Hoyo, cuya llegada á la finca no podía comprender cómo había llegado á noticia de Manuel García con tanta rapidez.

Propúsole entonces entregar enseguida mil pesos en oro si dejaban á su cuñado. A la mañana siguiente le entregaría dicha cantidad en el punto señalado. Manuel García no quiso aceptar, tal vez por desconfianza de que andando en su persecución tanta fuerza, pudiera tenderle una celada el Sr. Rodríguez. Las súplicas fueron en vano. El Sr. Hoyo, que dormía profundamente, fué despertado y penetró en la sala, bien ageno de la desgracia que le esperaba. Tampoco podía presumir como su llegada á la finca *Josefita* había sido participada á Manuel García en tan poco tiempo. Demostró la mayor entereza al saber la pretensión de los bandidos y se dispuso á seguirlos, pi-

diendo le buscaran un caballo. Uno de los bandidos salió para el potrero y á los pocos instantes llegó con un caballo, propiedad del Sr. Rodríguez, lo enjaezó rápidamente y sin darle tiempo al secuestrado para despedirse de su cuñado, lo hizo montar, colocándole, ante la puerta de la vivienda, un pañuelo estrechamente ceñido sobre los ojos.

El Sr. D. Manuel Hoyo es natural de Canarias, (dice un documento que tenemos á la vista) de cincuenta años de edad y reside habitualmente en San Nicolás, calle del Conde Moré esquina á Avellaneda. Cuenta cuatro hijos tres varones y una hembra y posee dos fincas en el término municipal de Nueva Paz, llamada la una *Dolores* de cinco caballerías y la otra *La Luz* de trece. La primera está situada en el camino de Pedroso y la segunda en el del Caimito. El Sr. Hoyo es poseedor además, de gran número de cabezas de ganado.

Su cuerpo es alto y delgado, usa bigote canoso y viste el traje de los campesinos. Tiene un carácter serio y reservado y todos los informes que ha suministrado á la prensa respecto de su cautiverio, se reducen á declarar que los bandidos le han tratado perfectamente.

El Sr. Hoyo puede considerarse como una verdadera víctima del bandolerismo, pues antes de su secuestro, le había secuestrado un hijo Manuel García, viéndose obligado á abonar por su rescate la suma de \$3,000 en oro.

Antes de continuar el relato de este secuestro, uno de los que más efecto hicieron en la opinión, por la circunstancia, ya apuntada, de hallarse en todo su vigor la persecución, debemos hacer una digresión corta con objeto de explicar el raro fenómeno de que Manuel García se atreva á realizar un golpe de mano, con tal seguridad y aplomo, á un cuarto de legua de distancia de las fuerzas. Explican algunos este hecho, por la existencia de un com-

pleto plan de señales establecido por el bandolerismo desde su aparición. Dícese que el semáforo por medio del cual se entiende el bandolero con los poblados, es la tendedera en que pone á secar el guajiro su ropa. Una sábana colocada de cierto modo, una camisa mangas abajo ó mangas arriba, unos pantalones blancos ú oscuros, significan dentro de la clave establecida, *cerca hay tropas, se habla de una emboscada, no hay el menor cuidado, atraviesen el camino más abajo, más arriba, más tarde, á la noche, á prima noche, etc. etc.* Este hecho que hemos oído referir como cierto á un excelente funcionario de policía, cesante (tal vez por ser demasiado excelente) somos los primeros en hacerlo público.

Desde el mismo instante en que el Sr. Hoyo salió entre sus perseguidores, Manuel García dirigiéndose al señor Rodríguez dijo:

—Puede Vd. dar parte á la autoridad inmediatamente.

Así lo hizo el Sr. Rodríguez, enviando un mozo al puesto de la Guardia Civil de Nueva Paz. A los pocos momentos, puede asegurarse sin pecar de exageración, que dos ó tres mil hombres recorrían una provincia en persecución de los secuestradores. Ello no fué obstáculo para que los bandoleros llegaran á su campamento y pusieran en juego los medios habituales para hacer efectivo el rescate que desde los primeros momentos fijó Manuel García en *seis mil pesos en oro*.

El Sr. Hoyo anduvo tres días en varias jornadas, hasta llegar al cuartel general de los bandoleros, el cual no reseñaremos por haberlo hecho al ocuparnos en el secuestro del Sr. Sardiña.

Tampoco hemos de extendernos aquí en el relato de las aventuras del Sr. Hoyo durante su cautiverio. El de todos los secuestrados es parecido. Dice una información

de *La Lucha* que tenemos á la vista: "El Sr. Hoyo refiere que en los campamentos siempre anduvo suelto y que la hamaca donde descansaba y la manta con que se cubría eran nuevas.

Los bandidos tuvieron constantemente una exquisita vigilancia. No cocinaron en los campamentos: la comida la llevaban hecha desde otra parte á excepción del chocolate y del café que lo hacían donde quiera.

Las comidas se componían de sopa de fideos, viandas de todas clases y carne de puerco muy abundante. También tenían cigarros y tabacos y hasta periódicos del día."

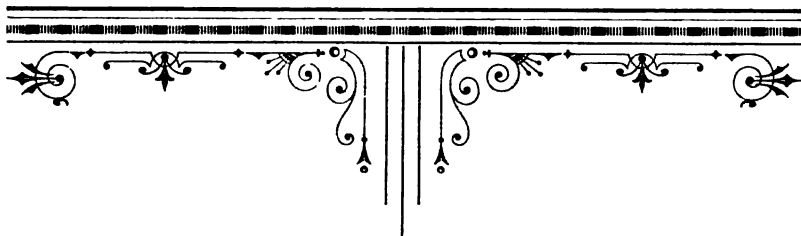
Encontrándose enfermo el Sr. Hoyo, fué objeto de las mayores atenciones por parte de los bandidos. El día 9, temprano, *sin haber escrito el Sr. Hoyo carta alguna*, recibió Manuel García la suma de dos mil setecientos pesos en oro, disponiéndose por lo tanto, á poner en libertad al secuestrado.

El dinero fué entregado, sin inconveniente por una persona cuyo nombre se desconoce, en el río Mamposton, entre Catalina y Güines. Al obscurecer del mismo día, volvieron á vendar al Sr. Hoyo y emprendieron con él la marcha.

Al despedirse de los bandidos, dícese que este les manifestó que llevaba en el bolsillo un centén.

—Guárdese para los gastos del camino—respondió Manuel García.

No tardó el Sr. Hoyo en ser puesto en libertad y ¡caso extraño! él que había hecho jornadas de seis horas durante tres días, sin haber tropezado con la fuerza pública, antes de haber andado un cuarto de legua, después de su rescate, ya había tropezado con una pareja de la Guardia Civil. Acompañado de ella, regresó á su casa á las cuatro de la madrugada, muy fatigado pero sin haber sufrido más quebranto que el de sus intereses.



## VII

**La contribución durante la zafra.—Saqueo de la tienda “El Jobo” y secuestro de su dueño el Sr. Campillo.—Veinticinco bandidos en campaña.—¿Por qué no se defienden los campesinos?—La finca “Batalla”.—Secuestro del Sr. Pérez Calero.**

Ya hemos dicho anteriormente que el bandolerismo explota dos recursos según la época del año en que actúa: el primero, durante la zafra, es la petición de dinero al hacendado con la amenaza de quemar sus campos de caña; el segundo, en *tiempo muerto*, es el secuestro, aprovechando la presencia en las fincas de los hacendados que residen en ellas temporalmente para dirigir los trabajos industriales ó agrícolas. Por este medio, Manuel García tiene establecido un verdadero servicio de contribuciones y aunque alguno niegue el hecho por lo depresivo que resulta para el pueblo campesino, lo cierto es que muy pocos hacendados dejan de satisfacer al bandolerismo su contribución.

Desde el ruidoso secuestro del Sr. Hoyo, no vino otro hecho de ese género á herir lo opinión en todo el resto del año ni en el primer semestre del siguiente. Esta tran-



quilidad á que nadie estaba acostumbrado, hizo suponer que la partida de Manuel García se habría disuelto, retirándose sus principales individuos á cuarteles de invierno en Cayo Hueso, punto obligado de residencia de cuanto facineroso perseguido logra abandonar la Isla. Sin embargo, el bandido de reputación popular, á quien nadie pudo echarle la vista á pesar de la activa persecución entablada, no había disuelto su partida, preparándose, por el contrario, á dar un audaz golpe de mano, uno de los más *brillantes* en el género, como que se trataba de un doble secuestro, realizado en dos distintos puntos y amenizado con los atractivos de asalto y saqueo, caracteres que no se habían manifestado hasta entonces en el bandolerismo.

Pero á nuestro juicio, Manuel García envalentonado con la suerte que venía protegiéndole, con la mala fortuna que presidía todas las operaciones de la fuerza destinada á la persecución y con su creciente *prestigio* en el concepto popular, creyó que podía atreverse á todo sin mirar la ocasión, el lugar ni los peligros y de ahí que la temporal paralización de sus criminales trabajos hubiera sido interrumpida el 21 de Julio de 1890, con un doble secuestro en la provincia de la Habana y el saqueo vandálico de la tienda *El Jobo*, término de San Nicolás.

San Nicolás se halla situado á unos ochenta y cinco kilómetros de la capital, por la vía férrea y es, por decirlo así, el teatro en que viene desenvolviéndose hace años la tragedia del bandolerismo. Por el plano que acompaña este capítulo, plano que corresponde á la zona invadida y recorrida á diario por Manuel García y los dos grupos en que se divide su banda, puede venirse en conocimiento de las distancias que recorren los bandidos en sus jornadas, su proximidad constante á las lomas de Madruga, sierra en cuyo corazón deben tener su cuartel



SRA. D.<sup>a</sup> ROSARIO VAZQUEZ  
ESPOSA DE MANUEL GARCIA



general, y la orientación que corresponde á los hechos que venimos describiendo.

La tienda *El Jobo* no está situada en el mismo pueblo de San Nicolás sinó á las dos leguas y en un terreno tortuoso y quebrado como que de él parte un extremo de lo extrivación de la sierra de Madruga. El barrio del Jobo tiene cuatro veredas en cruz que conducen á las vegas Pipián, Cabrera y San Nicolás. En los cuatro ángulos se encuentran el ingenio *San Rafael*, la colonia *El Güiro*, la colonia *Chávez* y por último, la tienda *El Jobo* en que van á desarrollarse los acontecimientos.

La tienda forma una esquina, es de sólida construcción, techada de teja y tiene siete puertas por cada calle, encerrando lo giros de bodega, panadería, locería, ferretería, zapatería y ropas. Es propiedad del Sr. D. Manuel Campillo, natural de la montaña de Santander, de 50 años de edad, soltero y de salud delicada. Lleva más de treinta años trabajando en el comercio de San Nicolás y con una legítima reputación de hombre serio y honrado goza del aprecio de sus convecinos por las dotes de carácter que posee.

La casa de la tienda *El Jobo* cerrábase siempre después de la diez de la noche. El día que ocurrió el suceso que vamos á narrar, el Sr. Campillo hallábase en una de las puertas de su establecimiento que dan al camino de Cabrera, cuando uno de sus dependientes le señaló para el camino por donde cabalgaban nueve ginetes, al parecer *Tiradores de Pizarro*, por el uniforme de rayadillo azul. Algunos venían vestidos de dril cazador, tela también usada por nuestros soldados.

El Sr. Campillo creyó fundadamente que se trataba de una guerrilla, con mayor razón siendo aquellos caminos á diario frecuentados por las fuerzas que actuaban contra el bandolerismo. ¡Cuál no sería su sorpresa al ver-

se de repente envuelto en un remolino de bandidos que se echaba sobre su hacienda, forzando muebles, robando efectos, haciendo abrir botellas de bebida, registrando los cajones y paseándose trás del mostrador de su establecimiento cual si fuera terreno conquistado!..... Demasiado pronto comprendió el Sr. Campillo que se trataba de la gavilla de Manuel García. Allí estaba dando órdenes, disponiendo de los bienes ajenos, mandando con imperio que se le enseñase el lugar donde se guardaba el dinero, imponiendo á todos su voluntad, con todas las puertas de la casa abiertas, con las luces encendidas, á pocos metros del puesto de la Guardia Civil, en una confluencia de caminos frecuentada, como ya hemos dicho, á diario por guerrillas y pelotones de soldados. Obraba sobre seguro, parecía tener perfectamente contados los minutos que podían invertirse en la operación; por su orden iban haciéndose líos con lo robado, zapatos, comestibles, sombreros, machetes, tabacos y cigarros: aquello era un verdadero saqueo.

Manuel García tenía entonces á sus órdenes veinticinco hombres y todos ellos *trabajaron* en el asalto de la tienda *El Jobo*. Mientras tanto nueve hombres, unos á caballo y otro á pié guardaban todas las avenidas y vigilaban la desembocadura de las veredas, los restantes divididos en dos grupos practicaban la rapiña ó hacían salir de los cuartos interiores á hombres, mujeres y niños, amenazándoles revólver en mano, con la muerte, si pretendían abandonar la tienda.

Pablo Gallardo (á) *Escuela*, agarrando por un brazo al encargado del establecimiento D. Emilio Campillo, sobrino del dueño y joven animoso y resuelto, le exigió la llave de la caja para apoderarse del numerario. Manuel García conversaba entre tanto, tranquilamente con el Sr. Campillo, inquiriendo de él los datos necesarios para sus fines ulteriores que luego conoceremos.

En vano procuró el Sr. Campillo ocultar las cortas sumas que guardaba en casa. La carpeta fué destrozada, los cajones vaciados, la tienda entera revuelta para dar con el dinero que no parecía por parte alguna. Al fin en el dormitorio del dueño de la tienda *El Jobo*, después de destrozar á culatazos los muebles, descubrieron en el fondo de un baúl y en el interior de una caja de madera la suma de 700 pesos en oro y un reloj. Por cierto que alarmado el magnífico perro que guardaba aquella ala de la casa, empezó á ladrar desaforadamente, siendo degollado de un terrible machetazo por uno de los bandidos.

Pero aún faltaba la segunda parte del drama. Como si no hubiera sufrido bastante lesión en sus intereses el honrado comerciante, víctima de una gavilla de facinerosos, allí donde la fuerza pública debiera garantizar los bienes del ciudadano, oyó con espanto de labios de Manuel García, que tenía que irse preparando para seguirle.

Terció el valiente sobrino del infeliz Campillo, alegando el delicado estado de salud de su tío, é invitando á Manuel García á que se llevase cuanto quisiera en cambio, pero en los cálculos del bandolero entraba, por lo visto, esprimir más considerablemente á su víctima, y delante de todos aquellos vecinos atemorizados que tenían á raya con sus revólvers los bandidos, tuvo que montar á caballo el Sr. Campillo para seguir á sus verdugos. Como acabara en aquel instante de apearse frente á la tienda, ignorante de todo, el Sr. Agustín Díaz, tomaron su caballo los bandoleros, montaron en él al dueño de la tienda *El Jobo* y sin atarlo ni vendarlo, se prepararon á internarse en el monte.

Y aquí se nos ocurre preguntar: ¿No había en *El Jobo* quien pudiera dirigirse á escape al primer puesto de la Guardia Civil á llevar la noticia del vandálico hecho? ¿Acaso los bandoleros amarraron y aislaron á todos los vecinos del poblado? Seguramente que nó, pero frecuen-

temente se dá en la historia del bandolerismo cubano, el hecho insólito de que todas las energías y todas las voluntades se paralicen á la presencia de Manuel García y su gente, registrándose casos en que hombres fornidos y valientes se han dejado atropellar sin pretender la menor resistencia.

Manuel García, (y esto es una novedad pocas veces registrada) ordenó al sobrino del Sr. Campillo que *no diera parte á las autoridades*, cuando el procedimiento suyo habitual es recomendar con insolente insistencia, que den parte del hecho enseguida, cual si con ello quisiera demostrar el poco miedo que tiene á la persecución.

Encargó pues, Manuel García, que no se diera parte de lo ocurrido, agregando, que cuanto se hiciera en tal sentido vendría á perjudicar al Sr. Campillo.

Dejaron después, en libertad, á los vecinos de la tienda *El Jobo* y seccionándose en dos grupos la banda, uno, con el secuestrado siguió rumbo á San Nicolás y el otro se dirigió á Pipián.

Casi simultaneamente de verificarse el saqueo de la tienda *El Jobo* y el secuestro de su propietario el señor Campillo, un grupo de la partida de Manuel García, (que en esta ocasión puso en pié de guerra á todas sus fuerzas) realizaba otro secuestro á pocos kilómetros de distancia del primero. Nos referimos al secuestro del Sr. D. Fernando Pérez y Calero, ciudadano americano, de 34 años de edad, soltero y dueño de la finca *Batalla* en el camino de San Nicolás frente al ingenio *San Miguel del Jobo*.

Dicha finca, dedicada al cultivo de caña, que muele en los ingenios cercanos, tiene una casa vivienda de tabla, teja y guano, con un pequeño jardín á su frente, cerrado por una reja de madera. Habitaban entonces dicha casa, el Sr. Fernando Pérez, D<sup>a</sup> Aurora Díaz, sus tres hijos y los padres de ésta, de avanzada edad.

Como á las ocho y media de la noche, hallándose ya acostados los moradores de la finca, resonaron en el silencio de la noche fuertes pisadas de caballos y al poco rato, hicieron su aparición ante la casa, cinco hombres montados y armados. Uno de ellos, Manuel García (que habiendo puesto en seguro asilo al secuestrado Sr. Campillo dirigía este nuevo secuestro) llamó en voz alta y al aparecer doña Aurora Díaz, le preguntó cortesmente por el Sr. Fernando Pérez.

La pobre señora, presintiendo el peligro que se cernía sobre ellos, respondió temblorosa:

—D. Fernando no está en casa.

Pero al ver que los bandidos, con toda calma, se preparaban á esperar la llegada del Sr. Pérez, se decidió á despertar á ésto, siguiéndole rápidamente tres de los bandidos, que penetraron antes que ella en el aposento.

Manuel García, que era uno de ellos, no saludó siquiera al dueño de la casa tan súbitamente despertado; lo único que hizo fué pedirle imperiosamente el rifle, añadiendo:

—No vamos hacerte daño alguno.

Luego ordenó que sacaran fuera de la casa al Sr. Pérez sin atender á las súplicas y á las lágrimas de la conturbada D<sup>a</sup> Aurora, ni á los ruegos de los ancianos, ni al llanto de los pobres niños.

Dícese que en esta ocasión Manuel García se sintió conmovido y apresuró todo los preparativos de marcha para evitar aquel espectáculo,

También aseguró á D<sup>a</sup> Aurora que nada desagradable ocurriría al Sr. Pérez y en un raro arranque de caballerosa generosidad, devolvió á la llorosa señora el reloj que había quitado al Sr. Pérez. Esta actitud de Manuel García, como hemos dicho en otra ocasión, responde á su prurito de aparecer como un *bandido generoso y delicado*.



Según confesión de los habitantes de la finca *Batalla* mientras tanto permanecieron los bandidos en la casa, no se oyó la menor palabra mal sonante ni la más pequeña interjección.

Con respecto á la hacienda del Sr. Pérez, no sufrió por entonces el menor quebranto, respetando los bandidos los efectos todos que tenían á la vista. Tal vez llegaban cansados del saqueo de la tienda *El Jobo*.

Manuel García y los suyos, abandonaron la casa llevándose al secuestrado por delante, y se dirigieron hacia los montes Guanamón. Cuéntase que para hacer creer á la fuerzas cercanas á quienes pudiera alarmar el trote de las cabalgaduras, que se trataba de una piara de ganado, á ratos dejaban oír los mujidos del toro.

A menos de quinientos metros del lugar del suceso, se encontraba el puesto de la Guardia Civil.





## VIII

**El terror que inspira el Rey de los Campos es absurdo.—Jactancia de Manuel García—¿Dónde está el campamento de Manuel García?—La afición de éste á que se ocupen de él los periódicos.—Males que origina esa publicidad.—Las influencias de los bandidos.—Resultado de una persecución á tontas y á locas.—Facilidad con que Manuel García cobra los rescates.—S. M. el bandido, billeteero.**

Antes de dar fin al relato sucinto del doble secuestro realizado por la partida de Manuel García en la tienda *El Jobo* y en la finca *Batalla*, secuestro efectuado en pocas horas y en una misma noche, con una seguridad y una audacia solo comparables á la fortuna que presidió en el delito, hemos de hacer algunas breves consideraciones, sugeridas por los hechos que venimos reseñando.

El temor que inspira el *Rey de los Campos* á los habitantes de los poblados en que lleva á efecto sus correrías, es grandísimo. Dificilmente encuentran las víctimas del bandolerismo persona dispuesta á tomar un caballo y llevar á la autoridad el parte del crimen cometido. Parece como que el campesino en la lucha entablada entre el

bandolero y la justicia, reconoce tácitamente la superioridad del primero y teme más á su venganza que á toda clase de responsabilidades judiciales. Ese temor se extiende aún con mayor fuerza debido á la impunidad que rodea las depredaciones del bandolerismo, la rara suerte con que este burla la más activa persecución, y el largo período de tiempo que lleva Manuel García ejerciendo su criminal oficio sin que haya perdido más que uno ó dos de sus secuaces, en tanto han muerto en el patíbulo ó bajo el plomo de la fuerza pública numerosos criminales que no pertenecían á su gavilla.

Y que el miedo cervical á las venganzas del audáz bandolero traspasa los límites de lo racional, lo demuestra el hecho de que hombres valientes, víctimas de la rapacidad del *Rey de los Campos*, no se han atrevido á medir con él sus fuerzas, no obstante poder hacerlo con probalidades de éxito. Más de una vez se ha dado el caso de presentarse en una finca Manuel García acompañado de tres ó cuatro de los suyos, y á pesar de existir allí fornidos jornaleros y empleados, el bandido no ha encontrado la menor resistencia, ha hecho cuanto ha querido, se ha llevado cautivo al propietario á la vista de sus servidores, ha dado tiempo á que estos se rehicieran de la sorpresa intentando una defensa razonable y . . . no la han hecho cual si de antemano supieran que iban á ser vencidos.

¿A qué obedece esto? No cabe suponer cobardía en nuestros campesinos ni mucho menos complicidad absoluta, aunque sí relativa. Lo que ocurre, en nuestro concepto, es que la fuerza pública no representa suficiente garantía de seguridad para nuestros pueblos chicos, para esos grupos de bohíos aislado en el monte, por los que pasa, (no puede negarse) á cada momento una valiente pareja de la Guardia Civil ó una guerrilla montada, pero que permanecen después indefensos ante los desafueros

del bandolerismo. Esa convicción, indudablemente, es la que ata de piés y manos al habitante de los campos para intentar la defensa de su vida y hacienda, imponiéndole una pasividad, un estoicismo que nosotros llamaremos complicidad relativa. Son cómplices por el temor á la venganza de Manuel García, temor desgraciadamente justificado por los hechos sanguinarios de quien después de haber macheteado á un infeliz, ha dejado sobre el cuerpo aún palpitante, un papel ensangrentado que decía: *Esto le ha pasado por chota.*

Nos llevaría muy lejos estudiar esta fase de la vida rural en Cuba y justificados escrúpulos impiden que apuntemos el medio de hacer fuerte al campesino contra los desafueros del brigandaje. Tal vez al aconsejar que se proporcionaran armas á nuestros guajiros, alguien se alzaría para gritarnos que eso envolvería otros peligros de orden político. No lo negamos ni lo afirmamos, pero lo cierto es que cuando hacen falta armas, saben llegar sigilosamente. Pero no ahondemos el asunto: el día que el pueblo rural se convenza de que cinco hombres honrados, con la fuerza que les prestan el derecho y la justa indignación, son más fuertes que cinco desalmados fuera de la ley, aquel día el bandolerismo será más cauto en presentarse en una finca, depondrá todas sus arrogancias y si comete desafueros, no revestirán los caracteres de gravedad é insolencia que afectan los hechos relatados en capítulos anteriores y en los venideros de esta obra, más insólitos aún.

La fuerza pública necesita de la cooperación del campesino para que su labor sea fructífera. Si al asaltar una finca Manuel García, los hombres no se echaran á temblar si no que lo recibieran á tiros, la persecución daría grandísimos resultados, ya porque el bandolero caminaría con piés de plomo en sus asaltos, ya porque las

fuerzas cercanas á la finca donde se sintieran los tiros, atraídas por el fragor de las descargas caerían sobre los asaltantes cogidos entre dos fuegos. Se nos dirá que el campesino es pobre y no puede adquirir un rifle. Adquiéralo el propietario, casi siempre sacrificado por el bandolero y saldrá mejor librado.

De la actual situación, (como ya creemos haber dicho) dimanaban la seguridad, la audacia, el valor temerario y la jactancia de Manuel García y su gente. Prueba de ello es que el *Rey de los Campos*, al realizar el secuestro del señor Campillo y antes de ir hácia la finca *Batalla* á efectuar el de D. Fernando Pérez, dejó en la tienda la siguiente misiva, ordenando fuera entregada á la autoridad:

*«A la Guardia Civil.*

*El Rey de los Campos de Cuba á estos señores los secuestra porque les ha pedido dinero y no se lo han dado y conmigo no se juega.*

*Manuel García.»*

Al recibir el alcalde de barrio del Jobo dicha original carta, no encontró en todo el vecindario quien se atreviera á llevarla al cercano puesto de la Guardia Civil ni el mismo funcionario creyó conveniente tomar un caballo y llevar en persona la noticia, por cuya causa fué suspendido en el ejercicio de su cargo. Claro está que Manuel García de sobra conocía ese temor del campesino y lo utilizaba en su beneficio, naciendo de ahí su jactancia y la seguridad con que dá sus golpes.

La persecución entablada desde que se conoció el doble secuestro de la noche del 7 de Junio no dió resultados satisfactorios. Fué el eterno ir y venir de tropas, el constante telefonar con autoridades civiles y militares, la ocupación militar de toda la zona, pero en modo alguno el establecimiento de un plan concreto, el pago de una con-

.

fidencia valiosa, (particular de que habremos de ocuparnos en breve), la inquisición del sitio probable en que pudiera estar situado el campamento fijo del bandolerismo, para lo cual se poseían preciosos datos desde el secuestro del Sr. Sardiña.

No cabe dudar un instante que los campamentos sorprendidos por las tropas en algunos parajes, no eran el cuartel general de Manuel García, si no simplemente apeaderos de circunstancias, como puntos estratégicos para el descanso de las jornadas y el recibo de las confidencias ó los víveres. Casi puede afirmarse que el campamento propiamente dicho estaba entonces próximo á la costa, en la jurisdicción de Melena del Sur y no muy lejos de Nueva Paz, como lo demuestra el hecho de que los secuestrados Sardiña y Hoyo, no hayan invertido más de una hora, al ser puestos en libertad, en encontrarse en un paradero de la línea. También apoya esta creencia un dato interesante que hemos notado en la historia de algunos secuestros, y es que un secuestrado en San Nicolás, por ejemplo, lo mismo tardó en ser puesto libre cerca del Empalme, que otro secuestrado en el Aguacate en ser puesto en Melena del Sur. Con bien poco conocimiento del terreno, podría, en nuestra opinión, señalarse el punto de la Sierra de Madruga en que tiene su más formidable guarida la banda del *Rey de los Campos*. Pero sobre esto nunca se le ocurrió escribir nada á los periódicos al *Rey de los Campos*, tan aficionado á la publicidad y tan seguro de no ser molestado en su retiro. Ya puede colegirse el por qué no lo habrá hecho, reduciendo sus jactancias á anunciar, una que otra vez, sus golpes de mano, á *justificar* su conducta y á desafiar desde el monte la persecución y burlarse de ella.

Que todo esto redunde en desprestigio de las autoridades y contribuya á rodear á un vulgarísimo bandido de

una atmósfera de grandeza verdaderamente deplorable, claro está, pero es el caso que Manuel García echa mano del recurso de dirigirse á la prensa con más frecuencia de la conveniente y hasta ahora no han podido averiguarse los medios ocultos de que dispone ese bandolero para que sus cartas lleguen sin novedad al punto de su destino. Tal vez consiste en que tiene amigos en todas partes y aún amigos valiosos é influyentes, según vamos á demostrar.

Durante el corto cautiverio de los Sres. Pérez y Campillo, Manuel García tuvo ocasión de exponer concretamente su modo de pensar á sus obligados huéspedes. En la información que hizo *La Lucha* acerca de ese doble secuestro, decía por boca de unos de sus reporters: «Aseguraban todos los bandidos que cada uno de ellos tenía una persona de representación social que, en caso de indultárseles, los admitiría en sus fincas á trabajar y garantizaría su conducta y que si tal cosa obtenían no solo serían hombres honrados sino que impedirían que se turbase la tranquilidad en los campos.»

Lógico es presumir que las personas de representación social que garantizaran á los bandidos indultados, serían por el estilo de aquellas que años anteriores facilitaron la salida de esos mismos facinerosos para Cayo Hueso, de donde tornaron cuando lo creyeron conveniente. La garantía por lo tanto, es peregrina y no estaría de más que fuera á su vez garantizada por otra más seria. Esto aparte de que reñiría con todas las leyes divinas y humanas el indulto de bandidos sanguinarios y empedernidos, cuando han muerto en garrote vil tantos desdichados solo por haber cometido un secuestro y sin contar con el menor homicidio ni asesinato en toda su vida.

Volviendo al doble secuestro de los Sres. Pérez y Campillo, diremos para abreviar, (puesto que todos los secuestros se parecen) que después de haber satisfecho por

su rescate *tres mil y mil pesos en oro* respectivamente, fueron puestos en libertad á las diez de la noche del 26, próximamente, mediante una jornada de cinco horas atravesando monte y saltando cercas. Manuel García, Sixto Valera, Pedro Palenzuela y Víctor Cruz acompañaron á los secuestrados (no sin haberlos vendado antes) hasta el camino real á dos leguas de San Nicolás. Al dejarlos libres, les encargaron no se quitasen la venda en algunos minutos. Así lo hicieron y á las once de la noche del mismo día 26, penetraban los Sres. Campillo y Pérez en sus respectivos hogares.

Entre tanto agitábanse las tropas en todas direcciones, tratando de descubrir las huellas de los secuestradores, que estaban tranquilamente en su escondido campamento esperando el resultado de su operación. Aún mas, no contento Manuel García con lo hecho, anunciaba en una carta á *La Lucha* su propósito de descarrilar trenes de mercancías y de pasaje de la línea de Villanueva, por haberse negado el administrador de la Empresa á entregarle la suma de *quince mil pesos en oro*, amenaza que no tardó en cumplir, como veremos más adelante, sin que fuera un obstáculo á su fechoría la presencia de multitud de fuerza sobre las líneas férreas y en todos los paraderos de *Villanueva* y *Bahía*, sin contar las numerosas guerrillas de infantería que pateaban los montes, las emboscadas en puntos extratéticos y la policía *especial* y no especial que vomitaba la Habana sobre la zona de Matanzas y aquella provincia frecuentada por las partidas de bandoleros.

Nada pudo impedir, sin embargo, las operaciones de Manuel García y sus emisarios para conseguir el rescate de los señores Campillo y Pérez. El mulato Plasencia y Vicente García, comisionados al efecto, llegaron al campamento el 26 á las 7 de la mañana sin haber tenido el más ligero encuentro con la fuerza pública, como quienes



están acostumbrados á deslizarse junto á ella todos los días á todas horas, sin exposición siquiera, con verdadera seguridad.

Causa asombro la fácil manera con que Manuel García ha hecho efectivos todos los rescates, sin detener muchos días al secuestrado, sin alardes de crueldad y lo que es más raro, sin haberse dejado sorprender una sola vez en esas operaciones. „A propósito de esto, dice el rumor público que Manuel García y alguno de su partida, tienen la facultad de disfrazarse según les conviene, habiendo debido más de una vez su salvación á ese recurso. En el campamento deben poseer los útiles necesarios para esas metamorfosis que el pueblo sencillo relata con los mayores extremos.

Cuéntase que en la línea de Madruga ó muy cerca de ella vióse sorprendido un día el *Rey de los Campos*, muy de cerca por una guerrilla que á buen trote le venía encima, Manuel García penetró en el monte, escondió caballo y armamento, se arregló la cara con unas patillas á la isleña y desenvolviendo algunos billetes de lotería y desenvainando unas enormes tijeras, se lanzó al camino pregonando con una propiedad maravillosa: *El que va á salir*.

La fuerza pasó por su lado, saludó el billeteiro muy cumplido, siguió pregonando con voz estentórea su mercancía en aquellas soledades, y . . . la guerrilla desapareció bien agena de suponer que aquel billeteiro patilludo era el temido y audaz bandolero Manuel García, el mismísimo *Rey de los Campos de Cuba* que paseaba de incógnito.

Manuel García, pasado el peligro, volvió á tomar sus armas, montó á caballo y cuando al ruido de sus cascos volvieron los soldados la cabeza, ráudo como el viento cruzó á trescientos pasos de ellos el bandolero riéndose de su bien desempeñada farsa.

Nosotros no aseveramos la certeza del hecho, pero dada la torpeza que se ha venido demostrando en la persecución los errores cometidos, los atrevimientos de esa gente fuera de la ley y la fortuna que hasta ahora ha acompañado al audaz bandolero, no es inverosímil ese paso de comedia, antes por el contrario muy natural y creíble. Cosas más sorprendentes nos tiene reservadas el porvenir; algunas tan raras, tan peregrinas que si no hubieran ocurrido á la faz de un pueblo entero, las creeríamos sacadas de un folletín francés. Pero bien cierto es que no hay novela que supere á la realidad.





## IX

**Nueva fase del bandolerismo.—Otra carta á “La Lucha”.—Después de robados..... cerrojos.—Manuel García en música.—En el kilómetro 99.—Asesinato de un leñador.—Con el velocípedo al monte.—Levantamiento de un rail.—¡Fuego!—Indignación de Manuel García.—Dos cartas más.—Mayol y Cruz.—Impresión pública.—Comentarios.**

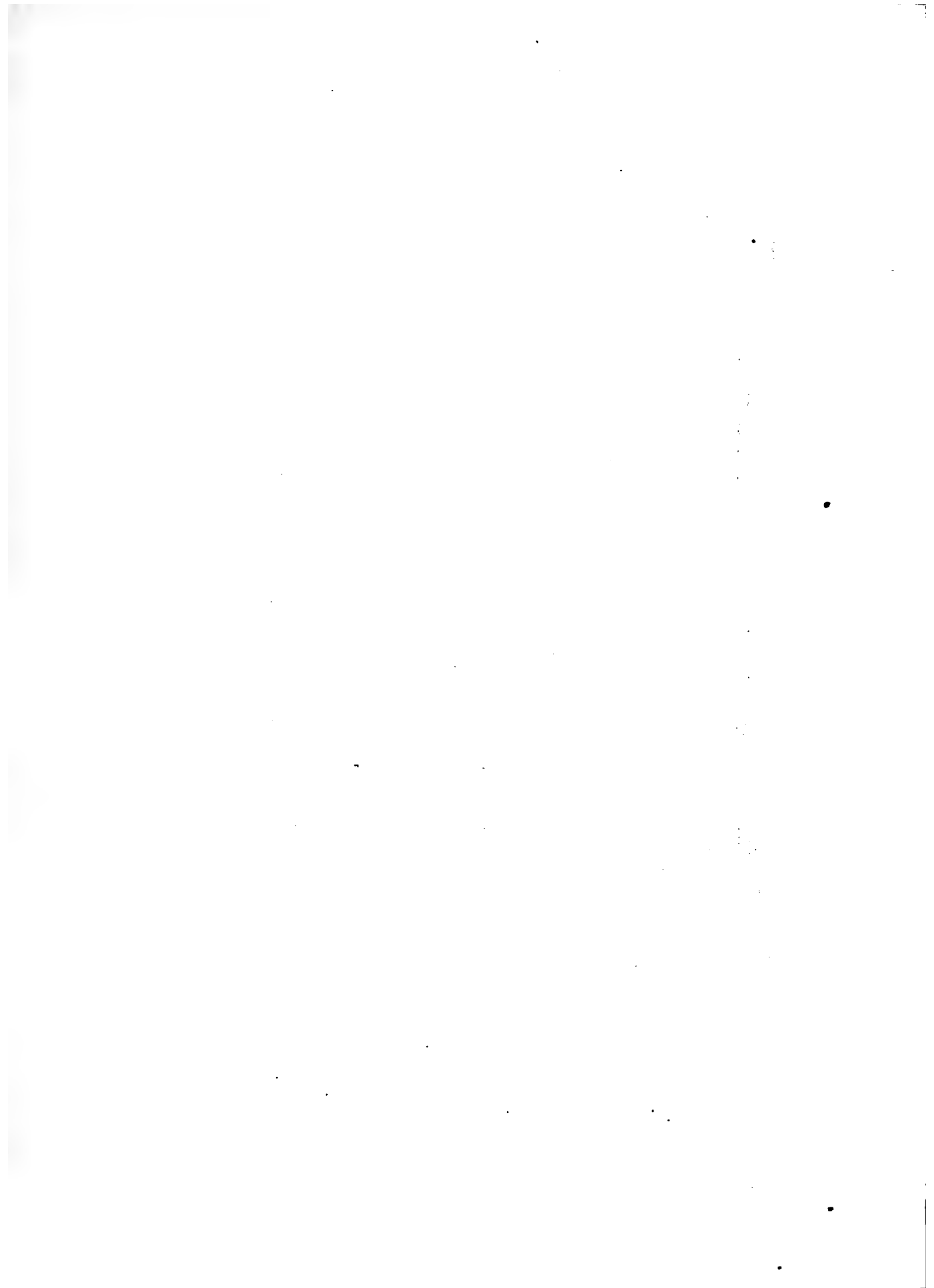
El escándalo producido por los frecuentes secuestros perpetrados por la partida del *Rey de los Campos*, con ser enorme, necesitaba de un atentado más odioso y más insolente, también, para colmar la medida de la indignación pública contra sus autores y la desconfianza en los recursos puestos en práctica por las autoridades.

Con ser el secuestro aborrecible, puesto que lleva el luto y las lágrimas al seno de un hogar antes dichoso, no tiene los caracteres horribles de un atentado contra la vida de muchos ciudadanos inofensivos, de muchos empleados que se ganan el pan de sus familias con mil privaciones. Y este horrible atentado fué puesto en práctica en este país por Manuel García, envalentonado por la



**JULIAN OSMA**

ENEMIGO DE MANUEL GARCIA, QUE DIRIGIÓ CONTRA EL  
LA PERSECUCIÓN



impunidad que había cubierto sus anteriores hazañas. Es una nueva fase en que entró el bandolerismo cubano, suficiente por sí sola para demostrar la importancia alcanzada por esa plaga social en los últimos cinco años.

El día 8 de Abril de 1890, recibió en su buzón el popular periódico habanero *La Lucha* la siguiente carta, que publicó en sus columnas y que reproducimos aquí con su misma ortografía.

«Sr. Director de *La Lucha*.

muy señor mio desearia que publicara estas lineas en su dinno periodico para que mañana no se me calunie de infame

Con esta fecha le escribo la tersera y última Carta al señor Ximeno alministrador de la enpresa de Billa nueva pidiendole á la empresa de Billa nueva 15000 pesos oro y que si de aquí al dia 15 de este no sé que la enpresa es tá dispuesta á darme dicha cantidad en piezo á des-carriar trenes de carga y de pasajeros y para que no se que jen y ablen los periodistas lo pongo en su conocimiento.

Manuel Garcia

el Rei de los campos y casi que de toda la Ysla de cuba.

Abril 7 de 1895.»

El Sr. Ximeno hizo entrega de las cartas á que alude la anterior, á la autoridad, pero es de colegir, que nadie dió asenso á las amenazas del *Rey de los Campos*, por creer que no sería capaz de poner en planta sus bárbaras promesas; de lo contrario, la vigilancia se hubiera redoblado en las líneas, como se hizo después del atentado, cosa perfectamente explicable y que encaja en el carácter de nuestra raza. Después que los ladrones nos han dejado en cueros, es cuando echamos de ver la necesidad de asegurar la puerta y de colocarle un par de cerrojos más.

Pero si las autoridades no prestaron gran atención al

incidente, el público, en cambio, empezó á impresionarse y los viajeros á viajar con temor, convencidos hasta la evidencia de que Manuel García era muy capaz de hacer lo que prometía, y lo que es aún peor, persuadidos de que después de hacerlo seguiría campando por sus respetos.

La popularidad del *Rey de los Campos* era por entonces inmensa. Baste decir que se *sacó* un danzón con su nombre y que el pueblo cantaba, sin guardarse, antes por el contrario á grito pelado, *versos* de este tenor:

*Y dice Manuel García  
Que si no le dan centenes  
Que descarrila los trenes  
Y mata la policía . .*

La prensa de la capital y de provincias dedicó sendos artículos al audaz bandolero, los planes y proyectos para darle caza menudearon, el relato de sus fechorías formaba el plato más sabroso de la curiosidad pública y los gastos de la persecución subían que era una gloria.

En este estado las cosas, cinco días después del secuestro de los Sres. Pérez y Campillo y cuando aún se encontraban estos en cautiverio, esto es, el día 25 de Junio de 1890, ocurrió el hecho que vamos á relatar y que, no obstante su importancia, no era más que el inicio de lo que había de realizarse más tarde con asombro y escándalo de todo un pueblo.

Al amanecer de dicho día se hallaban internados en el monte que colinda con la vía férrea de Villanueva, entre los kilómetros 98 y 100, los bandidos Domingo Montolongo, Sixto Valera, *Gallo* Sosa, Víctor Cruz y Antonio Mayol. Esperaban emboscados, la hora oportuna de levantar un rail de la vía, según orden recibida de su jefe.

En tal situación, divisaron un leñador que trabajaba

cerca de ellos. Esto sobresaltó á Montolongo, porque si abandonaba aquel lugar el jornalero, podría dar parte de la presencia de aquellos hombres armados en el monte. Así, se dirigió á él y después de preguntarle cuanto ganaba cada día, le dijo:

—Bueno: pues hoy no das un golpe más ni te mueves de aquí. Ahí tienes tres pesos.

Y le alargó un billete del Banco, de dicho valor.

El leñador soltó la herramienta de su oficio, pero sospechando algo de aquellos hombres ó acordándose de que había pertenecido al ejército (pues era licenciado) al volver la cabeza el bandolero emprendió la fuga.

Advirtiéndolo Montolongo y poniendo á escape su caballo le dió alcance, lo derribó al suelo mortalmente herido de un machetazo y cogiéndolo después en brazos lo arrojó al fondo de un pozo allí cercano. Su cadáver no fué descubierto hasta algunos meses después de hechas las averiguaciones para esclarecer su desaparición.

Véase aquí, por este hecho solamente, las razones que abonan nuestra afirmación de anteriores capítulos, respecto á que la complicidad del campesino, en el bandolerismo, obedece la mayor parte de las veces á un temor en muchos casos justificado. El infeliz jornalero, murió por no ser cómplice pasivo del crimen que iban á perpetrar los bandoleros.

Cerca del medio día, los bandidos que permanecían en emboscada, vieron venir en la cigüeña de la reparación, al celador reparador del Aguacate que recorría el tramo encomendado á su vigilancia. Al llegar al kilómetro 99, salieron de su escondrijo Montolongo y su gente y sin tener necesidad de extremar las amenazas, obligaron al reparador á cargar con la máquina y trasladarse á la manigua, donde quedó bien guardado. Pronto comprendió el pobre empleado, D. José Pérez (que así



se llamaba) lo que pretendían los bandoleros y el fin que esperaba á los empleados y pasajeros del tren mixto, próximo á llegar á aquel punto.

Desde el interior del monte, oía distintamente los golpes de martillo que descargaban sobre tornillos y mordazas y más tarde vió que aquellos desalmados desenvolvían una larga sogá, la amarraban sólidamente á la cabeza del rail desprendido y llevaban el extremo de ella al materral en que estaban agazapados los demás foragidos.

Según confesión del reparador cautivo, testigo forzosamente de la catástrofe que iba á ocurrir, al dar el tren que hacía trepidar la vía, los primeros pitazos, se le saltaron las lágrimas y pensó: *«¡Ah! viene el tren: van á morir»*.

Mientras tanto, el tren mixto número 25, que había salido de Madruga para la estación de Empalme á la una y 26 minutos de la tarde, llegaba á menos de trescientos metros de los bandoleros. El maquinista D. Inocencio Marcos, que era uno de los mejores maquinistas de la Empresa, notó desde luego la ligera desviación de la línea, apesar de no quebrar la recta en más de una pulgada. Llamó entonces al fogonero D. Manuel Franco para ver si era una falsa visión suya, pero éste confirmó su creencia de que estaba un rail partido, cosa que ocurre con frecuencia. Entonces aplicó la retranca de aire comprimido y pasó el tren á los pocos instantes, quedando la máquina, en sus ruedas delanteras, precisamente sobre el rail levantado.

En aquel mismo instante se oyó gritar en el límite del monte, situado á la derecha del convoy:

—¡Viva Cuba libre!... —¡Viva Manuel García!

—¡Viva el Rey de los Campos de Cuba!...

Eran los bandidos á las órdenes de Montolongo, quién echándose el rifle á la cara gritó:

—¡Fuego!...



Una descarga de cinco rifles, vomitó su lluvia de plomo sobre los carros y el alijo, agujereando el lado izquierdo del tren, por varios puntos, en toda su extensión. Después siguió un fuego graneado durante siete u ocho minutos, todo el tiempo que estuvo detenido el convoy en la vía, hasta que el conductor Sr. Quiñones, jugando el todo por el todo dió la orden al maquinista Sr. Marcos, de partir á toda velocidad, lo cual se efectuó con la rarísima fortuna de no descarrilar, caso que parecerá milagroso teniendo en cuenta que el rail estaba levantado de cuajo sobre los polines. Tal vez háyase debido ese feliz desenlace á que pasando toda la máquina sobre el tercio medio de la línea, opuso completa resistencia á los esfuerzos de los bandidos que tiraban de la sogá.

Mientras duró el fuego, el personal del tren compuesto, como hemos dicho, del maquinista Sr. Marcos, del conductor Sr. F. Quiñones y del fogonero D. Manuel Franco Fernández, que no abandonó un solo momento su puesto al lado del maquinista, procuraba atrincherarse tras de los carros, el alijo y la máquina, y los retranqueros recorrían el tren sin darse cuenta, (dice el reportage que tenemos á la vista) de lo que pasaba.

El tren número 25, llevaba pocos pasajeros: un Guardia Civil sin armas, un reparador de telégrafos del Gobierno y el Contador de Correos Sr. Barceló.

El peligro corrido por el personal y pasaje no es preciso evidenciarlo, pues además de haber podido ser atravesados por las balas, de ocurrir un descarrilamiento su fin era inevitable, pues los criminales levantaron la vía, precisamente sobre la gran alcantarilla de hierro que cubre una cañada seca, en la que se hubiera hundido todo el convoy irremisiblemente á no tener la fortuna de pasar impunemente sobre el rail levantado. Manuel García, por otra parte, eligió para su infame atentado el punto

más solitario de la vía, frente á los montes conocidos por Cuevas de Sanabria, en medio de un espeso monte, impenetrable á todas las miradas.

Dícese que el *Rey de los Campos* se indignó cuando supo lo ocurrido con el tren 25, porque sus órdenes fueron de descarrilar un tren de carga y no de pasaje. Además, consideró el hecho un fracaso, porque su objeto era que el tren quedase completamente destrozado para vengarse de la Empresa que le había negado la suma de 15,000 pesos en oro, pedidos. Las averías se redujeron á cinco agujeros de bala en el coche mixto de 1.<sup>a</sup> y 2.<sup>a</sup>. El personal del tren rivalizó en valor, presencia de ánimo y fidelidad á la Empresa por cuyo servicio estuvieron en inminente peligro de muerte.

El reparador, secuestrado todo el día en poder de los bandoleros, aprovechó la confusión para huir á todo el correr de sus piernas, no parando hasta Xenes, donde participó la noticia, haciendo además entrega de las dos cartas que vamos á copiar á continuación y que le fueron entregadas por Domingo Montolongo.

La primera estaba dirigida *al Gobierno y al pueblo* y decía así:

«Como no se nos ha concedido el indulto, mi segundo, Domingo Montolongo empezó la campaña con lo del Sargento de la Guardia Civil y nosotros la continuaremos como vais viendo.

A esos mamarrachos que salen á perseguirnos con los Alcaldes y Guardia Civil, les pienso dar machete.

Vicente mi hermano, ha ido á buscar á Arturo García y con alguna gente buena formará la partida de Vuelta Abajo donde hay que trabajar.

Ya me conocéis.

El Rey y dueño de los Campos de Cuba

*Manuel García.»*

La segunda carta iba dirigida al *Sr. Administrador del Ferrocarril* y decía á la letra:

«Le he escrito hará dos meses pidiéndole 15,000 pesos en oro y en lugar de mandarlos llevó la carta al Capitán General.

Ahora quiero 20,000 pesos en oro y sinó descarrilaré los trenes de carga y pasajeros. Ya empiezo hoy. Si quiere lleve esta carta también al General.

El Rey de los Campos de Cuba

*Manuel García.»*

Las anteriores cartas, dada su relativa corrección, no parecen escritas por Manuel García, sinó por la misma mano que escribió la de Vicente García en la que nos ocupamos en el Capítulo V.

Es de notar que en el asalto del tren número 25 tomaron parte Antonio Mayol y Víctor Cruz, bandidos que pertenecían al segundo grupo del *Rey de los Campos*, mandado por Santana. Tal vez Manuel García necesitando su gente para guardar á los secuestrados Pérez y Campillo pidió á Santana esos dos individuos de refuerzo.

Antonio Mayol, hemos de encontrarlo también más tarde en otros sucesos importantes.

Con la llegada del reparador á Xenes y más tarde con lo del tren número 25 á Madruga, cundió la noticia del hecho con la velocidad de un reguero de pólvora. La Empresa del Ferrocarril envió al kilómetro 99 una cuadrilla de reparadores custodiada por Guardia Civil y caballería de Pizarro. Fuerzas de todas las armas é institutos al mando del valiente Capitán Sr. Jiménez á quien acompañaba el intrépido Alcalde Municipal Sr. Torrens, salieron en persecución de los bandidos, situándose numerosas emboscadas, batiendo todos aquellos montes, trabajando

con un entusiasmo digno de buen éxito; pero desgraciadamente sin resultado alguno.

Por su parte, la Empresa de los Ferrocarriles Unidos, justamente alarmada, puesto que iba á recibir enorme lesión en sus intereses, ya por virtud de venideros atentados, ya porque el número de pasajeros por sus líneas iba á decrecer notablemente, pidió fuerza armada al Gobierno para garantía de sus trenes, siendo complacida en esto sin reparo, al extremo de verse algunas veces de viaje tres veces más militares que pasajeros que hubieran pagado su billete.

Desde la Habana á Matanzas, por las líneas de Bahía y Villanueva, no se veían más que patrullas, guerrillas, pequeños destacamentos, subidas y bajadas de jefes, partes, órdenes y *tutti cuanti*; pero Manuel García no se dignó abandonar en aquellos días su cuartel general.

La impresión causada en los pueblos rurales fué de verdadero espanto. ¿Quién se atrevía á viajar? La impresión en la capital de la isla, fué de estupor. ¿Hasta cuando iba á continuar aquello?—Ya es hora de que se tomen enérgicas medidas—clamaban algunos periódicos impresionados por tales hechos. ¡Medidas! ¡Si estaban tomándose desde el año 1879! Lo que se echaba de menos era un hombre por el estilo de Zugasti; pero... aún estamos esperándolo.





## X

Apogeo del bandolerismo en esta época.—El mando del General Chinchilla.—Actividad de la persecución.—La prensa francesa y Manuel García.—Nuevo atentado.—Incendio de la Estación de Quivicán.—Las súplicas de una madre.—Tarea de exterminio.—Otras dos cartas.—Un reto.—Lo que pensaba el pueblo.—Un arma terrible.—Situación del hacendado.—Un problema.

Señalóse el mando superior del general Chinchilla, que en esta época gobernaba la Isla, por un recrudecimiento tan notable en el bandolerismo, que daba margen á los más vivos comentarios. Durante el año 1890, los atentados de Manuel García ocurrían con frecuencia escandalosa, el número de secuestros llegó á una cifra inverosímil y la impunidad más absoluta acompañó constantemente á las hazañas del *Rey de los Campos*, ensoberbecido con su indiscutible superioridad sobre la fuerza pública.

Recorriendo la prensa de entonces, aún aquella que por su carácter sabe suavizar los ataques por no echar por tierra el principio de autoridad, no se encuentra otra cosa que excitaciones á la misma para que pusiera coto á los desmanes del bandolerismo. Periódico moderado hubo

entonces, que al despedir al gobernador general Chinchilla no vaciló en calificar su mando de desdichado.

No quiere esto decir que no se movieran las fuerzas y que no trabajara la policía. Muy al contrario; jamás demostró mayor actividad la fuerza pública, pero tampoco nunca se desperdició la actividad más estérilmente. Y es que no obedecía á un plan determinado, moviéndose cada organismo en distinta dirección y surgiendo á diario luchas de competencia que dividían la acción de las fuerzas y hacían infructuosas todas sus operaciones.

Después del asalto del tren número 25 que hemos referido en el capítulo anterior, no se movió en algunos días el *Rey de los Campos*, satisfecho sin duda con el fruto del secuestro de los Sres. Campillo y Pérez y el botín recogido en el saqueo de la tienda *El Jobo*, ó tal vez temeroso de que los últimos hechos vandálicos, realizados por su partida, triplicaran la actividad de la persecución y multiplicaran las emboscadas.

El público, sin embargo, que conocía por la prensa las exigencias de Manuel García para la Empresa de los Ferrocarriles Unidos, exigencias á que ésta no quiso acceder, abrigaba el fundado temor de que el audaz bandido cumpliría todas sus amenazas, repitiendo los atentados á los trenes, originándose de esta creencia un notable descenso de pasajeros en las líneas de Madrugá y de Matanzas, sin que lograra borrar esta impresión el alarde de fuerza que se hizo por la autoridad.

Como ya indicamos, los paraderos estaban convertidos en campamentos, instalados en wagones de desecho ó en las casillas de la reparación; la vía estaba cubierta á diario y á todas horas de fuerzas de caballería é infantería, en todos los trenes viajaban pelotones de soldados y parejas de la Guardia Civil y gran número de funcionarios de policía, pública ó disfrazada, llevaba órdenes y comi-

siones de un pueblo á otro, ansioso de obtener un triunfo sobre los bandidos.

Así las cosas, es decir, en plena actividad perseguidora, vino á ocurrir otro de los sucesos de más escandalosa resonancia en los ya escandalosos anales del bandolerismo cubano, confirmando los temores del público, provocando nuevos clamores de la prensa, y prestando mayor popularidad, si esto era posible, y mayor *prestigio* al audaz bandolero que con diez y seis ó diez y ocho foragidos ponía en jaque á todo un ejército y á las autoridades de un país civilizado.

Hasta Europa llegó el eco de las hazañas del *Rey de los Campos* ocupándose de ellas la prensa francesa, uno de cuyos órganos más importantes escribía por entonces, que el bandolerismo cubano dejaba muy atrás al de Calabria en los tiempos de su mayor apogeo.

Decidido Manuel García á ejercitar su venganza contra la Empresa de los Ferrocarriles Unidos que había despreciado sus amenazas y desatendido sus peticiones, vino preparando con la astucia que formó siempre la base de su carácter, un golpe de mano más que el anterior resonante y audaz y lo realizó en la noche del 30 de Junio de 1890, poco más de un mes después del levantamiento de la vía cerca del Empalme.

La estación de Quivicán, en la línea antigua de Villanueva, se encuentra á la distancia de media legua del pueblo de su nombre y como á una legua escasa del pueblo de San Felipe. El terreno en que está situado dicho paradero, es llano y escampado y por aquella época se encontraba recorrido á diario por fuerzas de todas las armas, radicando en los dos extremos, Quivicán y San Felipe, las fuerzas destacadas.

Es un doble edificio de mampostería y teja, y decimos doble, porque el almacén de carga y el despacho de



billetes, telégrafo y residencia de los empleados, están separados por un corto trecho. A la parte derecha existe un muelle de madera para las operaciones del tráfico.

Cerca de las ocho de la noche y cuando en su mayor parte la familia del jefe de la estación se hallaba recogida, presentaronse ante la casilla de pasajeros Manuel García y siete de sus secuaces, montados en magníficos caballos y armados de rifle, revólver y puñal.

El *Rey de los Campos*, después de llamar en voz alta al jefe de la estación, le intimó que no hiciera la más mínima resistencia porque sería perfectamente inútil.

—A nadie vá á hacerse aquí daño—dijo—si no á la Empresa que pretende jugar conmigo, y conmigo nadie juega.

A este punto ya había oído las voces y salido á la puerta la desolada esposa del jefe, la cual temerosa por su marido y con lágrimas en los ojos, pidió á Manuel García que no fuera la perdición de una familia que no le había hecho ningún daño.

—Ni se le hará tampoco, señora,—exclamó el *Rey de los Campos*.—Yo no tengo más que una palabra.

El jefe, hombre animoso, hizo penetrar á su señora en la casa y se dispuso á oír las exigencias del bandolero que después de situar parte de su gente en los puntos estratégicos, dió orden á la restante para que sacara sobre la vía el aparato telegráfico y toda la documentación de la Empresa.

No tardaron sus órdenes en ser obedecidas formando un montón aquellos efectos frente á la casilla de pasajeros. Seguidamente uno de los bandidos aplicó un papel encendido á los documentos é impresos, y pronto alzó sus llamas una hoguera que lo redujo todo á cenizas.

Los aparatos telegráficos fueron destrozados contra los rails, hasta quedar reducidos á pequeños fragmentos.

A la luz de la hoguera, adquiría proporciones fantásticas aquella escena de exterminio y destrucción.

Manuel García, hecho esto, hizo partir por delante, hacia el almacén de carga al consternado jefe de la estación, ordenándole franqueara las puertas. Ya dentro del edificio, (que como hemos dicho ya, era de mampostería) la gente de Manuel García, volviendo bultos y cajas, hizo separar todos los envases de petróleo, aguardiente, aguarrrás y otras materias inflamables, los hizo desfondar enseguida y ordenó fuera regado todo el edificio con aquellos líquidos. A los pocos instantes un volcán en actividad señalaba en las tinieblas de la noche, á los poblados vecinos el sitio en que se alzaba el almacén de la estación de Quivicán, entonces un cráter que cubría de resplandores el cielo.

Puede colegirse el espanto horrible que se habíra posesionado del corazón de aquella infeliz familia, entregada sin amparo en las manos criminales de una gavilla de facinerosos. El jefe de la estación, contemplaba atónito aquella tarea salvaje sin poder evitar los estragos del incendio y viendo ya en perspectiva á su esposa y á sus tiernos hijos, pasar aquella noche á la intemperie, ante las cenizas de su hogar.

Su agonía subió de punto, al oír de labios de Manuel García que sacara sobre el muelle todos sus muebles, ropas y efectos, pues iba á incendiar, acto contínuo, el otro edificio.

La pobre madre, loca de desesperación, suplicó al bandido anegada en llanto, que no privara de su albergue á aquellas infelices criaturas. No hay corazón por inhumano que sea y por duro que lo haya hecho el crimen que se resista á las lágrimas de una madre y al espantado asombro de unos pequeños seres asidos á su falda. Dícese que Manuel García no tuvo valor para resistir á aquellas llo-

rosas súplicas y cuando ya su gente se disponía á poner por obra sus órdenes, mandó montar y entregó dos cartas al jefe de la estación para que las hiciese llegar una á manos del Sr. Ximeno, Administrador de la Empresa de los Ferrocarriles Unidos y otra á las del jefe de la Guardia Civil en aquella zona.

Hecho esto, el *Rey de los Campos* se internó con su gente en la manigua, *retirándose tranquilamente*, (dice un documento que tenemos á la vista) *sin que fuese perturbado por la fuerza pública ni en aquellos momentos ni después.*

Antes de abandonar la vía férrea para entrar en el monte, los bandoleros cortaron los hilos telegráficos entre las Estaciones de Guara y Melena, como una simple precaución para no ser molestados en su retirada.

Trás de ellos quedó el incendio imponente, alumbrando con sus resplandores todo aquel llano, como un mudo reto á la sociedad y á sus elementos de orden y de justicia.

En la carta dirigida por Manuel García al Administrador de la Empresa de los Ferrocarriles Unidos, decía en resúmen el audaz bandolero, que primero había exigido 15,000 pesos en oro y más tarde 20,000. Que ahora pedía 25,000 pesos en la seguridad de que si no se los entregaban cuanto antes, seguiría descarrilando trenes y reduciendo á escombros las estaciones, sin importársele lo más mínimo que todo el ejército de la Isla custodiara unos y otras.

La carta de la Guardia Civil era un jactancioso alarde de su fuerza, terminando con un raro desafío *para que todo el ejército al mando del general Chinchilla en persona, saliera á perseguirlo.*

A la mañana siguiente se conoció en la Capital, en todos sus detalles, la nueva hazaña de Manuel García, provocando escenas interesantes en las esferas del gobier-

no, comentarios bien tristes á la prensa de todos los matices y otros aún más tristes al pueblo que, impresionable por naturaleza, empezó á conceder al *Rey de los Campos* decisiva importancia en el problema del orden público, y el don maravilloso de cumplir cuanto prometía, quisieran ó no impedirlo los poderes públicos.

La tendencia incontrastable del pueblo latino, de ir contra todo cuanto signifique autoridad, tuvo ocasión de manifestarse en aquellos días, despertando una crítica sangrienta de los actos de un gobierno que castigaba severamente toda complicidad con el bandolerismo pero que no garantizaba á la vez la seguridad de vidas y haciendas.

Colocado Manuel García en tan propicio terreno para sus fechorías, bien pudo comprender que la amenaza en sus manos era un arma terrible y á ella apeló para cobrar sin molestia ni resistencia las incalculables sumas que ha arrancado durante los últimos años al hacendado hundido por la crisis económica y en situación verdaderamente desesperada.

Era preciso acceder á las exigencias del bandolerismo: era indispensable congraciarse con Manuel García y ser su tributario, para hacer la zafra sin contratiempo, sin incendios en los campos de caña ni en las fincas.

El autor de esta obra, en sus viajes por las provincias de la Habana y Matanzas, ha visto cien veces bajar del tren á un caballero, entre números de la Guardia Civil como si fuera terrible criminal. Era un hacendado que se dirigía á su finca custodiado por la fuerza pública. Ese sin duda no pagaba su contribución al *Rey de los Campos*. Pero con ir tan guardado, no podía creerse seguro. Así iba en un tiempo el Excmo. Sr. D. Antonio de Galíndez y Aldama y un buen día . . . pagó por su rescate á *Maravilla* la bárbara suma de *mil onzas en oro* ó sean cuarenta mil pesos en billetes.

El hacendado que entonces pretendía ir seguro.... pagaba dos contribuciones: una al Estado y otra al bandolerismo. Ese hacendado podía caminar solo por montes y maniguas sin el menor temor. Las fuerzas del *Rey de los Campos* se encargaban de que ningún pillete, usurpando el título de bandolero, cometiese con él una tropelía.

Puede colegirse fácilmente las sumas de oro que por ese medio arrancó al sacrificado contribuyente cubano el bandolerismo. Y aquí surge forzosamente una pregunta: Si á ningún bandido capturado se le halló jamás encima suma de consideracion, ¿á donde iba á parar ese torrente de oro que desembocaba en el campamento del *Rey de los Campos*?

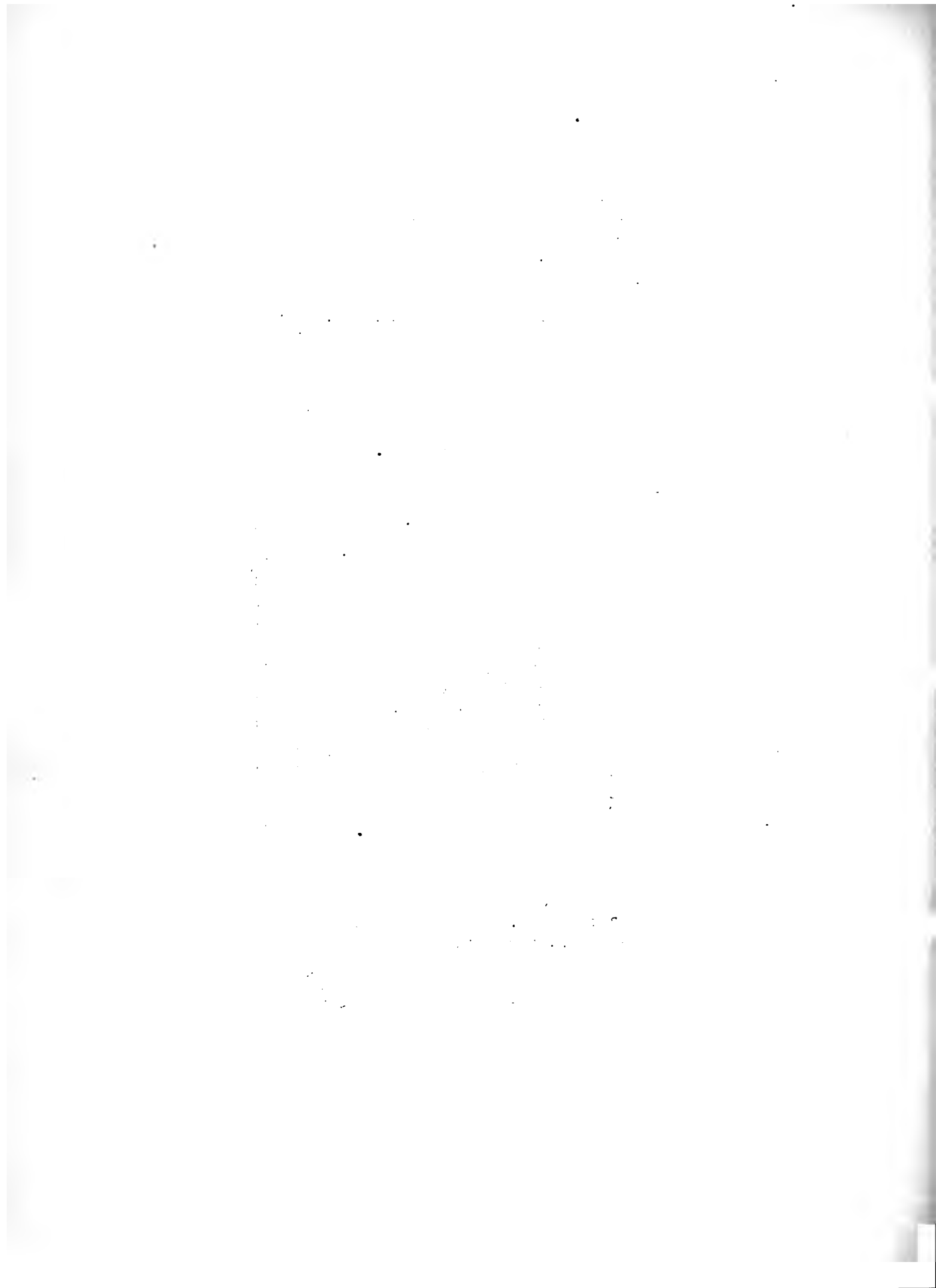
*Ecco il problema.*





**SIXTO VALERA**

2º DE LA PARTIDA DE MANUEL GARCIA, MUERTO  
EN EMBOSCADA }





## XI

La Guardia Civil.—La finca “Batalla.”—Guajiras elegantes.—Los misterios de un bohío.—Una expedición.—El Alférez Roig.—Tres fugitivos.—Un lugar estratégico.—Los que no saben nada.—Ojeo del monte.—Campamento descubierto.—Lema del bandolerismo.—Tiroteo.—Comida para tres días.—Quien se comió el “ajiaco.”—Conducidos.—La opinión pública.

Desde el día en que se perpetró el incendio de la estación de Quivicán, la persecución fué activísima, sobre todo por parte de la Guardia Civil, cuya misión es la busca y captura de los criminales y que siempre dió mejor resultado que las fuerzas de ejército, poco á propósito para el caso.

Parecía como que el amor propio del benemérito cuerpo, estaba interesado en descubrir las huellas del *Rey de los Campos*, dirigiendo á ese fin no solamente las frecuentes emboscadas y los ojeos del monte en gran extensión sino así mismo las averiguaciones en los poblados y fincas.

Bien cerca de su objetivo estuvo la Guardia Civil, pues al día siguiente de la quema de la estación ya referida, fué descubierto un campamento de los bandidos y



aún tres de estos estuvieron á pique de caer en manos de la Benemérita. Nos referimos á la sorpresa de la finca *Batalla*, punto de parada del bandolerismo y que no es aquella otra del mismo nombre en que fué secuestrado su arrendatario el Sr. D. Fernando Pérez, aún cuando está situada en el mismo término municipal de San Nicolás. La finca en que vamos á ocuparnos, dista solamente dos leguas largas de la cabecera del municipio citado, midiendo una extensión de diez caballerías de tierra, casi en su totalidad de manigua donde jamás penetró el arado. Pertenecía á D. Léopoldo Cancio y estaba arrendada entonces al pardo Victoriano González, padre de tres preciosas jóvenes reputadas por su belleza en toda la comarca. Habitaban, además, la finca, la esposa del arrendatario, un hermano del mismo y dos pardos y un moreno, trabajadores, al parecer, de aquella posesión, que no tenía más que dos caballerías, escasas de tierra cultivada.

Los arrendatarios, á pesar de su aparente y explicable pobreza, gozaban de relativas comodidades; sus tres hijas asistían á todas las fiestas elegantemente vestidas y prendidas y los que visitaron el pobre bohío de *Batalla*, á raíz de la sorpresa, tuvieron ocasión de admirarse ante el buen gusto de aquellas tres parditas que escondían sus aficiones elegantes en el fondo de una manigua, pero en cuya residencia de *embarrado*, no faltaban polvos finos, jabones excelentes y perfumería escogida, disponiendo para el aseo de sus lindos cuerpos de finas toallas de felpa y otras señales de confort que se conllevan mal con la modestísima posición de unas guajiras.

Tal vez las voces circulantes á cerca de estos misterios rurales, no menos interesantes que los misterios de una populosa capital, fijaron la atención de la Guardia Civil sobre aquella apartada estancia, especie de Capua de los campos cubanos.

No fué mal dirigida, por lo tanto, la expedición efectuada el día 1º de Agosto de 1890, á los dos días del incendio del paradero de Quivicán por Manuel García, expedición compuesta de once Guardias Civiles, cinco de infantería y seis de caballería, al mando del Alférez don Benito Roig, que saliendo como á las seis de la mañana de San Nicolás, se dirigió á la finca, procurando tomar atajos y veredas poco frecuentadas.

Constituían la posesión varios bohíos, que tenían á su frente, por la parte del camino, un gran escampado de terreno sin cultivar y otro sembrado de maíz, á su espalda una arboleda de naranjos que formaba dos calles hasta la manigua y un pequeño río, línea divisoria de los términos de Güines y San Nicolás.

La patrulla de la benemérita institución, fué á desembocar rápidamente en el escampado, cuando el alférez Sr. Roig, divisó perfectamente á tres hombres, que procurando ocultarse tras del campo de maíz, corrían precipitadamente y vió también que un momento antes, un moreno, al parecer ocupado en las faenas agrícolas, al divisar la fuerza armada, hacía señas con la mano hacía la casa.

Esto fué lo suficiente para que el alférez Sr. Roig, con la fuerza á su órdenes, echara á escape por el maizal en persecución de los fugitivos. Pero las aguas habían convertido aquellos terrenos en un verdadero pantano en el que se atascaban los caballos, retrasando considerablemente aquella caza, que de lo contrario hubiera terminado con la captura de los desconocidos.

Pasado el campo arado y el maizal llegó la patrulla de la Guardia Civil á los bohíos habitados por el arrendatario González y su familia, preguntando enseguida el señor Roig á aquellos campesinos, quiénes eran y por donde habían tomado los tres hombres que huían. Pero la

familia que debiera haberlo visto todo, dijo no haber visto nada, aún cuando aparecía la mesa preparada para varios comensales. Dejando para más tarde aquellas averiguaciones que por de pronto lo que hacían era dar tiempo á los fugitivos para desaparecer y ponerse en salvo, el jefe de la fuerza continuó la marcha hasta tropezar con el cauce del río que inutilizaba el paso de los jinetes. Era una verdadera contrariedad pero buscando la parte vadeable, tropezó la Guardia Civil con un puente rústico. Consistía éste en una corpulenta palma atravesada de una orilla á la otra orilla. La parte superior del tronco estaba rebajada á cortes de machete para facilitar el paso, y á su derecha, tres estacas enterradas en el cáuce del río sostenían una baranda de caña brava.

El Sr. Roig apostó allí los seis guardias de caballería y seguido de los cinco de á pié, se internó en el monte, fraccionando luego la pequeña fuerza para ojear escrupulosamente aquella manigua *de ocho leguas de extensión*.

Poco tuvieron que explorar aquellos valientes. Muy cerca de la desembocadura del rústico paso del río, apareció á su vista un campamento de bandoleros. Sujetas á los árboles se veían varias hamacas, suspendidos de las ramas techos de hule resguardando mosquiteros de tarlatana y género blanco á rayas azules, más lejos un soporte de madera con tres albardas nuevas del país, y en varios sitios avíos de armamento, polainas, sábanas, dos bandoleras, colecciones de *La Lucha* del mes corriente, libros pornográficos, medicinas, etc., etc.

En el margen de un periódico, se leía escrito con lápiz el siguiente lema: *Si la unión constituye la fuerza, ¿por qué desunirnos?* ¿Se relacionaría esa frase, escrita por los bandidos allí aposentados, con alguna temporal división en la banda del *Rey de los Campos*?

El Sr. Roig apostó dos guardias en el campamento

descubierto y continuó su exploración ansiando unir al descubrimiento de la madriguera, la captura ó la muerte de sus habitantes. Pero en breve pudo convencerse el bizarro oficial de que aquello era un perfecto burladero, arreglado con la mayor astucia é inteligencia, un dédalo de veredas y escondrijos imposible de requisar sin que por algún oculto reducto se escapasen los bandidos.

Cuando los guardias, verdaderamente impacientes, revolvían las malezas tratando de hacer penetrar sus miradas hasta lo más recóndito, sonó el estampido de un tiro y una bala de rifle pasó silvando cerca del guardia Escartín que registraba el monte. A aquel disparo siguió otro y el guardia entonces avanzó y descargó su remington en la dirección aproximada de aquellos tiros. Escartín divisó perfectamente al baidolero medio oculto en la manigua y que después de hacer fuego desapareció rápidamente.

Después... la fuerza á las órdenes del Sr. Roig continuó explorando la maleza en una gran extensión, sin obtener otro resultado que el hallazgo de tres caballos excelentes amarrados en un *limpio* del monte y los cuales no pudieron utilizar los bandoleros para su huida. Entonces tornó la Guardia Civil á los bohíos, donde esperaban los guardias de caballería apostados, impidiendo que saliera nadie de la finca. El Sr. Roig reanudó sus averiguaciones acerca de la presencia de los bandidos en la finca *Batalla* viniendo á sacar en limpio, por confesión del arrendatario, que tres bandoleros, entre ellos Sixto Valera, se habían presentado el día anterior en la finca, ordenando á la familia preparase comida para tres días, mediante el precio estipulado, agregando que si no lo hacían voluntariamente se verían obligados á hacerlo por la fuerza. Sixto Valera, que parece hacía de jefe, trajo al poco rato un jamón de Westfalia, pan y vino.

Es de creer, por los datos apuntados, incluso el muy significativo de la abundancia y relativo lujo de la casa y de las galas de las parditas, que los bandoleros no habrían necesitado apelar á la fuerza, ni siquiera á la amenaza, para ser allí bien recibidos y hasta agasajados.

Cuando el alférez Roig examinó el bohío principal, pudo notar que estaba en la mesa un abundante y suculento *ajiacó*, destacándose en la pobreza de aquella habitación la porcelana decente de la vajilla y los graciosos tónicos de las parditas que hicieron los honores de aquella comida al Sr. Roig y sus benémeros guardias, cuando pensaban habérselos hecho á los cortesanos de S. M. el *Rey de los Campos*. Lo agradable de aquella comida no impidió que el Sr. Roig, en cumplimiento de su deber, llevara conducidos á disposición del Fiscal Militar de San Nicolás al arrendatario de la finca *Batalla* Victoriano González, su hermano Anacleto y los trabajadores de que hemos hecho mención. En la finca solo quedaron las mujeres.

Con el descubrimiento del campamento debido á la inteligente actividad del alférez Sr. Roig, pudo explicarse perfectamente el público, el por qué de que algunos secuestrados al ser hechos cautivos han caminado largas jornadas y al ser puestos en libertad no hayan tardado una hora en llegar al paradero de Güines ó de San Nicolás.

Dentro del sistema especial adoptado por el *Rey de los Campos* para sus fechorías, es lógico creer que en toda la zona en que actúa, posee en distintas fincas, estratégicamente situadas, varios campamentos como el de *Batalla*, pasando de unos á otros según lo exigen las huidas de la fuerza pública, la proximidad al punto en que perpetra el asalto ó el secuestro y la intención de despistar á sus perseguidores. Así se dá el frecuente caso de que la acción de las fuerzas se desenvuelva enérgicamente en un lado,

cuando los bandoleros, (que tienen un gran conocimiento topográfico de la zona en que radican) se hallan á muchas leguas del lugar del crimen.

Tendría que hacerse un estudio complejo y muy detenido de esa parte asolada por el *Rey de los Campos* y su gente, para formarse juicio exacto de las evoluciones del bandolerismo. Solo así podrá tener resultado una persecución en la que no han faltado ni inteligencia, ni buen deseo, ni intrepidez. El mal éxito hasta ahora obtenido, denuncia la falta de un plan racional y no sabemos si también de una cabeza bien organizada que comprenda el género de táctica que practica el bandolero y se lo asimile por completo y lo ponga en acción con fé y perseverancia. De otro modo, la extirpación del bandolerismo será el problema eterno y el abismo sin fondo en que vayan á enterrarse anualmente cuantiosas sumas.

Y una demostración evidente de que en lo más mínimo preocupaba en esta época á Manuel García el plan del Gobierno y sus alardes de fuerza, la tenemos en el simple relato de los hechos que vienen desenvolviéndose en el curso de esta obra. En el cortísimo espacio de tres meses lo que media entre Junio y Agosto, realiza el *Rey de los Campos* una serie de hechos criminales, separados por semanas y algunas veces por solo días, sin que pierda un solo hombre de su banda, sin que sostenga siquiera un fuego formal con la fuerza pública. Secuestro doble, levantamiento de la vía férrea, incendio de la estación de Quivicán y el aún más escandaloso hecho que vamos á referir se efectúan con excelente éxito para el bandolerismo, no producen un solo triunfo para la persecución, no dan, en fin, la menor orientación, el más pequeño dato á las fuerzas, como no sea el casi insignificante de la sorpresa de un campamento, que en suma, dejó tan medrada como estaba la posición de las autoridades.

A cada nuevo atentado del bandolerismo la opinión escandalizada, formulaba estas preguntas: ¿Qué hará el Gobierno? ¿A donde vamos á parar? La vida en los campos se hacía imposible por lo inaguantable y si esto no bastara para conmover el sentimiento público, los atentados contra los Ferrocarriles Unidos, vinieron á poner el colmo á tan insostenible situación. Todo el mundo suponía con fundamento que Manuel García no habría de conformarse con lo hecho en el kilómetro 99 y en la estación de Quivicán y que de no recibir la cantidad exigida á la Empresa de los Ferrocarriles Unidos, algún hecho criminal, de más resonancia y gravedad que los ya perpetrados no se haría esperar mucho.

En el capítulo próximo veremos como estos temores se realizaron fatalmente, costando la vida á un honrado hijo del trabajo, víctima inocente de la feroz venganza de Manuel García.





## XII

Otro horrible atentado.—La vida de los empleados ferrocarrileros.  
—Sin recompensa.—El 8 de Agosto.—Montolongo en el Empalme.—Levantamiento de un rail.—“Los vivos y los muertos.”—  
Descarga cerrada.—Muerte de D. Abelardo Rodríguez.—Descarri-  
lamiento.—Comentarios.

Todos los que hayan hecho el corto y alegre viaje de la Habana á Matanzas, por la línea de la Bahía ó por la de Villanueva antes de la fusión de las dos empresas, ó por la primera, después de la fusión, conocerán perfectamente el paradero del Empalme, hermoso aunque reducido edificio de moderna construcción levantado en la confluencia de las dos vías ya citadas. Es todo de mampostería y hierro y tiene á su frente un vasto terraplén que sirve de obligado paseo á los viajeros, muchas veces horas enteras, á causa de venir con notable retraso, (hermosa costumbre de nuestros ferrocarriles) el tren de Madruga. Por cierto que dada la audacia de Manuel García, no se comprende cómo no ha dado un susto á los pasajeros del tren de Matanzas, en alguna de las eternas esperas que allí tienen efecto al anochecer y aún de noche cerrada.



El paradero del Empalme era hace poco tiempo un lugar solitario, si se quiere siniestro, en el que no se alzaba un solo edificio, hecha exclusión de algunos bohíos diseminados. Yendo para Matanzas, se halla situado en el kilómetro 66 de la línea de Bahía y 107 de la de Villanueva. Conforme se extiende la vista á la derecha, cierra el horizonte la silueta oscura de la intrincada sierra de Madruga. A la izquierda es todo manigua espesa y algún escampado sin cultivo, alzándose de trecho en trecho palmas y jagüeyes.

Es preciso viajar y viajar de noche para comprender lo que tiene de imponente el campo de Cuba. El silbido de la máquina resuena en aquellas vastas soledades, repercutiendo de eco en eco y el monstruo de acero, jadeante, con su único ojo brillando en las tinieblas y su reguero de chispas, aseméjase á un fantasma que se desliza sobre el suelo, despertando con su estertor los habitantes de los bosques, que huyen á bandadas.

Pero aún es más imponente la marcha de un tren de carga á través de nuestros campos. Falta allí la animación de los viajeros, el público abigarrado de las estaciones, el ruido de las ventanillas que se bajan y se alzan, las exclamaciones que resuenan alegremente á cada nuevo cuadro del paisaje incomparable. El tren de carga, con sin número de wagones y plataformas carece de todo atractivo. Cruza, la mayor parte de las veces de noche, con el maquinista y el fogonero en el tender, el conductor en el carro de retranca, los retranqueros en sus respectivos sitios, todos silenciosos, esclavos del deber, la vista aguzada, la atención puesta en la marcha del convoy y el pensamiento en el lejano hogar de cuyas alegrías están apartados días y semanas enteras ganando el sustento de la inocente prole con diaria exposición de sus vidas.

Para esos honrados hijos del trabajo no hay recom-

piensas, ni pensiones en caso de inutilización. Ocurre un accidente, una explosión, un choque, un descarrilamiento y los perjudicados no tienen siquiera el derecho de quejarse. Los muertos se entierran y los heridos van á curarse á su casa ó á morir en ella de hambre. De peor suerte que el soldado (perteneciendo á una milicia más noble, que es la milicia de la paz y del progreso) ni tienen cruces pensionadas ni retiros. Cuando no sirven se les desecha.

A veces ocurre una terrible desgracia, por culpa del mal estado de la vía, del material rodante ó de un error del telégrafo y aún sabiendo de antemano que llevan la vida en un hilo, suben alegremente á ocupar su puesto, el maquinista abre la válvula sin temor y se lanzan á lo imprevisto aquellos hombres, acostumbrados á ganarse el pan jugándose la vida.

El día 8 de Agosto de 1890, año pródigo en desafueros del bandolerismo, el tren número 39, de mercancías, compuesto de la máquina número 6 y doce wagones, salió de la Estación de la Ciénega á las 3 y 47 minutos de la madrugada para llegar, por itinerario, á la Estación de San Luis, (Matanzas) á las 10 y 15 minutos. Iba con retraso notable, circunstancia desgraciada como veremos más adelante.

Próximamente á las diez y media de la mañana del citado día, hallándose la cuadrilla de reparación del Empalme ocupada en sus trabajos cerca del kilómetro 64, fué sorprendida por la aparición de siete hombres á caballo y armados hasta los dientes. Acababan de desembocar del monte firme que bordea la vía férrea por la derecha yendo para Matanzas. Pertenecían á la partida de Manuel García é iban mandados por Domingo Monto-longo, según declaración de uno de los reparadores, que oyó le llamaban Domingo los demás bandoleros.

Reciente aún el atentado del kilómetro 99 en la línea de Villanueva, los trabajadores sorprendidos, supusieron de momento el objeto á que obedecía la presencia de los bandidos. El cantonero pardo Inocente Laguna, fué solicitado enseguida por Montolongo.

—Soy yo, ¿qué se ofrece?—preguntó sin dar muestras de temor.

—Vas á levantar al momento—respondió Montolongo con acento que no admitía replica,—un rail de la línea de carga, bien entendido, que si no está lista la operación antes del cruce del primer tren, te arranco la cabeza de un machetazo.

El cantonero no se atrevió á formular una sola palabra. Seguido de los peones, puso manos á la obra, presenciando impávidos la obra aquellos siete hombres que con la mayor sangre fría preparaban una catastrofe. Los trabajadores sentían la mayor desesperación al verse obligados á provocar la muerte de hermanos suyos, pero la actitud de la partida no daba lugar á la menor vacilación. Si no se cumplían sus órdenes serían asesinados sin compasión.

Levantado el rail y desviado de la línea por completo, Montolongo ordenó á aquellos infelices echaran por delante, conduciéndolos á una finca derruida, que lleva el siniestro nombre de *Los vivos y los muertos*, por haberse cometido hace años en ella un espantoso crimen. Es un edificio de no muy añeja construcción pero abandonado y destruido que se encuentra hacia la izquierda de la vía, en el rumbo ya fijado y en el medio de un potrero sin cultivo, excepción de algunos árboles frutales que se alzan á espaldas de la casa del crimen. Allí estaban amarrados los caballos de los bandidos. Bien a propósito de esto, cuando el cantón de reparadores se hallaba levantando el rail, se detuvo ante los bandoleros un campesino conduciendo unos bueyes, y trabando conversación dijo

que ya eran más de las diez y aún no había probado un bocado. Montolongo señalando para la casa *Los vivos y los muertos*, le dijo:

—Lléguese Vd. hasta allí y busque en las alforjas de mi caballo: allí hay que comer.

O el campesino era supersticioso y no se atrevió á ir á la casa del crimen ó se atrepintió de haberse acercado por aquel sitio ó era un espía de los bandidos. Lo cierto es que desapareció sin responder palabra.

Entretanto corría hacia el Empalme el tren número 39, tratando de ganar la hora y minutos que traía de retraso. Al llegar á la Estación, el conductor D. Abelardo Rodríguez, licenciado en farmacia y persona muy culta y simpática bromeó con el Jefe de Estación Sr. D. Jacinto Mateo, acerca de Manuel García.

—¿Sabe Vd. algo del *Rey de los Campos*?—preguntó á aquel, subiendo al tren. Bien ageno estaba el desdichado de lo que iba á ocurrir á los pocos minutos.

Aún divisaban perfectamente el edificio del Empalme, cuando oyeron hacia la izquierda de la vía un ¡alto! y al mismo tiempo el estrépito de una descarga que acribilló á balazos el primer carro en que iba el conductor, rompió el cristal de la farola, atravesó la chimenea é hizo saltar en astillas las persianas de las ventanillas.

Al mismo tiempo faltó la vía bajo las ruedas de la máquina y empujada ésta por el vapor, salió de los carriles con todo el convoy y fué á atravesarse en la línea después de un tremendo choque repetido de wagón á wagón con peligro grave de los retranqueros.

Los siete bandoleros, á caballo desplegados en línea de batalla, parapetados trás de la cerca de piedra, disparaban sus rifles á discreción, mientras tanto el maquinista, el fogonero y un practicante ó aprendiz, procuraban, como podían, resguardarse de las balas en el tender.

¡Bárbaro y salvaje atentado el de aquellos bandoleros que hacían blanco de sus venganzas para la Empresa de los Ferrocarriles Unidos, en seres indefensos, expuestos á morir ya por el solo hecho de haber descarrilado!

El personal del tren, ante lo nutrido del fuego, (uno de cuyos proyectiles, después de salvar 500 metros de distancia, fué á incrustarse en las tablas de la cocina del paradero,) se arrojó á la vía y dió á correr resguardándose trás del convoy, en dirección al Empalme, pero Montolongo puso su caballo á escape y dió alcance al maquinista y un retranquero.

—¿Por qué huyen Vdes?—preguntó haciéndolos detenerse.

—Para que no nos maten—respondió uno de aquellos infelices.

—No tengan cuidado—dijo Montolongo sonriendo—y vengan conmigo. Y volvió á conducirlos al lugar de la catástrofe. ¡Qué doloroso espectáculo se ofreció entonces á sus ojos! El conductor D. Abelardo Rodríguez, el que hacía pocos minutos preguntaba risueño si se sabía algo de Manuel García, se hallaba agonizante. A los primeros disparos se había escondido en uno de los carros, agachándose trás de un baúl. Una bala de rifle relámpago había atravesado el doble forro de madera del wagón y el baúl lleno de ropa, yendo á alojarse en el cráneo por el parietal derecho. Su agonía fué muy corta, quedando exánime sobre el lado izquierdo los pies cruzados y los brazos extendidos.

Era un empleado antiguo muy estimado y residía en la Habana donde recibieron la horrible nueva aquel mismo día, por un suplemento de *La Lucha*, su anciana madre, su infeliz viuda y sus cuatro hijos.

La Srita. Clara Rodríguez, hija del finado D. Abelardo y de diez y ocho años de edad, refirió á un reporter

del popular periódico ya citado, que la noche anterior hablando de Manuel García, dijo su padre dirigiéndose á la familia:—*Yo voy á ser una de sus víctimas*. Ciertamente; es preciso creer en los presentimientos. También es digna de fijar la atención una circunstancia que medió en esa muerte. Mientras los demás empleados del tren, huían ó presentaban mejor blanco á las balas, vino á caer el Sr. Rodríguez tan solo, párajetado trás del doble forro del wagón y las dos paredes del cofre. ¡Estaba escrito que allí había de perecer!

Montolongo que había dirigido los preparativos de aquel infame atentado, demostró su pesar ante el cádaver del infortunado conductor Sr. Rodríguez.

—¿No decía yo que no tirasen?—gritó dirigiéndose á su gente.

Acto continuo ordenó á la cuadrilla de la reparación, (ya puesta en libertad) que cortara los alambres telegráficos y telefónicos. Los peones ejecutaron la orden de Montolongo, trepando los postes: después uno de dichos trabajadores, salió por orden del bandolero á dar parte á la Guardia Civil y al Administrador de la Empresa. Hecho esto, y después de apoderarse de un magnífico caballo que iba en el carro de animales, la partida de Manuel García, en perfecto orden, se internó en la manigua tomando el rumbo de las lomas de Madruga.

El maquinista recibió de Montolongo, antes de partir, tres cartas dirigidas, la una á la Empresa del Ferrocarril, la otra *al público y á la prensa* (¡disculpando la conducta de los autores de aquel criminal atentado!) y la tercera á *La Lucha*. En la carta dirigida al Administrador de los Ferrocarriles Unidos Sr. Ximeno, exigían la suma de 30,000 pesos en oro. En la carta segunda, aconsejaba Manuel García *al público que no viajara pues iba á empezar á descarrilar trenes de pasajeros*.

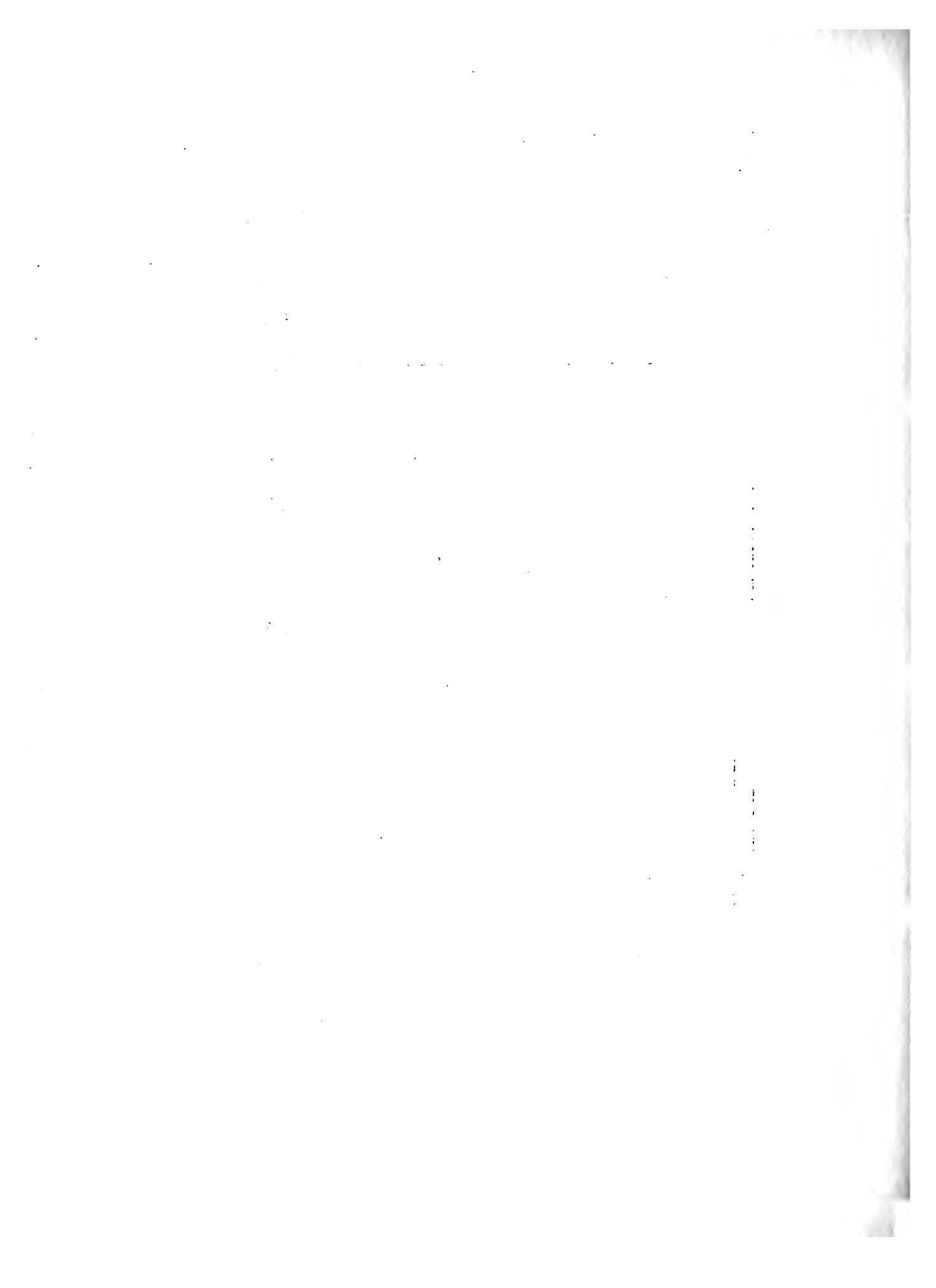
La alarma producida por las primeras noticias de la catástrofe del Empalme, fué espantosa. Empezó á jugar el telégrafo de dicha Estación á la Habana y desde la Mocha á Matanzas y á las pocas horas se encontraban en el lugar de la ocurrencia el Sr. Capriles, Gobernador Civil de Matanzas, Jefe de la Guardia Civil de la provincia y oficiales de dicho Cuerpo. En el tren de auxilio que llegó de Matanzas vinieron trabajadores de la Empresa para dejar expedita la vía, lo que sucedió á las diez de la noche. El Sr. Capriles regresó á su provincia en el tren de pasajeros de la tarde. En el Empalme quedó el Fiscal Militar incoando las primeras diligencias sumarias. Una considerable suma de fuerzas se distribuyó por las dos líneas ferrocarrileras, bajando y subiendo en todos los trenes, adoptándose todo género de precauciones con el mismo resultado anterior.





SR. D. ANTONIO FERNANDEZ DE CASTRO  
SECUESTRADO POR LA PRATIDA DE MANUEL GÁRCIA







### XIII

**Actividad de la persecución.—La policía.—Las confidencias.—Disgusto en la banda de Manuel García.—Despertar del “Rey de los Campos”.—Secuestro de D. Antonio Vento.—Maledicencia pública.—Yo el Rey...—La finca “Camacho”.—Dos emboscadas.—En salvo—El rescate.—Cuadro interesante.**

El salvaje atentado del Empalme, cuya impresión en el público fué hondísima, según digimos en nuestro capítulo anterior, despertó las energías todas del Gobierno, activando la persecución de un modo notable y aumentando la cifra de las fuerzas dedicadas á operar contra el bandolerismo, á seis mil hombres. Caso insólito en los anales del brigandaje de todos los pueblos y solo comparable á ciertas épocas de Sicilia, como escribió con gran fundamento un diario francés muy acreditado. Trabajaba además con gran aliento la policía, cuyos éxitos hubieran sido más notables, á no mediar esa lucha sorda de jurisdicciones y ese amor propio exagerado de cuerpo, que tienen efecto cuando trabajan á un mismo fin diferentes organismos.

Pero aún mediando los obstáculos que mediaron y

que en el curso de esta obra más de una vez hemos apuntado, empezó á traslucirse, no un plan, (que ese no existió jamás) pero sí algo parecido á un método, llamado á dar resultados satisfactorios más adelante. Las confidencias se pagaron con más esplendidez y no mediaron ciertas informalidades en ese particular, informalidades que hemos de pasar por alto aquí, siquiera nos sobren datos para exponerlas. No es ciertamente un secreto para nadie que haya seguido paso á paso ese vergonzoso proceso del bandolerismo en las provincias de la Habana y Matanzas, que por algunos se puso más de una vez en evidencia á un jefe de zona, enviándole como pago de una confidencia de antemano ajustada, la décima parte del precio, lo cual originó la desconfianza en los confidentes, su alejamiento de todo centro oficial y por lo tanto la falta de un recurso poderoso á la persecución.

Desde el 8 de Agosto de 1890, en que se perpetró por Montolongo, cumpliendo órdenes del *Rey de los Campos*, el bárbaro y sangriento atentado del Empalme, transcurrieron tres meses largos sin que la banda de Manuel García diera señales de su existencia. Decíase que se habían originado disgustos entre los individuos de la partida y que algunos de ellos trabajaban activamente para abandonar la Isla. También circuló el rumor de que la Empresa de los Ferrocarriles Unidos temerosa de mayores quebrantos se había humanizado, haciendo llegar á manos de Manuel García una cantidad alzada, debiéndose á ese hecho el que la partida del *Rey de los Campos* estuviera comiéndose tranquilamente el fruto de su trabajo ó pretendiese ir á comérselo al extranjero. Nada de esto pudo probarse, pero lo cierto es que empezaban á tranquilizarse los ánimos y también á darse al olvido el sangriento crimen del Empalme, (cosa bien fácil de explicar en nuestra raza) y casi también el audaz bandolero, su

autor, cuando á mediados de Noviembre vino á sorprender á todos un suelto de *La Lucha*, (cuya información jamás falló en este particular) asegurando que no tardaría Manuel García en reanudar sus fechorías.

Efectivamente: el 30 del citado mes, se efectuó el secuestro de D. Nicolás Tolentino Pérez Artiles en su finca *Rosario*, término municipal de Batabanó, provincia de la Habana. Las circunstancias anormales que rodeaban este hecho, los comentarios públicos á que se prestó y la nota de infamia que algunos pretendieron arrojar sobre una honrada familia nos obligan á dedicarle mayor espacio. He aquí como ocurrió:

En toda la fuerza del sol, como á las tres de la tarde del 30 de Noviembre, se aparecieron como vomitados por la tierra en la finca *Rosario*, más conocida por *Camacho*, Manuel García y cuatro más de su partida, entre ellos Sixto Valera, dándose á conocer enseguida el *Rey de los Campos*, al enfrentarse con el azorado propietario y manifestándole que se preparase á seguirlos. Al propio tiempo, declaró Manuel García que estando escaso de dinero, necesitaba acto contínuo cinco mil pesos en oro.

El Sr. Pérez Artiles más conocido por Antonio Vento se apresuró á manifestar al bandolero que no tenía la menor suma de que disponer, Manuel García le respondió que eso decían todos, pero que él no venía á disputar sino á buscarlo para llevarlo al monte: que se fuera preparando y á la vez que ordenara dispusieran comida para cuatro.

El Sr. Pérez les sirvió de lo que había, comiendo primero Manuel García y Sixto Valera y después los demás bandidos. Después el jefe de la gavilla mandó ensillar un caballo para el Sr. Pérez y en medio de una conmovedora escena se llevó al secuestrado dejando la siguiente carta para el alcalde de Batabanó:

«Yó Manuel García, *Rey de los Campos de Cuba*, le par-

*tipico que desde esta fecha entro en campaña secuestrando á D. Antonio Vento.*

MANUEL GARCÍA.

Antes de continuar el relato de la marcha del Sr. Pérez en dirección al campamento, tenemos por precisión que poner al lector en algunos antecedentes, para hallar una explicación á los extraños rumores que corrieron á raíz del secuestro y que hechos posteriores han venido á desvirtuar.

La finca que poseía el Sr. Vento en el camino de Equivel, es un vasto potrero con varios edificios de mampostería, extenso batey, casas de tabla y otras construcciones. Costó al Sr. Pérez Artiles dicha propiedad ocho mil pesos en oro y sus rendimientos producían al propietario recursos suficientes á vivir con holgura. Sin embargo de esto, la mayor economía reinaba en aquella casa; más que economía, miseria, razón por la cual se consideraba al Sr. Vento en posesión de bastantes ahorros.

El Sr. Pérez, casado en segundas nupcias y de cincuenta y cinco años de edad contaba entonces diez hijos del primer matrimonio y del segundo uno de pocos años.

No sabemos con qué fundamento, desde el mismo día del secuestro, empezó á circular el rumor de que se trataba de un *pacto de familia*, encaminado á sacar una decente cantidad al Sr. Pérez, cuya tacañería no era del agrado de su prole. Mas se dijo aún, siquiera esto repugne á toda conciencia honrada: decíase que el Sr. Pérez Artiles debía morir, para facilitar el enlace de uno de sus hijos con la viuda su madrastra. Esto sirvió de pábulo á la murmuración hasta que los hechos vinieron á arrojar luz sobre el asunto, relegando á la categoría de fábula un rumor espantosamente repugnante que no tenía otra base que la malquerencia y la fantasía popular excitada.

El secuestrado, á caballo y con una fuerte venda en

los ojos, marchaba á retaguardia de los bandidos, cubierto con un chaquetón. Cerca del kilómetro 49 de la línea férrea, se oyó la voz de alto, sonando una descarga que fué respondida con otra por la partida. Era una emboscada.

Creyóse salvado el Sr. Vento y al ver que le quitaban rápidamente la venda, detuvo su caballo, en la esperanza de ser alcanzado por la fuerza pública, pero los bandidos que llevaban gran ventaja, lo amenazaron de muerte obligándole á seguirlos á escape.

Las descargas de la fuerza continuaban en aquella loca huida á través de las tinieblas y todo á lo largo de la vía férrea, cuando una segunda emboscada los atajó, sonando el estrépito de otra descarga. El Sr. Vento dice que las balas silbaban á su alrededor.

Manuel García, á pesar de toda su audacia, comprendió el peligro que corría y excitó con grandes voces á su gente:

—¡Aquí va Manuel García!—gritó—¡Así no se mata á los hombres, canallas!—Compañeros, ¡al machete!..

Pero no dejó de huir la banda, perseguida tan activamente que el *Rey de los Campos de Cuba* perdió el sombrero en aquella odisea y no salió herido (según confesión suya) por milagro. Solo á la obscuridad de la noche, que era grande, se debe el que la partida no haya caído en alguna de las dos emboscadas tan hábilmente dispuestas. Internados en la manigua, siguieron á escape más de una hora, llevando al infeliz secuestrado en medio, hasta llegar al campamento, seguramente el mismo que ya hemos descrito en diferentes ocasiones. Era también monte firme, de suelo pedregoso y muy accidentado. Los bandidos podían ya considerarse seguros.

La partida, (en que faltaban Montolongo, Eulogio Rivero y alguno más) se componía del Rey de los Cam-

pos, Sixto Valera, Mayol, Palenzuela, Gallardo y Vicente García. Todos estaban armados hasta los dientes con rifle relámpago, revólver vizcaíno de gran calibre y afilados puñales.

Acerca de la residencia de cuatro días en el campamento, nada hemos de decir porque no encierra gran interés. El secuestrado que fué muy bien atendido pero también muy vigilado, tuvo poco que ver en la cuestión del rescate. Manuel García escribió la siguiente carta el mismo día que llegaron, al hijo mayor del Sr. Vento:

“Pascual: Saldrá Vd. el día 4 con cinco mil pesos oro: de lo contrario mato á su padre de Vd.

Saldrá de Batabanó á las diez de la mañana hasta Punta Brava, que en ese trayecto le saldré yo; y si no viene, busque á su padre por las auras, porque conmigo no se juega.

MANUEL GARCÍA”

Aquí dejamos la palabra á un reporter de *La Lucha*:

El Sr. Pascual, hijo del Sr. Vento, que tenía un ahorro de 3,000 pesos en oro para comprar un *sitio*, cogió sin vacilar el dinero y á las diez de la mañana del día 4 salió de Batabanó hacia Punta Brava, como se le indicaba en la carta. Manuel García lo trató con despotismo.

—¿Cuánto traes?—preguntó el feroz bandido.

—Tres mil pesos—respondió Pascual—no tengo más.

—Pues busquen el resto y ten entendido que no es bueno que se metan conmigo; no me persigan ustedes y dejen que el Gobierno sea el encargado de hacerlo, porque lo pueden pasar muy mal.

—Yo no tengo más dinero—replicó molesto Pascual.

—No te incomodes—dijo Manuel García—dame los 3,000 oro y pondré en libertad á tu padre pero quedas comprometido á darme los dos mil restantes.

—¿Cuándo?

—Yo te avisaré el día hora y punto.

—Lléveme donde esté mi padre.

Los bandidos (que eran Manuel García, como digimos) y Sixto Valera, se retiraron sin hacer caso á las súplicas del Sr. Pascual, quien tuvo que desandar el camino hasta Batabanó. Manuel García y Sixto Valera esperaron la noche dentro del monte y emprendieron después la marcha al campamento cruzando de nuevo el ramal de Batabanó y la línea general cerca de San Felipe. Cuando estaban internándose en el monte, sostuvieron fuego en un encuentro contra la fuerza pública emboscada en Lombillo.

El Sr. Vento conoció enseguida que su dinero había llegado al campamento. Se le avisó que iba á ser puesto en libertad y al obscurecer del 5, la partida, después de vendarlo fuertemente, lo colocó en medio y emprendió la marcha á trote largo hasta las seis de la mañana que dejó al Sr. Vento en el camino real,

—Está Vd. en libertad—dijo Manuel García—siga el camino derecho sin volver la cara hacia atrás.

Cuando el infeliz anciano se quitó la venda, no tenía vista, se le habían inflamado los ojos con la presión del lienzo y necesitó algunas horas para saber por donde iba. Presentóse luego al Alcalde de Barrio de Punta Brava, quien después de haber teleografiado á las autoridades, le indicó el camino de su hacienda.

Dice un documento que consultamos: <sup>(1)</sup> “Los bandidos habían cruzado la vía las siguientes veces: Noche del secuestro—dos—en busca del dinero—cuatro—dos la general y dos el ramal entre ida y vuelta. Cuando la libertad—una—total siete veces cruzaron la vía sosteniendo

---

(1) *Los Bandidos de Cuba* por Eduardo Varela Zequeira y Arturo Mora y Varona—1891.



fuego con tres emboscadas. ¡La vía se hallaba custodiada por tropas veteranas! . . .

“Nos hallábamos á las diez y quince de la mañana (dice un testigo presencial) en el colgadizo del fondo de la casa de vivienda de la finca *Camacho*, esperando de un momento á otro el secuestrado, cuando uno de los hijos del Sr. Vento levantándose rápidamente de su asiento exclamó:

—Ahí viene nuestro padre.

Toda la familia se lanzó apresuradamente al camino, por donde venía en un caballo dorado, á marcha precipitada, un anciano.

Al encontrarse el grupo de la familia con el Sr. Vento, uno de los hijos saltando sobre el caballo, lo abrazó y besó con efusión mientras los demás le bajaban en brazos.

Ya en tierra el anciano, una de las hijas le echó los brazos al cuello sollozando presa de un fuerte ataque nervioso. Esta escena fué repitiéndose según iban llegando los familiares. A los pocos momentos aquél hogar presentaba el siguiente interesante cuadro:

En el centro de la sala, de pie, cruzados de brazos, silenciosos y conmovidos visiblemente se hallaban el comandante fiscal Sr. Menéndez y su secretario Sr. Barreiro. Frente á una habitación cuya puerta dá á la sala, se encontraba, pálido, enrojecidos los ojos por el llanto, sin poder articular una palabra y sentado en un asiento el Sr. Vento. Sobre sus piernas sostenía á su esposa que ocultando su rostro en el hombro de su esposo y entrelazándole el cuello con sus brazos derramaba copiosas lágrimas. Y allá en el interior de la alcoba, tendidas en dos camas, dos hijas sufriendo ataques de epilepsia.

¡Ah! hubiéramos deseado que esta escena de indescriptible ternura la hubieran presenciado los que dudando del secuestro acriminaron á aquella familia. ¡Con

cuanta justicia hubieran compartido con ella aquellas sinceras expansiones!"

Así terminó el primer hecho de Manuel García después de un alejamiento de tres meses. Ya veremos ahora como empezó á orientarse la persecución y los resultados que produjo.





## XIV

**Primer triunfo de la persecución.—El comandante Monfort y la policía de la Habana.—Veintiun días en emboscada.—La tranquera de “Ramón Guerra.”—La sorpresa.—Muerte de Sixto Valera.—Peligro que corrió Manuel García.—Sin caballo y sin sombrero.—Lo que lleva encima un bandido.—Una oración bárbara.—Valera en el cementerio.—Quién entregó á los bandidos.—El moreno Osma.—Singular reto.—Silencio raro del “Rey de los Campos.”**

Como hemos indicado en nuestro capítulo anterior, los últimos atentados contra la seguridad pública, perpetrados por Manuel García, pusieron en acción todos los resortes del Gobierno, después de haberle probado la experiencia que no eran las tropas veteranas el elemento más á propósito para una lucha tan desigual como se había establecido entre el bandolerismo que opera por sorpresa y el ejército que delata su presencia con sus ruidosos movimientos.

Empezó á pensarse seriamente en utilizar la policía de la capital para el servicio de emboscadas, algunas de las cuales obtuvieron satisfactorio éxito por su buena dirección y por el sigilo profundo con que se prepararon.

Una de ellas fué la dirigida por el comandante señor Monfort, alcalde corregidor de Quivicán y que después de muchos días pacientemente transcurridos en una escucha nocturna, dió por resultado la muerte de uno de los más audaces bandidos de la partida del *Rey de los Campos*.

El día 10 de Diciembre de 1890 salieron de la capital para Quivicán el inspector de policía especial D. José Miró, los celadores D. Tomás Sabatés y D. Juan B. Cuevas y los guardias gubernativos D. José Gelabert y D. José Pérez, con la consigna de no efectuar movimiento alguno que no fuera dirigido y ordenado por el Sr. Monfort. Este militar, como ninguno inteligente y bizarro, habíase rodeado de toda suerte de garantías para la captura de Manuel García y los que con él fueran, á cuyo efecto contaba con valiosas confidencias y con pleno conocimiento del terreno en que iba á operar, así como de las costumbres de los bandidos.

A la llegada de la policía á dicha localidad, fué alojada de noche y con las mayores precauciones en la casa en que estaba establecida entonces la celaduría de Quivicán, para que su presencia no se hiciera pública en el pueblo, en cuyo caso, (merced al numeroso espionaje del capitán de bandoleros) hubiera fracasado el golpe y perjudicado notablemente la persecución, porque Manuel García se abstendría ya de abandonar el campamento mientras tanto se creyera objeto de un ojeo. Siempre el *Rey de los Campos* demostró mayor terror á la policía que al ejército, tal vez porque su inteligencia le sugiere que la guerra oculta es la más temible.

La policía limitábase á la emboscada nocturna y antes del día, tornaba á encerrarse en la Inspección de Quivicán, con lo cual se logró que nadie en la localidad tuviera noticia de sus planes. Entre tanto transcurrían los días y las semanas sin el menor resultado, empezando

á sospechar el Sr. Monfort de si á pesar de todas sus precauciones se habrían traslucido al público sus movimientos.

El día 31 del mes ya citado, poco antes de la noche, salieron los polizontes perfectamente disfrazados para el camino llamado de los *Canarreos* que conduce á Batabanó naciendo en Quivicán y que es de difícilísimo tránsito, pues aún en las mayores sequías está convertido en un barrizal. A menos de legua y media, sobre la izquierda, pasa dicho camino por entre las fincas *Santa Rosalia*, del Sr. Pérez Castañeda y *San Rafael*, del Sr. D. Mariano de la Torre, marqués de Santa Coloma, recién fallecido. En ese punto y á favor de las sombras y del bosque de millo y caña brava, se situaron los individuos ya nombrados á quienes acompañaban ese noche el celador de Quivicán Sr. Lago y López, cuatro guardias civiles vestidos de paisano y el asistente Couto, soldado de Caballería, también disfrazado. El Sr. Monfort, que dirigía la operación, situó las fuerzas emboscadas en tres grupos, muy próximos unos á otros y se dispuso á esperar la aparición de los bandidos.

Casi frente á las emboscadas, se abre la tranquera ó portillo conocido por de D. Ramón Guerra, y aquel fué el punto de mira de los perseguidores, tal vez por la seguridad absoluta que poseían de que serviría de paso á los bandoleros.

La noche sin ser anubarrada era muy oscura, al extremo de no distinguirse á pocos pasos el bulto de un hombre. Cerca ya de las ocho, se sintieron las pisadas de varios caballos y á pesar de las tinieblas, las emboscadas pudieron distinguir tres ginetes, que, uno trás de otro, sin precipitación aún que á buen paso, atravesaron el camino yendo á enfilear la tranquera de *San Rafael*, finca á la cual con toda seguridad, se dirigían.

A la cabeza iba Sixto Valera, el más alto de la parti-

da, trás de él Manuel García. Los tres llevaban apoyada en el muslo la culata del rifle, empuñando el arma por el gatillo para hacer fuego á la más pequeña alarma.

Sixto Valera presentaba, mejor que ninguno, blanco á la puntería de las emboscadas, ya por su talla aventajada ya por destacarse mejor la blancura del traje sobre el fondo del matorral. Confiado, sin presentir el peligro próximo fué á atravesar el portillo, cuando un movimiento del inteligente animal que montaba, denunció la presencia de las fuerzas en acecho. Levantó entonces el rifle para hacer fuego, pero ya era tarde. . . . Las emboscadas, sin dar voz alguna, vomitaron una descarga de plomo sobre aquel grupo, que después de hacer un disparo se disolvió en las tinieblas perseguido por una lluvia continuada de proyectiles, dejando desplomados en el campo uno de los ginetes y su caballo: Sixto Valera y su hermosa cabalgadura. Solo se oyó un débil quejido. Uno de los más temibles bandoleros de la partida del *Rey de los Campos*, yacía cadáver en el suelo, echado sobre el cuerpo de su caballo muerto de cinco balazos. Sixto Valera presentaba dos heridas, mortales por necesidad, una situada en la parte posterior del parietal izquierdo y otra en la parte media del parietal derecho, correspondiendo la primera al orificio de entrada del proyectil y la segunda al de salida, con derrame de la masa encefálica al exterior.

La policía que tan excelente servicio acababa de prestar á la causa del orden y de la justicia, efectuó, acto continuo, un escrupuloso reconocimiento del terreno, encontrando otro caballo, pero vivo, que se creyó pertenecería al *Rey de los Campos*. Estaba muy gordo, muy bien herrado sin montura ni freno. Cerca de él había un sombrero nuevo de Jipijapa. La fuerza consideró que este fué perdido por Manuel García en su fuga, perseguido activamente por un mortífero fuego. Posteriormente se di-

jo, que una de las emboscadas salió en persecución de los fugitivos; pero que tuvo necesidad de retirarse para no ser herida por los certeros disparos de la otra emboscada próxima. Nada menos cierto, sin embargo. Los disparos eran de rifle, según más tarde pudo certificarse y partían del *Rey de los Campos* que oculto bajo su caballo, intentaba en vano vengar la muerte de Valera. Al fin tuvo que internarse en los montes cercanos, activamente perseguido por el fuego de la policía, dejando en el campo, abandonados, su magnífico caballo moato dorado y su sombrero.

Ocupáronse al cadáver de Sixto Valera, los siguientes efectos que enumeramos con toda proligidad, porque señalan un aspecto del bandolerismo cubano y evitan otras descripciones.

Un rifle relámpago calibre 44, nikelado, cargado con 12 cápsulas, una de ellas con el pistón martillado. <sup>(1)</sup>

Un revólver vizcaino, sistema Smith, de gran calibre, en su funda.

Un machete usado, de media cinta, muy cortante.

Un cinturón de cuero con una bolsa repleta de cápsulas de revólver.

La vaina de un largo cuchillo, (la hoja debió haberse perdido en la refriega).

Una bandolera de búfalo con botones, pasadores, hebillas y contera de plata y una bolsa de cuero amarillo, con cincuenta cápsulas de rifle.

Dos sortijas antiguas, de oro macizo, con dos brillantes y un anillo de oro labrado.

Quince centenes.

Un espejito de bolsillo.

Un sombrero de Jipijapa de anchas alas, agujereado

---

(1) A simple vista se nota la considerable ventaja que tienen los bandoleros sobre las fuerzas perseguidoras, á causa de la desigualdad del armamento. Casi toda la Guardia Civil y fuerzas de ejército usan el Remington.

por tres balazos, uno en el ala izquierda y dos en la copa. (Entrada y salida del balazo que produjo la muerte á Valera.)

Cinco cigarros habanos y una cajetilla de cigarrillos de papel, marca *La Flor de Europa*, Quivicán.

Una vela de esperma en dos fracciones.

Un escapulario conteniendo la *Oración del Justo Juez*. <sup>(1)</sup> Dicha oración tenía manuscrita la siguiente nota: *Sixto Valera y Montegudo y por no saber firmarlo lo hace*  
*José Plase.*

Este firmante debe ser José Plasencia, conocido por el Mulato Plasencia. La novedad de la abreviatura corre parejas con la corrección ortográfica.

Un peine para la barba.

Un lápiz.

Una fosforera y una pluma de dientes.

Un par de espuelas güíneras, de acero.

---

(1) He aquí copiada literalmente dicha bárbara y horrible oración, que llevan encima, desde tiempo inmemorial, todos los bandidos y asesinos de Cuba, por creerla un eficaz preservativo contra la muerte violenta:

«Hay leones y leonas que vienen contra mí: deténganse en sí propio como se «detuvo mi señor Jesucristo con el dominus Deo y le dijo al Justo Juez: Ea: señor, «á mis enemigos veo venir, pues tres veces repito: ojos tengan, no me vean; manos «tengan, no me toquen; boca tengan no me hablen; pies tengan, no me alcancen: con «dos los miro, con tres les hablo, la sangre les bebo y el corazón les parto. Por aque- «lla santa camisa en que tu Santísimo Hijo fué envuelto, es la misma que yo traigo «puesta y por ella me he de ver libre de prisiones, de malas lenguas, de hechicerías «y maleficios y para lo cual me encomiendo á todo lo angélico y sacrosanto y me han «de amparar los Santos Evangelios, pues primero nació el Hijo de Dios y vosotros «lleguéis derribados á mí como el Señor derribó el día de Pascua á sus enemigos: de «quien se fia es de la Virgen María, de la ostia consagrada que se ha de celebrar con «la leche de los pechos virginales de María Santísima, por esto me he de ver libre «de prisiones ni seré herido ni atropellado, ni mi sangre derramada, ni moriré de «muerte repentina y también me encomiendo á la Santa Veracruz.

«Dios conmigo, yo con él: Dios delante yo detrás de él: Jesús, María y José.

«El que tuviere esta oración ha de tener devoción de rezar todos los días un cre- «do al Gran Poder de Dios y una salve á la Santísima Virgen. Debe poner su nom- «bre el que la lleve consigo. Padre, Hijo y Espíritu Santo.

«Amén Jesús.»



Un reloj Roskoff con leontina de níquel.

Una cartera de bolsillo y en una de las hojas interiores, escrito con lápiz este nombre: *Andrés Chacón*.

Un papelillo con polvos blancos, que se supuso fuesen un veneno.

Otro papel conteniendo un mechón de cabellos y un botón de rosa, seco.

Una cajita de nervina para las jaquecas y neuralgias.

Una cajita de polvos de dientes y

Un pomo de tricófero para el pelo.

Al caballo de Sixto Valera se le quitaron:

Una albarda muy usada.

Unas alforjas de hule conteniendo los útiles necesarios para el herrado de caballos.

Un freno con cabezada de algodón tejido. Las bridas estaban manchadas de sangre y una de ellas cortada por un balazo, y por último:

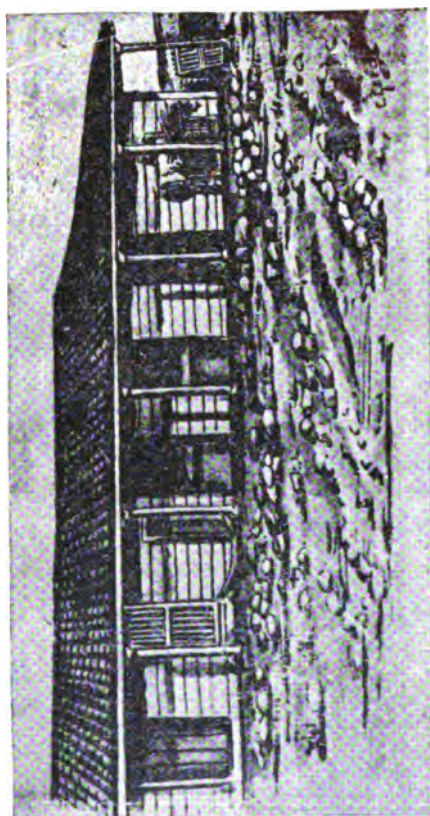
Un lazo de cuerda como el que usan los vaqueros para enlazar las reses.

El día 1º de Enero de 1891, fué trasladado el cadáver del bandido al cementerio de Quivicán en una carreta custodiada por la fuerza pública, siendo expuesto á los curiosos para su completa identificación, de la que expidió certificado el Sr. Juez Municipal suplente de Quivicán.

Numerosísima fué la concurrencia de público que acudió al cementerio á contemplar el cadáver de Sixto Valera, muerto casi al finalizar el año 1890, funesto para la seguridad individual de los habitantes de la Habana y Matanzas.

Allí, cerca del osario, en una enorme caja negra con filetes blancos, estaba el corpulento bandido, muerto en realidad, pero en apariencia dormido. Su rostro no se había descompuesto en lo más mínimo. He aquí la impresión recibida por un reporter de *La Lucha*, testigo presencial:

“Sus labios ligeramente contraídos, parecían sonreír



TIENDA DEL SEBORUCAL (SEIBA MOCHA)  
DE JOSE FERNÁNDEZ, ASALTADA POR LA PARTIDA DE  
MANUEL GARCIA



y sus ojos, apenas entreabiertos, le daban cierto aspecto de humildad: nadie era capaz, á la simple vista de aquella fisonomía, de asegurar que aquel hombre hubiese sido un bandido de indomable energía."

Sixto Valera formaba en las filas del bandolerismo desde el año 1884. Dicen que le lanzaron á esa vida unos amores desgraciados, de su juventud. Otros afirman que cuatrero empedernido, viéndose acosado por la persecución se resolvió á entrar de lleno en el bandolerismo. Ya se sabe que bandidos y cuatros se dan la mano.

El importantísimo servicio prestado por la inteligente iniciativa del comandante D. Salvador Monfort secundado por la policía de la Habana, debióse, no á la casualidad, sino á una confidencia gratuita de un individuo de la clase de color, el moreno Osma, dueño de una colonia de caña en el término municipal de Quivicán y de antiguo resentido con Manuel García por ciertos desafueros cometidos en sus intereses.

Dícese que el día de la muerte de Valera estuvieron éste y el *Rey de los Campos* en su finca y que Osma, que había proyectado aquella venganza, los condujo con engaño á la emboscada. Más adelante hemos de ocuparnos detenidamente del moreno Osma, que ha representado un papel importante en la lucha entablada entre el bandolerismo y la ley.

Días después del afortunado encuentro entre la policía y los bandidos en la tranquera de D. Ramón Guerra el moreno Osma publicó en *La Lucha* una carta explicando los móviles que le indujeron á entregar á los bandoleros y en la cual retaba á Manuel García á batirse cuerpo á cuerpo. También hacía constar que su auxilio á la fuerza pública había sido completamente gratuito como lo serían asimismo otros que habría de prestar en lo sucesivo, no menos importantes.

En este incidente del bandolerismo, que obtuvo en el pueblo gran resonancia, echóse de ver una circunstancia anómala que hemos de señalar.

Más de una vez, en el curso de la persecución y por consecuencia de graves indiscreciones, que bien pudieron evitarse, llegó á oídos del *Rey de los Campos* la cooperación directa ó indirecta de algún campesino en la actividad ó acierto de la persecución y ni en un solo caso dejó Manuel García de ejercer sangrienta venganza en aquellos que lo vendieron ó intentaban venderlo. Ya creemos haber hecho mención de algun suceso sangriento, en el cual, como prueba y origen del delito, apareció sobre el cadáver un papel diciendo poco más ó menos: *esto le pasó por chota* ó bien: *esto hace Manuel García con los que se meten con él*. Pues bien, pública y notoria la participación directa del moreno Osma en la muerte de Valera ya por el rumor público, ya más tarde por la carta publicada en *La Lucha*, á que hemos hecho referencia, Manuel García no molestó en lo más mínimo á su descubierto y declarado enemigo, á pesar de que éste, (que es hombre de valor á toda prueba) no procuró guardarse, habitando su finca constantemente y dedicándose en ella á sus diarias labores.

El reto públicamente lanzado al *Rey de los Campos de Cuba* por uno de sus más humildes súbditos, no fué recogido, por lo tanto. Hay quién afirma, que Manuel García, en alto grado supersticioso, tuvo siempre la arraigada creencia de que burlaría toda suerte de persecuciones; pero que debía huir de los lances personales y de los enemigos que se alzarán á su paso en los campos. Otros aseguran que el audáz bandolero, que jamás conoció el temor, profesó siempre un miedo cerval al moreno Osma.





## XV

Lo que influye el terror en los bandoleros.—¡Diez y ocho ejecuciones en diez y ocho meses!—La pena de muerte no es ejemplar.—Un pensamiento de Enrique José Varona.—Pufaladas ante el patíbulo.—Jugando á los agarrotados.—El Teniente Cardet y su agudeza.—¡Al cañaverall!—El oficial Valladares herido.—Una guerrilla se interpone.—Martirio sin gloria.

En sucesivos capítulos hemos demostrado que poco influyó en la audacia de Manuel García y de su gente ni la actividad de la persecución, ni el firmísimo propósito, entonces formado por las autoridades, de concluir con el brigandaje de las provincias de la Habana y Matanzas, ni siquiera la ruda y severa sorpresa de Quivicán que costó la vida á uno de los individuos más fuertes y animosos de aquella banda de desalmados. Los atentados del *Rey de los Campos* no desaparecieron muchos meses, reapareciendo cuando empezaba á reinar la confianza y con mayor carácter de ensañamiento que antes.

Parece mentira que el reinado del terror con su obligada secuela de ejecuciones y pregón de cabezas, influyera tan poco en el ánimo de aquel puñado de hombres

fuera de la ley, contra el cual operaba un ejército rico en recursos de toda especie, un cuerpo de policía en que abundaban los funcionarios de mérito y una trailla subterránea de espías y confidentes dispuestos á vender á toda la partida por un puñado de doblones.

La ley de represión del bandolerismo estaba en todo su vigor, por aquella época: el verdugo no descansaba en su labor siniestra y la máquina patibularia no tenía ocasión de enmohecerse. En diez y ocho meses, tan solo, se registraron ¡diez y ocho ejecuciones!

Y aquí encaja como el anillo al dedo, una breve digresión acerca del saludable ejemplo que dicen algunos lleva aparejada la pena de muerte. El tema es viejo y ha sido tratado por verdaderas inteligencias, razón por la cual nuestra disquisición no ha de ir enderezada á los principios filosóficos de esta ó la otra escuela. El carácter de esta obra es popular y con decir esto está dicho todo.

Un profundo pensador cubano, el eminente Varona ha escrito hablando del bandolerismo como plaga social: *"El bandolerismo no retrocede ante la fuerza sino ante la civilización. Y en Cuba lo que avanza es la barbarie."* Nada más cierto. Demostración pálida de esa verdad evidente, la tenemos en este período que analizamos, en que el terror fué un plan, un sistema, cuando en realidad no es otra cosa que el respiro de la impotencia para vencer los instintos desencadenados de todo un agregado social.

Recordamos á este propósito, que durante una ejecución capital, un individuo, por asunto baladí, pegó á otro una mortal puñalada y no hemos de citar (porque eso se ha dado aquí cien veces) el hecho de dedicarse algunos al robo de carteras, en pleno campo de la ejecución, á la vista de aquel cuadro tan repugnante como imponente, presenciado por millares de corazones temblorosos.

La pena de muerte, como ejemplo, es en nuestro

concepto el absurdo más grande que puede concebirse, sobre todo siendo las ejecuciones públicas. Pasa con esto algo de lo que todos hemos acordado en convenir respecto del suicidio: que la publicidad es un vehículo de propaganda.

¡Ejemplar la pena de muerte y un pueblo entero ha visto bailar sobre el tablado el zapateo cubano al reo Cantero! ¡Ejemplar la pena de muerte y hemos contemplado á otro reo, subir apresurado y sonriendo las gradas del patíbulo saludar con alegre gesto á la muchedumbre y echar flores á las mulatas! ¡Ejemplar la pena de muerte y la mayor parte de los crímenes del bandolerismo desatado en las provincias de Matanzas y la Habana, se efectuaban cuando Valentín el verdugo iba de Remedios á Jovellanos y de Jovellanos á Colón, dando garrote dos á dos y tres á tres en cada localidad, lo cual le hacía pronunciar esta frase espantosamente cínica: *Nosotros somos como un circo que vamos dando funciones por los pueblos!* . .

¿Queréis saber lo que enseñan esos espectáculos sangrientos? Pues váis á oirlo.

Acababa de tener efecto en Matanzas una doble ejecución en garrote vil: la de los asesinos del distinguido caballero Sr. Crespo. Por torpeza en manejar el aparato ó por exceso de crueldad, uno de ellos, el conocido por *Maloja*, fué sacado del banquillo, por el verdugo, ¡tres veces estrangulado á medias! El público gemía horrorizado ante aquel cuadro cruento que hizo caer desmayados á algunos espectadores. Entre estos había de todo: mujeres . . . ¡niños! Se dice que convienen á los niños como ejemplo, esos espectáculos.

Pues bien: á los pocos días, fué conducido á la casa de socorro un pobre niño, casi estrangulado *al jugar con sus compañeros al juego del garrote*.

Allí, frente á las tapias del Cementerio Viejo, que es



el lugar de las ejecuciones, un puñado de inocentes criaturas improvisó un tablado y un garrote. Escogida la víctima y clavada una estaca en el suelo, fué amarrada por la garganta á ella con una soga, trezado un palo para hacer de palanca á su espalda y un Valentín de siete años, con un valor á toda prueba, dió vueltas y vueltas, ante sacerdotes, soldados y público infantil, sin darse cuenta de que estaba agarrotando de verdad al pobre niño, imposibilitado de gritar por la bárbara presión del dogal que tenía enlazado al cuello.

Es evidente: un pueblo que se educa en el diario espectáculo de la sangre, por fuerza ha de adquirir instintos sanguinarios.

No influyó, pues, repetimos, el imperio del terror en las ciudades y los campos, de un modo radical en la conducta del bandolerismo. Hablábase, sí, de que algunos individuos de la banda de Manuel García, trataban de abandonar el país, pero no por arrepentimiento de la vida que llevaban ni por miedo á los peligros que corrían y podían aún correr, sino por disgustos, por diferencias de bandería, de esas que surgen impensadamente entre hombres ligados tan solo por la fraternidad del crimen.

La persecución, por lo tanto, continuó activamente, con mayor razón desde que la muerte de Valera infundió algún entusiasmo entre los distintos organismos que constituían las fuerzas dedicadas á dicha obra.

Cuatro días después de la emboscada descrita en el capítulo anterior, el bravo Teniente Coronel Sr. Tejada, jefe de las Escuadras de Guantánamo, enviadas á la Habana para batir el bandolerismo, inició una batida en la zona á su cuidado, que empezaba en los Palos y terminaba en Alfonso XII.

El día 7 de Enero de 1891, una sección de dichas escuadras, compuesta de seis hombres al mando de su te-

niente D. Manuel Cardet y Peralta y del sub-teniente de la guerrilla de María Cristina con su fuerza, todos á pié, llegaron á la colonia de D. José L. Plasencia, arrendatario que radica en el *cuartón Aguila*, barrio inmediato á los Palos. Dicha finca, que linda con el camino real por un lado, por otro con la vía férrea y por el tercero con un callejón cercado de mayas, está situado en el punto más apropiado para vigilar una gran extensión: toda la que abarcan muchos campos de caña, pertenecientes á distintas colonias. Cerca del callejón citado, se alza impenetrable la manigua, formidable encubridora del bandolero.

La sección de las Escuadras y la guerrilla pernoctaron en la finca de Plasencia, no sin amarrar antes los perros para que sus ladridos no delataran la presencia de personas extrañas. Ya á la madrugada, el Sr. Cardet, militar, al parecer, ducho y habituado á los misterios de nuestros campos, se situó cerca del camino para observar los que por él transitaban. En esto notó que una carreta se detenía junto al cañaveral y del interior de este asomaba un hombre que cambió con el carretero algunas palabras. Cuando iba á dirigirse hácia aquel punto, oyó gritar al conductor de la carreta:

—¡Pepillo! . . . ¡Pepillo! . . .

Llamaba al dueño de la casa.

—Dígale que á la vuelta—respondió intuitivamente el teniente Sr. Cardet.

—*Dicen* que á la vuelta—trasmitió el carretero continuando su marcha.

Pero el Sr. Cardet había creído ver algo en todo aquello y dando un rápido aviso, cercó la casa para que no saliese nadie y seguido de la Escuadra <sup>(1)</sup> se lanzó al caña-

---

(1) Los soldados de las Escuadras de Guantánamo, que son en su mayoría de la raza de color, están muy habituados al monte y van armados con tercerolas ó rifles relámpago, machete y revólver.

veral revolver en mano. No tuvo que caminar muchos pasos para encontrarse en presencia de un campamento del bandolerismo,

Las fuerzas se diseminaron por el cañaveral y uno de los individuos de la Escuadra, el corneta Traba Espinosa, que había avanzado algo más que sus compañeros, recibió á boca de jarro un disparo de rifle, del cual pudo reguardarse tras del tronco de una palma. Dos bandidos se encontraban ante él, abrasándolo con el fuego continuado de sus rifles. Uno de ellos el más alto era Manuel García en persona: el otro debía ser Pablo Gallardo, (á) Escuela.

En el *limpio* del cañaveral había hechas con hules y frazadas, dos camas. No eran aún las seis de la mañana y lo que puede colegirse es que los bandoleros acababan de dejar el improvisado lecho y llamaron al carretero para mandarle traerles café.

El corneta de las Escuadras, que se portó animosamente, hallándose casi solo, fué á responder al fuego de los bandidos, pero falló la cápsula y al levantar el gatillo, recibió seis disparos más cuyos proyectiles silbaron en derredor de su cabeza.

Ya entonces habían reforzado á los bandoleros, tres más que se hallaban en una vivienda cercana, y envalentados por la proximidad de la manigua y el conocimiento del terreno, se atrevieron á hacer frente á la fuerza, insultándola á gritos con las voces de:

—¡Canallas!... ¡vengan á pelear!...

El Teniente Cardet con la poca fuerza á su órdenes, se les fué encima gritando:

—¡Escuadra, al machete!...

Entre tanto el sub-teniente Valladares que había ordenado los individuos de su guerrilla y que montaba una yegua en pelo, al tratar de cortarle á los bandoleros la

retirada por la manigua, recibe dos balazos de los facinerosos que rodilla en tierra lo esperaban frente á la cerca límite del campo de caña. Otro disparo hiere á su cabalgadura en la paleta derecha.

El infeliz oficial cayó bañado en sangre, mientras tanto la Escuadra con los machetes desenvainados se lanza sobre los bandoleros para provocar un combate al arma blanca.

Pero ¡oh misterios del destino! se interponen entonces los fuegos de una guerrilla atraída por los disparos, se entorpece la discreta operación de la Escuadra y los bandidos pasando casi por encima del oficial mortalmente herido se internan en el monte, su salvación, saludando con los sombreros. Así se malogró un golpe seguro debido á la inteligencia del teniente Sr. Cardet y que pudo dar resultados excelentes.

El oficial Valladares fué conducido exánime á los Palos. Presentaba una herida de proyectil de rifle en la parte superior y media de la región parietal izquierda, interesando las partes blandas y el periosteo y fracturando la lámina externa del hueso, deslizándose por este y teniendo su salida á cuatro centímetros del punto de entrada. La dirección oblicua de abajo arriba, permitió el deslizamiento de la bala por la superficie ósea, impidiendo su penetración en la cavidad craneana.

El estado del herido sin embargo, era muy grave, por los fenómenos de conmoción cerebral y la supuración que se presentó forzosamente. El bandido que lo hirió fué el mulato Plasencia. Pablo Gallardo (á) *Escuela*, que acompañaba á Manuel García, resultó herido, oyéndosele exclamar al retirarse:

—¡Me han matado!

Por el estado del *limpio* en que fué sorprendido el campamento y las muchas puntas de cigarros halladas, se

creyó que los bandidos llevaban allí aposentados y socorridos por la complicidad, ¡más de un mes! Un mes en un cañaveral, cercano al camino demuestra el miedo que tuvo siempre Manuel García á las fuerzas perseguidoras.

Allí cerca había siempre guerrillas destacadas y el Teniente Coronel Sr. Tejada batía entonces los montes con sus Escuadras. ¿Eran audaces los bandoleros? ¿Se consideraban seguros?

En el campamento se encontraron hamacas, hules, bebidas, papel de cartas y sobres, mantas y espuelas. En la colonia Perez, allí cercana, de donde salió el refuerzo para los bandidos, se hallaron dos magníficos caballos maestros en saltar cercas y cuidadísimos.

A consecuencia de la sorpresa del *Cuartón Aguila* fueron detenidos muchos individuos entre ellos el carretero y los arrendatarios de las colonias. El carretero se ahorcó en la cárcel de Güines.

A los pocos días del encuentro, falleció el valiente é infortunado oficial Valladares. ¡Pobre víctima de un sistema de persecución lamentablemente torpe!





## XVI

Rumores públicos.—Un “golpe” del “Rey de los Campos.”—Manuel García asiste á una cacería de venados con el Gobernador Regional de la Habana.—¿Es esto creible?—A Manuel García se le quiere por muchas personas decentes.—Busca y captura de doña Rosario Vázquez y doña Isabel Torres.—Bandidos con salvo conducto.

¿A quién puede extrañar que después de tan afortunados golpes de mano, circularan los más absurdos rumores en el público? La actividad desplegada por las autoridades, la suma de fuerzas y de policía puestas en seguimiento de los bandoleros, las cuantiosas sumas invertidas en el sostenimiento de esas fuerzas y en la compra de espionaje, sin resultados prácticos en larguísimos meses, en campañas sostenidas de años enteros, eran el mejor testimonio de que Manuel García el *Rey de los Campos de Cuba*, era un bandido que se apartaba de lo vulgar, que era objeto de grandes y desconocidas protecciones, que podía desafiar con esperanza de buen éxito todos los propósitos realizados por el Gobierno para su captura, aún aquellos que se fundaban en la astucia y en la traición, que eran los que más debía temer.

A propósito de todo esto, más de una versión, á nuestro juicio sin fundamento, colgó á Manuel García golpes de audacia sin ejemplar, uno de ellos el que vamos á recoger, no sin declarar que aparece evidentemente desprovisto de verosimilitud pero del cual no nos es dado prescindir, por lo mismo que confirma el grado de excitación popular originada por los audaces hechos del *Rey de los Campos*.

Cuéntase que á cierto ingenio del término de Güines y del cual es propietario un conocido caballero que figura en la política, acudió invitado, para una cacería de venados, el gobernador regional de la Habana, no sabemos cual, porque los rumores de cierto carácter casi nunca citan nombres propios.

La víspera del día en que dicha autoridad era esperada en el ingenio, visitó la finca Manuel García, en són de paz, porque en ella tenía protectores y no enemigos, siendo advertido por el propietario ó su administrador de la visita del alto personaje, por cuya razón le suplicaba se alejase de aquellos contornos para no comprometerle.

Llegó el personaje ó mejor dicho, la autoridad de la capital, fué recibido espléndidamente, diéronse las órdenes oportunas para la diversión cinegética, fueron llamados los *montunos* con sus respectivos perros y escopetas y . . . . . entre aquellos buenos servidores se encontraba Manuel García el *Rey de los Campos de Cuba*, como un mozo más al servicio de la cacería. Esta continuó sin novedad, rica en incidentes interesantes y durante toda ella siguió al Gobernador dándole escolta y sirviéndole con el mayor celo, aquel empedernido facineroso en cuya persecución andaba un ejército y por cuya causa existía un gabinete particular ruinoso para el país y perfectamente inútil.

Sin que pretendamos (como ya hemos dicho) prestar

el menor crédito á rumor tan inverosímil, no nos sorprendería que fuese cierto teniendo en cuenta que aquellos hacendados constreñidos á ser forzosos contribuyentes de Manuel García, no abrigaban el menor temor respecto del bandolero, antes por el contrario, podían considerarse garantidos contra cualquier atentado, mientras tanto sirvieran sus exigencias.

Bien recientemente una persona muy relacionada en nuestros campos, decía al autor de esta obra: A dueños de ingenios de estos alrededores he oído decir más de una vez que Manuel García es un bandido inofensivo para los propietarios de fincas, siquiera alguna vez les imponga sus tributos. Preséntase, dicen, con *buenas formas*, se conforma con lo que le dan y no les molesta muy á menudo como Mirabal y otros bandoleros.

Aún debe subir de punto el asombro del lector al llegar á este pasaje. Nada menos que un juez, todo un funcionario de la justicia, decía á persona cuyo nombre hemos olvidado:

—*Manuel* es un hombre de corazón puesto que frecuentemente socorre á muchos necesitados y desvalidos.....

De lo escrito anteriormente se desprende que el *Rey de los Campos* no es para todos antipático y odioso, antes por el contrario, *goza de verdaderas simpatías* entre ciertas y determinadas personas ó por lo menos, con el temor que infunde su audacia y también su fortuna, cierra la boca de muchos que tal vez siendo sinceros dirían de él lo que merece.

Entretanto y siendo justos, diremos que las autoridades no se dormían, activando por todos los medios la captura de Manuel García y su banda. Cerrósele ó se procuró cerrarle todos los caminos, dióse mayor amplitud á la compra de confidencias y con el propósito de restar auxi-



liares á la protección del bandolero, aún cuando en nuestro concepto erróneamente, se hizo salir de la isla á la esposa de éste y á la querida de Vicente su hermano, hecho que se efectuó el día 17 de Enero de 1891, por el bizarro comandante Sr. Trillo, alcalde en comisión del término de Melena del Sur, secundado por los celadores de policía gubernativa D. Agustín Alvarez y D. Antonio González y el celador municipal D. Julio Castillo.

La expedición salió de Melena, como hemos dicho, en la noche del 19 de Enero, en dirección á los montes de Estévez, enclavados en el término de Guara á tres leguas escasas de la localidad primeramente citada. Dicho servicio había de realizarse en condiciones de mucho sigilo, porque de lo contrario fracasaría seguramente, hallándose que las dos pobres mujeres habían huido á la aproximación de la fuerza. El Sr. Trillo dirigió con toda fortuna la operación, presentándose primeramente como llovido del cielo en el lugar conocido por *Chuya*, residencia de la jóven Isabel Torres, querida de Vicente García, hermano del *Rey de los Campos*. La querida del jóven bandido es una preciosa muchacha de quince años de edad y de purísimo tipo indio, tipo bien escaso en Cuba.

Aún cuando procuró negar su estado al principio, después se dió á partido, se vistió rápidamente, y echándose un mantón, montó á caballo, sin resistencia, delante del celador Sr. Castillo.

Isabel Torres, que es muy simpática y agraciada es natural de la playa del Rosario en Güines y fué raptada de la casa paterna por Vicente García. Su residencia en un pobre hohío de la Chuya, obedecería á la situación estratégica en que este se halla situado en medio de espesas maniguas y guanales solo accesibles por el camino de la costa.

El comandante Sr. Trillo, verificada la busca de Isa-

bel, dirigióse con la policía á sus órdenes legua y media más lejos, donde se encuentra el Quiebrachal, punto en que debía hallarse la esposa de Manuel García y tal vez el mismo *Rey de los Campos*, sospecha que hizo al Sr. Trillo, franqueada la puerta, abalanzarse sobre la cama en que dormía Rosario, que despertó sobresaltada.

Pocos instantes después, las dos mujeres, montadas delante de los celadores Castillo y González y seguidas del jefe, se dirigían á Melena, donde su entrada produjo gran animación en el público. Fueron depositadas en el cuartel de la Guardia Civil y tratadas con toda la consideración que demandaba su desgracia y á los pocos días eran confinadas á la Isla de Pinos.

Acerca de la arbitrariedad de esta medida mucho se dijo y se comentó aún cuando la prensa por no estorbar las gestiones del Gobierno guardó silencio pero hoy puede decirse, ya que los años han pasado, que el confinamiento de Rosario Vázquez é Isabel Torres, si fué dentro de la ley una arbitrariedad, á los efectos de la persecución fué un verdadero y lamentable error. A nadie puede ocultarse que debidamente vigiladas las residencias de las dos mujeres, pudieran haber sido al norte más seguro para la captura de Manuel y Vicente García. Y que esto es lógico lo demuestra el hecho de que las autoridades han autorizado y consentido más de una vez la existencia en el campo de ciertos individuos poco recomendables, les han favorecido, permitido el uso de armas y otros fueros, tan solo por colocar un espionaje perfecto al bandolerismo. Un episodio ocurresenos referir ahora, cuya exactitud pudiéramos garantizar fácilmente, como que trae el testimonio de una respetable casa situada en la zona en que el bandolerismo actúa. Dícese que á raíz de crearse el Gabinete Particular, por el General Polavieja (que dicho sea entre paréntesis nunca tuvo gran fe en aquella institución)

fué á cierto pueblo de alcalde en comisión un comandante de ejército muy inteligente y cumplidor de sus deberes el cual inició contra el bandolerismo una persecución activísima, aún cuando carecía de los necesarios elementos. Al efecto se valió de ciertos individuos que conocían á fondo la vida y costumbres de Manuel García, los cuales habían de proporcionarle los medios de capturarlo gracias á constantes confidencias. Entre estos individuos contábase un hombre de color, buen mozo, de grandes patillas que habitaba un *sitio* muy cercano al pueblo y que vivía en concubinato con una mujer blanca, muy instruida y separada hacía tiempo de su esposo.

Nunca se le conoció á dicho individuo el medio de que se valía para vivir rodeado de todas las comodidades, sin trabajar en las labores agrícolas más que cuando era preciso demostrar al público que vivía de su trabajo. Al amanecer sacaba al campo las yuntas, abría calmosamente tres surcos, amarraba los bueyes y tornaba á su vivienda para no salir en todo el día como no fuera á dar alimento al ganado. Apesar de vida tan regalada, no carecía de nada, siquiera dijeran malas lenguas que esto obedecía á que le tenían *respeto* las personas acomodadas y le socorrían muy amenudo.

Dicho campesino llegó á ser el hombre de confianza de las autoridades á las cuales enviaba sus confidencias, cuya eficacia no discutiremos y que él aseguraba darían por resultado sinó la captura del *Rey de los Campos* al menos la fijeza de su derrotero y el camino de sus más frecuentadas guaridas. Un día el comandante alcalde recibió del confidente un aviso diciendo que en tal sitio á tal hora y en tales circunstancias se encontraría á Manuel García con toda su gente. Salió la fuerza en seguida con el alcalde á la cabeza y . . . . . el *Rey de los Campos* y su corte no pareció por aquellos contornos. ¿Cómo había de

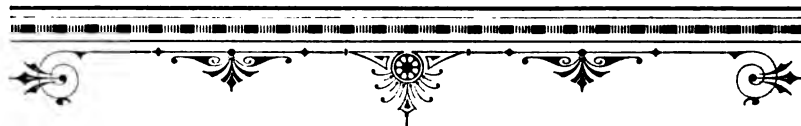
estar allí si á aquella misma hora se encontraba cenando con su banda muy descansadamente en casa del confidente del alcalde? . . . . . No obstante esto que hubiera servido para apreciar hasta que punto se llevaba la buena fe por los llamados á dudar de todo, el mulato de referencia siguió montando flamante potro, calzando espuelas de *gallo alto*, ciñendo machete y cuchillo y llevando salvoconducto superior.

Dícese que un día se enfrentó con él la guardia civil, atónita al contemplar aquel mozo armado hasta los dientes sin pertenecer á ningún instituto armado. Lejos de atemorizarse el confidente, temiendo pudiera confundirlo la benemérita con un bandido (que no sería mucho confundir) gritó con arrogancia:

—¿Qué miran? . . . . . También yo puedo matar y prender con autorización del . . . . .

No recordamos que alto cargo de la colonia citó. Con lo dicho basta para demostrar que ya que se utilizaron todos los medios para la persecución del bandolerismo, bien pudieron utilizarse las dos mujeres confinadas á Isla de Pinos con notoria inoportunidad y pasando por encima de la ley.





## XVII

Separación de varios secuaces de la partida de Manuel García.—  
Negociaciones para su salida de Cuba.—D. Aniceto Elejalde.  
Llegada á la Habana.—El “Baldomero Iglesias.—La matanza.

Entablada contra el bandolerismo la activísima campaña cuyos más salientes detalles hemos venido describiendo en los anteriores capítulos, dió en circular el rumor de que la partida del *Rey de los Campos* se había disuelto por virtud de la separación de sus más significados miembros, rumor que si no resultó exacto en todas sus partes, recibió plena confirmación con sucesos posteriores, en cuanto el segundo extremo. Efectivamente: á raíz de los últimos encuentros de la banda de Manuel García con las fuerzas públicas, Montolongo, Rivero y Fernando Delgado se alejaron de la vida criminal que llevaban, entablando con determinadas personas de significación social, las gestiones conducentes para abandonar la isla.

Hablóse entonces sin empacho, de haber concedido secretamente el Gobernador General indulto formal á varios bandidos, los cuales deberían embarcarse en breve, por la capital, con destino á una de las pequeñas antillas. Decíase también, que á los efectos de dicho indulto, algu-

nos jefes de zona habían celebrado entrevistas con los bandidos, versión que fué negada rotundamente, como era lógico esperar, en los centros oficiales á los que acudió la prensa de información en busca de datos, para negar ó nó en sus columnas rumores que circulaban con visos de certeza por toda la Habana, Güines y pueblos en que actúa el bandolerismo.

No obstante la solemne negativa del Gabinete Particular, lo cierto es que un jefe caracterizado en la persecución del bandolerismo y por cierto de los más arrojados y sagaces, confesó haber celebrado varias entrevistas con bandoleros, aún cuando agregó que lo había hecho sin autorización superior, por su propia cuenta y con objeto de conocer personalmente á algunos bandidos que no conocía para orientar debidamente la persecución y obtener mejores resultados. Dichas entrevistas las explicó respecto de los bandoleros, con su propósito de ofrecerles el indulto ó la salida para el extranjero. El jefe á quién venimos refiriéndonos, concluyó diciendo, que el Gobernador General no estaba dispuesto á conceder ni el indulto ni la salida del país, á no ser dentro de las bases del pregón publicado por aquellos días, en el que se concedían dichas gracias el que entregara el resto de la partida.

“Si hubo ó no convenio (dice á este punto la obra *Los bandidos de Cuba* ocupándose en tan importante fase del bandolerismo) no puede afirmarse: pero el caso es que desde entonces algunos de la partida se separaron de Manuel García y se retiraron á las cercanías del pueblo de Nueva Paz, permaneciendo más de dos meses tranquilos y si hemos de dar crédito á los rumores públicos, sirviendo á la causa de la extinción del bandolerismo en esta provincia.”

Así las cosas, circuló por la Habana el 6 de Febrero de 1891, la noticia de que Montolongo, Rivero y Palen-

zuela habían llegado á la capital y se preparaban á embarcar para el extranjero. Se daban todas las señas de los viajeros, el número del tren en que llegaron, quienes les acompañaban desde Güines, en que fonda se hospedaban etc., etc. No cabía duda; las autoridades debían tener conocimiento del hecho ó de otro modo no podía explicarse, que facinerosos con las cabezas pregonadas y el que menos condenado tres veces á muerte, se atrevieran á pisar la ciudad sin tener un poderoso salvoconducto.

Por lo demás la duda no cabía tampoco, teniendo presentes antecedentes ya registrados en la historia del bandolerismo cubano, entre ellos la salida de Manuel García, Perico Torres, Lengue Romero y otros para Cayo Hueso, con anuencia de las autoridades superiores, como ya demostramos en los primeros capítulos de esta obra, al ocuparnos en el regreso de Manuel García á Cuba.

Hemos de ceñirnos en la descripción de este importante, tan importante como sangriento episodio del bandolerismo, al relato de los hechos publicados por *La Lucha*, que quiso derramar la mayor suma de claridad sobre un episodio verdaderamente repugnante, que mereció la reprobación general y en el que iba envuelta la reputación de un hombre honrado y caballeroso. Nos referimos al Sr. D. Aniceto Elejalde que fiado en la promesa de un jefe ó de una autoridad, acompañó á los bandidos á la Habana, tomó parte activa en su embarque y se vió de repente sorprendido con los horrores de una matanza en la que cayó un inocente, cuyo único delito fué fiarse de garantías que no llevaban superior sanción.

El Sr. Elejalde es un negociante de campo, que goza de merecida reputación en Güines y en la jurisdicción entera por la honradez y legalidad que preside en todos sus contratos y por su deseo de hacer el bien. Goza igualmente de confianza y aprecio entre los jefes de zona y

fuerzas de la Guardia Civil que saben distinguir perfectamente en los pueblos aquellos individuos que pueden ser elemento de tranquilidad y garantía de honradez.

El Sr. Elejalde, tres meses antes de los sucesos que vamos á narrar, hallábase de cacería en los montes de la finca *Carlota*, cerca del Aguacate, cuando se vió rodeado de varios bandoleros, entre ellos Domingo Montolongo á quien conocía de antiguo, los cuales después de tranquilizarle, le dijeron poco más ó menos, que hacía tiempo se encontraban en tratos de indulto con el teniente coronel Sr. Tejada jefe de las Escuadras de Guantánamo, pero que temerosos por su vida, deseaban que el Sr. Elejalde terciara en las negociaciones como una garantía de que estas serían de todo en todo legales.

El Sr. Elejalde arguyó que él no conocía al Sr. Tejada más que de nombre, pero que podía tratar del asunto con el Sr. Tort, jefe de la zona Norte y de la Comandancia de la Guardia Civil, caballero de quien respondía con su propia persona.

Los bandoleros quedaron conformes y entregaron al Sr. Elejalde una carta para el Sr. Tejada retirándose después á la manigua. El Sr. Elejalde tuvo una entrevista con el Sr. Tort y este lo presentó entonces al Sr. Tejada llevándose desde aquel punto adelante las negociaciones. Conferenciaron al efecto con el Sr. Tejada, varias veces, los bandidos Domingo Montolongo, Fernando Delgado, conocido por *Nango* y Eulogio Rivero, negándose á entrar en todo trato el bandido Plasencia, que parecía presentir un sangriento desenlace. La condición puesta por los bandoleros fué que habían de embarcarse con los señores Tejada, Elejalde y un señor Lavin, su conocido, que debería sacar los pasajes y ocuparse de todo lo concerniente á su partida. Aceptada esta base, los bandoleros se fueron á hospedar en Nueva Paz á casa de D. Pedro Rivero her-



mano de Eulogio, pero comerciante honradísimo, eternamente desvelado por apartar á aquel miembro podrido de su familia de la vida criminal que llevaba tantos años.

El Sr. Elejalde, persuadido de que no habría de faltarse á la palabra mutuamente empeñada y no digna de respeto en lo que hace á los bandoleros pero si en cuanto á las caracterizadas personas que cerraron el convenio, no podía suponer en modo alguno que se tratara de una traición ó de una emboscada, á pesar de haberle dicho un respetable jefe del ejército que se separase del convenio, porque tenía la seguridad absoluta de que el Gobernador General no autorizaría la salida de los bandidos de la isla, bien es verdad que contaba con la promesa del Sr. Tejada de que todo ocurriría sin la menor novedad.

En tal situación, el Sr. Tejada dió aviso de que podían dirigirse á Güines los bandoleros y sus familiares para de allí tomar el tren para la Habana. Acompañados de los señores Elejalde, Lavín y Tejada, salieron efectivamente el día 6, para Güines y de allí para la capital hospedándose en la fonda la *Aurora*, Dragones núm. 1.

Cuéntase que al venir en el tren para esta capital, en uno de los paraderos fué reconocido Montolongo por un individuo que exclamó sorprendido:

—Domingo.... ¿tú por aquí?.... Andate con cuidado.

Montolongo respondió sonriendo:

—No hay por qué.... hemos capitulado.

Sacados los pasajes y demás documentos con los nombres cambiados, se embarcaron los tres bandoleros en el vapor *Baldomero Iglesias* que salía para Colón, teniendo de todo conocimiento el Sr. Solano, inspector del reconocimiento de buques y al llegar aquí, hemos de dejar la palabra al periódico varias veces citado, como testigo casi presencial de los hechos.

La mujer, el hijo y el cuñado de Eulogio Rivero quedaron sobre la cubierta del buque y todos los demás bajaron á la cámara de segunda, del vapor, donde se hallaban esperándolos, los policías vestidos de paisano.

El *Baldomero Iglesias* estaba anclado casi frente á la *Machina*, en mitad de la bahía: la escalera que tenía arriada era la de la banda de estribor, distante de la cámara de segunda unos cincuenta pasos. A dicha cámara se baja por una escalera de hierro angosta.

Al concluir de bajar á la cámara de segunda los cinco viajeros perseguidos, la policía les dió una voz:

—¡Alto á la policía! echándosele encima.

Los cinco pasajeros sin más tiempo que para lanzar una desesperada imprecación, se dispusieron á vender caras sus vidas sacando cada uno su revólver y descargándolo sobre los policías al propio tiempo que en difícil retirada subían la escalera para ganar la toldilla. Los guardias respondieron á los disparos haciendo uso de sus armas.

Bien pronto uno de los más avanzados, Fernando Delgado, exhalando un ¡ay! angustioso cayó muerto, pasado el pecho por una bala, en el ángulo izquierdo de la cámara, sosteniendo en su crispada mano el revólver. Domingo y Ramón Montolongo, Eulogio Rivero y su hermano lograron volver á la toldilla sin dejar de batirse con la policía. Corren por la banda de estribor y caen muertos frente á la cocina, en el corredor, el hermano de Eulogio y en el mismo lado, pasada la escalera, en la popa, Ramón Montolongo. Eulogio Rivero y Domingo Montolongo bajaron á escape la escalera gritando:

— *Nos han vendido.*

Se lanzan al bote *Dos Cuñados* que estaba atracado y obligan al botero con amenazas de muerte á que vogue ligero. El bote se aleja: las municiones de la policía van

escaseando, los guardias siguen haciendo fuego desde á bordo á los prófugos y el inspector Solano ahoga con los repiques de la campana del vapor, tocando á zafarrancho, los gritos de los pasajeros que se hallaban presa del espanto.





## XVIII

Desenlace de la hecatombe del "Baldomero Iglesias".—El bote "Dos Cuñados".—Entre el fuego y el agua.—Cuadro triste.—Comentarios.—Un pensamiento de Varona.—Muerte de Mayol.

Ciertamente, esta escena de sangre desarrollada á la vista de un pueblo atónito é indignado pone espanto en el ánimo. La confusión á bordo era horrible y el sonar de la campana no lograba ahogar los gritos del pasaje aterrizado, los lamentos de la infortunada esposa de Eulogio Rivero, rodeada de sus hijos sobre cubierta, y los ayes de los heridos.

Entre tanto se alejaba el bote *Dos Cuñados* del *Baldomero Iglesias*, perseguido á tiros desde á bordo, siendo excitado el botero Adegá á que bogase vivamente por la constante amenaza de los revólvers que enarbolaban sobre su cabeza Eulogio Rivero y Domingo Montolongo, esperanzados de huir de la muerte. Pero su destino era morir sobre el agua. En breve fué interrumpida la marcha del bote por haberse cruzado en su ruta un remolcador, quedando los bandidos, si lejos de los fuegos del *Baldomero*.

*Iglesias*, bajo los fusiles del cañonero *Concha* y de lancha *Contramaestre* que hacían un fuego nutrido y certero avisados por los gritos estentóreos de la policía.

El patrón del bote había sido herido en un brazo y lanzaba lastimeros quejidos imposibilitado de remar y amenazado, sin embargo, de muerte, si no remaba, por los despavoridos bandoleros que veían su fin próximo. Desde el litoral y desde las embarcaciones que cruzaban la bahía destacábanse los dos bandidos de pié sobre el bote *Dos Cuñados*, empuñando con rabia los revólvers, luchando con la impotencia, en aquel cerco de hierro que no podían romper sin hundirse en las aguas. De pronto, se les vé caer uno después de otro, en el fondo de la pequeña embarcación Domingo Montolongo, al mar Eulogio Rivero cuyo cuerpo enorme levanta al caer un núcleo de espumas.

Montolongo con las piernas sobre el banquillo de popa presentaba destrozado el cráneo y vacío de la masa encefálica que salpicaba las tablas del bote. Su aspecto dice un testigo presencial, era horrible. Tenía vaciadas las cuencas de los ojos y estaba crispado. Eulogio Rivero estaba herido en el pecho y fué recogido del agua y amarrado por el cuello á la popa del cañonero *Contramaestre* de donde lo mataron.

A bordo del *Baldomero Iglesias* reinaba la mayor confusión: por donde quiera se veían despojos del combate, coágulos de sangre y casquillos de revólvers. A los pocos momentos llegó desde tierra el jefe de Orden Público señor Berenguer y fuerzas de su cuerpo en varios botes. Fueron recogidos los cadáveres. El del infortunado D. Pedro Rivero, que pagó con su vida el *delito* de haber acompañado á su hermano y que dicen que fué equivocado con un tío de Montolongo, como si eso pudiera justificar la muerte de un hombre honrado, estaba sobre cubierta, frente á la cocina; el de Ramón Montolongo en la popa y el de Fernan-

do Delgado, que hacía un año formaba en la partida del *Rey de los Campos*, en un ángulo de la cámara en que empezó el combate. Cerca de aquel charco sangriento de la cubierta del vapor, estrechando contra su pecho á una tierna criatura para impedirle contemplar el cadáver de su padre, estaba una mujer joven bañada en lágrimas. Era la infortunada esposa de Eulogio Rivero.

De los numerosos agentes de policía que tomaron parte en la refriega, estaban heridos D. Manuel Lamuela en una pierna y D. Salvador Arroyal en un brazo. También un moreno estivador, José Martínez, fué herido en una mano haciéndosele la primera cura á unos en el cañonero *Concha* y á otros en el hospital militar. Ninguno murió por consecuencia de las heridas aún cuando algunas eran de gravedad. Los familiares de los bandoleros fueron detenidos y conducidos al vivac incomunicados, siendo á los pocos días puestos en libertad. Al descender la escalerilla del vapor tuvo efecto una escena conmovedora. El hijo de Eulogio Rivero, tierna criatura de cuatro años de edad, llamaba á su padre sin consuelo.

Los cinco cadáveres fueron trasladados en un bote, remolcado por la lancha de vapor *Peral*, á la Punta y de allí en el carro del Necrocomio al Cementerio General, custodiados por numerosa fuerza de Orden Público y en medio de una extraordinaria aglomeración de curiosos que llenaba la Calzada de San Lázaro. El vapor *Baldomero Iglesias* teatro de la sangrienta escena, se vió todo el día rodeado de botes y remolcadores conduciendo agentes de la autoridad, individuos de la prensa y un público ansioso de conocer detalles del hecho.

La impresión causada en el público por los sucesos que hemos narrado ligeramente, fué honda y penosísima. Un sentimiento de indignación, de horror y de protesta se alzó de la sociedad habanera testigo mudo de una heca-

tombe que si envolvió á cuatro hombres fuera de la ley, cuatro facinerosos, costó en cambio la vida de un hombre honrado, cuya familia llora y llorará eternamente la pérdida de un padre amoroso y bueno que tuvo sin embargo, el fin desastroso del más ruín de los criminales.

Si existía un plan para la muerte ó captura de cuatro bandoleros, ¿por qué no se desenvolvió con más buen sentido, en otra parte, á otra hora, no en la cubierta de un buque lleno de pasaje, en medio de la bahía cruzada por cien embarcaciones, sin miedo, sin escrúpulo de ocasionar terribles desgracias que no tuvieron realización porque Dios no quiso, hecha abstracción de la muerte del infeliz D. Pedro Rivero?

Si había de faltarse á un convenio en que intervinieron personas respetables, si no había de cumplirse la palabra empeñada á los bandidos, bien pudo darse el golpe en todo el tiempo que medió entre su salida de Nueva Paz y su llegada á la capital. Ni en Güines, ni aún en la fonda *La Aurora* donde se hospedaron los bandidos á su llegada á la Habana, hubiera producido su captura mayor escándalo ni fuera más difícil que á bordo del *Baldomero Iglesias*. Y sobre todo, como ha dicho muy bien *La Lucha*, la vida de un hombre honrado vale demasiado para que la muerte de tres bandidos justifique su pérdida. La violencia ejercida y la falta de inteligencia en la confección del plan han sido causantes de que en un hogar honradísimo en el que se albergan una desventurada señora y varios inocentes niños, se llore con lágrimas de amargura y desesperación el eterno alejamiento de un cariñoso padre y esposo, que constituía su único sostén y la única esperanza de su porvenir.

Y respecto de la acción desmoralizadora que vino á ejercer el hecho sangriento del *Baldomero Iglesias* en la opinión pública, ¿tendremos necesidad de ahondar? Que un

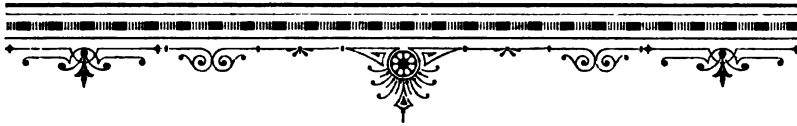
bandido falte á su palabra, nada tiene de insólito, para eso es bandido; pero que falten á su palabra solemnemente empeñada quienes debieran sostenerla por encima de todo después de empeñada . . . ¿tiene disculpa? «Donde no se comprende (dice el eminente pensador cubano Sr. Varona en su obra *Artículos y Discursos*) la monstruosidad de que los agentes del Estado, que debe ser la representación visible y permanente de los sentimientos más depurados de moderación, justicia y honor, pongan asechanzas á un hombre—aunque sea el último de los criminales—le empeñen una palabra solemne y después lo maten sobre seguro, no hay que esperar ni un rudimento de moralidad verdadera en el pueblo. Porque lo propio y característico del sentimiento moral es que nos obliga interiormente, no por la presión de las circunstancias. Es que nos fuerza á abstenernos aunque podamos. Y si el hombre inculto vé que aquel que á sus ojos lo puede todo, el gobierno, comete una traición, una violencia, el día que lo arrastre su pasión ó su apetito, no las cometerá *si no puede* pero las cometerá *si puede*.» Estas palabras del Sr. Varona, son el comentario más elocuente y conciso que puede colocarse al pié de un hecho reprobado en la conciencia de todos los hombres rectos y dignos.

Mal empezó el año 1891 para los bandidos y sobre todo para la partida del *Rey de los Campos*, en cuadro, respecto de sus miembros más temibles, por consecuencia de una persecución más activa y afortunada que las anteriores. Por esta causa, tal vez, pocas señales de vida dió Manuel García, limitándose á eludir todo encuentro, á burlar más de una emboscada bien dirigida y por último á dispersar su gente de antiguo acostumbrada á soltar el rifle para empuñar la guataca y el arado, aparentando ser laboriosos campesinos entregados al trabajo, los que lleva-



ban sobre su conciencia crímenes inauditos y tenían hacia dos años las cabezas pregonadas. El 14 de Abril tuvo éxito feliz otra emboscada puesta en el potrero *Esperanza* por la Guardia Civil y policía de Alfonso XII, con objeto de apoderarse de Santana, el segundo de Manuel García, que según confidencias debía pasar por aquel punto. Efectivamente sobre las once de la noche, bien cerca de la fuerza, pasaron los bandidos Cruz, (tres hermanos) y Palenzuela, respondiendo al alto de la Guardia Civil con una nutrida descarga de rifles, uno de cuyos disparos hirió en la cabeza al guardia Sr. González. Después emprendieron la fuga excepto el bandido Antonio Mayol, que pié á tierra y solo completamente, hizo fuego á la fuerza pública hasta que cayó atravesado por una bala que le destrozó el pecho causándole la muerte. Mayol pertenecía al grupo de Santana y había desembarcado en 1887 con Manuel García por Matanzas, procedente del Cayo. Asistió á todos los golpes de mano del *Rey de los Campos* y estuvo en los ataques del ferrocarril é incendio de la estación de Quivi-cán. Antonio Mayol, solo contaba 24 años de edad.





## XIX

**Historia fabulosa.—Manuel García en todas partes.—Manuel García no existió jamás.—Manuel García en las lunetas de “Tacón.”—Un préstamo... sin devolución.—Un discurso á propósito de lo del “Baldomero Iglesias.”—Una autoridad que no quiere rivalidades.**

Todos los grandes facinerosos tienen una historia dramática, en gran parte fabulosa, más que sustentada en hechos ciertos originada por la fantasía popular más dispuesta siempre á dar asenso á las cosas inverosímiles que á los sucesos reales.

La historia de Manuel García adolece de esta circunstancia, poseyendo episodios verdaderamente heroicos pero que carecen por completo de fundamento, siendo hijos legítimos del instinto de maravillosidad ingénito en el pueblo y cuando no del interés criminal de determinados cómplices, interesados en propalar hazañas, actos de valor y arranques de generosidad y honradez del *Rey de los Campos*, elevado por virtud de estos apologéticos episodios á la categoría de *bandido noble y generoso*, de una especie de Diego Corriente criollo, empeñado en una campaña igua-

litaria, en jugarse la vida para despojar al rico y favorecer al pobre.

Refiérense á ese respecto, como hemos indicado, innumerables anécdotas que de boca en boca y de pueblo en pueblo han ido corriendo cada vez más corregidas, ampliadas y desfiguradas, al extremo de que si el *Rey de los Campos* llegara á oírlas referir, no podría menos de sonreírse ante la grandeza de sus actos . . . por él no conocidos.

El autor de esta obra conoce por casualidad un episodio de estos y vá á referirlo, no sin declarar que es conocido el hecho y fácil de acreditar.

Cuando se estableció el *Gabinete Particular* de ingrata memoria, situóse un destacamento en la finca conocida por *Los Pinos* yendo de Durán para San Antonio de las Vegas. Había allí una casa de mampostería muy sólida y bien construida que en la actualidad sirve de casa-cuartel á la benemérita Guardia Civil. Entonces fué dedicada á estación telegráfica y cuartel del pequeño destacamento que mandaba el bizarro comandante D. Genaro Mira.

Cuidaba del cultivo de los terrenos de dicha casa y habitaba parte de ella un campesino de apellido Cabrera, honrado y laborioso, el cual fué sorprendido una tarde en el potrero que dista doscientos metros escasos del destacamento, por tres ó cuatro hombres armados, uno de los cuales le saludó por su nombre, diciéndole que era Manuel García y que necesitaba cincuenta pesos.

El sitiero respondió que no los tenía encima pero que iría por ellos á su casa, lo cual efectuó, entregando al bandido á los pocos momentos el dinero, á pesar de hallarse á cuatro pasos del destacamento y de serle muy fácil haber avisado á la fuerza que tal vez hubiera realizado una captura importante.

Debemos agregar que el *Rey de los Campos*, con acento magestuoso, dijo al colono:



**FELIPE DIAZ DE LA PAZ,**  
Alguacil y Sacristán de Caimán, presunto autor de la  
muerte de Manuel García



—En la primera ocasión devolveré á Vd. este dinero por lo bien que me ha servido sin avisar á las fuerzas.

Esa ocasión no ha debido llegar, tal vez, por que el Sr. Cabrera aún está esperando la devolución de los cincuenta pesos.

Una persona que tenemos por veráz y respetable, nos aseguraba un día haber visto, nada menos que en el Teatro de Tacón á Manuel García. Poníase aquella noche en escena, por cierto, la notable obra de Gaspar *Las personas decentes*. Otro caballero nos afirmó con toda seriedad que Manuel García había pasado la Noche Buena de aquel año en la Habana. Hasta se decía la casa en que se había hospedado.

Pero esto llegó á ser una cosa tan corriente que nadie se atrevía á poner en duda las peligrosas excursiones del *Rey de los Campos* á la Habana y ya no diremos á Nueva Paz, Batabanó, Aguacate y Madruga porque á esas localidades acostumbraba á trasladarse muy á menudo.

Como reverso de estas versiones que hicieron de Manuel García un héroe digno de la leyenda, circulaban otras encaminadas á demostrar que el *Rey de los Campos* era un mito, que no existía ni había existido jamás; que nadie lo había visto ni podía preciarse de conocerle, que ese tan traído y llevado Manuel García no era otra cosa que el bandolerismo cubano que afectaba esa cabeza visible pero falsa para mejor despistar la persecución. Agregóse entonces como testimonio de esta afirmación, que simultáneamente se habían efectuado dos atentados dirigidos por el temible bandolero en dos puntos distantes y en los cuales, como es de lógica, no podía encontrarse el *Rey de los Campos* á no gozar del don de la ubicuidad.

Siquiera una y otra versión fueran igualmente absurdas, lo cierto es que no dejaron de sorprender á muchos, entre ellos tal vez algun personaje oficial tan enterado de

la existencia del bandolero como de la magnitud de las dos nuevas estrellas descubiertas, pero siguiendo estos caminos de la pública opinión, cada vez se hacía más difícil la caza del *Rey de los Campos*, quien no parece sino que era invulnerable como Aquiles á juzgar por las veces que salió ileso de emboscadas bien dirigidas y en las que mordieron el polvo bandoleros tan arrojados como Sixto Valera y Antonio Mayol.

En tal situación, la hecatombe del *Baldomero Iglesias* vino á resonar lúgubrementemente en el cuartel general del bandolerismo, donde muchos estuvieron á dos dedos de acompañar en su desgraciada excursión á Montolongo y Rivero, sobre todo el mulato José Plasencia que se arrepintió á última hora, tal vez influido por el consejo del *Rey de los Campos* que es astuto y no cae con facilidad en las redes que se le tienden.

Cuéntase que al llegar *La Lucha* al campamento de Manuel García, éste llamó á los suyos y les leyó el suceso que tanta resonancia tuvo en toda la Isla, terminando la lectura con un *espich* en el cual aconsejó á todos permanecieran unidos, no trabajaran por medio alguno el indulto ni abandonasen su compañía, que él salía garante del éxito. Dícese que también agregó, que en breve un acontecimiento importante que habría de ocurrir en la Isla, les proporcionaría con más seguridad el medio de abandonar aquella vida y de abandonar el país si esto les convenía.

Los secuaces del *Rey de los Campos* que vieron confirmado por el desastroso fin de Montolongo, Rivero y Delgado los consejos de su capitán, prometieron seguir adelante sin vacilar la marcha emprendida, echándose allí, aquella misma tarde las bases del nuevo golpe de mano que proyectaban y del cual nos ocuparemos en el capítulo venidero.

Para aguar estos entusiasmos preparábase con gran

oportunidad por el Gobierno un plan de operaciones en la jurisdicción de Nueva Paz, con la esperanza de coronar las últimas victorias sobre el bandolerismo con el copo de la partida entera de Manuel García, éste inclusive. Y al llegar aquí, tenemos de nuevo que echar mano del género anecdótico.

Circuló el rumor, por aquellos días, de que un prestigioso Jefe de Policía, y creemos que á la vez de un instituto armado, preparó con gran discreción una encerrona á Manuel García y su gente. Tratábase de utilizar el ofrecimiento de cierto sitiero, quien se comprometía á llevar la gente á su vivienda, darles bien de almorzar y á los postres, propinarle una bebida, (no sabemos de qué género) merced á la cual el *Rey de los Campos* y sus compañeros podrían ser entregados inermes á la fuerza que acudiría á cierta señal.

Parece que una autoridad superior, cuyo nombre no conocemos ni se nos ha dicho, se opuso á tan fácil expediente, alegando, que la tal captura hecha por la policía en aquellas condiciones, sin disparar un tiro y sin derramar una sola gota de sangre *¡despertaría los celos en otros institutos armados!* . . . .

El Jefe de Policía, dícese que presentó incontinenti su dimisión. Esto evita nuestros comentarios, lo que no es poca fortuna.







## XX

Venganzas del bandolerismo.—Unión de Santana y Manuel García.  
—Asesinato de Padrón.—Dos cartas y un reto.—Triste situación  
del campesino.—Osma y Manuel García.—Falsos rumores.—Un  
“Rey de los Campos” de pega.—Sorpresa de un campamento.—  
Dos encuentros.

No tardó muchos días en manifestarse sangrientamente la venganza de los bandoleros, excitados por la emboscada del *Baldomero Iglesias*. El público rumor decía que los dos grupos, el mandado por Manuel García y el que dirigía Santana, su segundo, se preparaban á tomar una cruel revancha. Vino á poner el colmo á la ira de los bandoleros, un encuentro efectuado con el grupo mandado por Santana cerca de la finca *La Margarita* en la jurisdicción de Alfonso XII, por el bizarro Teniente Salgado y su guerrilla.

Sospechando los bandidos que algún sitiero de aquellos contornos había proporcionado noticias de la partida á la Guardia Civil, fijaron la vista en el campesino D. Domingo Padrón sitiero de la finca *La Margarita*, ya nombrada, quien vivía con su esposa dedicado á sus labores, bien ageno al peligro que se cernía sobre su cabeza.

El día 11 de Febrero de 1891 se presentaron cinco

bandoleros, perfectamente armados en dicha finca, mandados por Andrés Santana y echando pié á tierra, ordenaron se les franquearan las puertas.

Padrón acababa de llegar de la villa de hacer algunas compras, cuando su esposa le notificó que lo esperaban. Sospechoso Padrón se presentó á los bandidos con el fin de esclarecer el objeto que allí los llevaba; pero Santana le ordenó que los siguiese á un punto cercano, pues tenían que celebrar una conferencia reservada y de gran importancia.

Padrón abandonó su casa y se dirigió con ellos al monte. Lo que pasó allí nadie lo sabe; lo que vino á saberse en breve, por una carta de Santana al oficial Sr. Jiménez, es que Padrón fué degollado de un solo tajo al llegar á la manigua. Cuando se hizo público tan horrible crimen, corrió la desolada esposa al monte y no tardó en encontrar la sangrienta cabeza de su marido izada en un palo y no muy lejos el mutilado cuerpo tendido junto á unos matojos.

La pobre mujer, con una espantosa sangre fría desclavó la cabeza del poste, la colocó junto al cuerpo aún tibio y cubrió todo con un paño blanco, esperando la llegada de la fuerza pública, que no tardó en aparecer.

Además de la carta enviada por Santana al Sr. Jiménez, oficial de la Guardia Civil, en la cual confesaba su crimen, añadiendo que lo había perpetrado por haber Padrón pretendido entregar á la partida, apareció junto al cadáver, atada á un palo otra carta dirigida al Alcalde en Comisión de Alfonso XII, firmada también por Santana y manifestando en ella que deploraba el crimen, pero que se veía obligado á hacer aquel escarmiento para evitar en lo sucesivo traiciones y ventas. También agregaba, *que ya que el gobierno no podía dar seguridad al campesino, que no lo comprometiera pues tendrfa el mismo fin que Padrón.*

Como un rasgo característico del bandolerismo, siem-

pre jactancioso, apuntaremos un incidente curioso en este hecho. En la carta dirigida á la Guardia Civil, Santana desafiaba á la fuerza pública, diciendo que *la esperaba en el mismo lugar del crimen*, valentía que ni fué creída ni puesta en práctica por la banda de Manuel García, sobrado prudente para arriesgarse en un encuentro por el estilo.

No fué este el único crimen sangriento perpetrado por la gente del *Rey de los Campos*. El bandolerismo batido en todas sus trincheras con relativa fortuna por las fuerzas del Gobierno se defendía con desesperación, con verdadero furor, amenazando sembrar el espanto en el pueblo campesino para no ser traicionado, único medio de subsistir en una zona cubierta de tropas y perseguido por todos los medios al alcance de las autoridades.

Para resistir con más probabilidades de buen éxito los ataques continuados de la Guardia Civil, en perpétuo ojeo sobre poblados y montes, uniéronse los dos grupos, el mandado por Manuel García y el mandado por Santana, formando en ellos, entre otros menos conocidos, Vicente García, Pablo Gallardo y Plasencia. Sobre ellos y sin darles momento de reposo, andaban con sus guerrillas el Capitán Jiménez y el Teniente Salgado, dedicados á una persecución tenaz y sostenida.

Entretanto la situación del sitiero y del campesino en toda la jurisdicción de Alfonso XII y Madrugá era terriblemente crítica, entregados en manos de la venganza del *Rey de los Campos* si proporcionaban noticias á la fuerza pública y objeto de mil vejámenes si facilitaba al bandolero datos ó recursos. Fué una era de terror que lanzó á la vida del monte á muchos que jamás se hubieran alzado á no mediar tan anormales circunstancias.

Recordará el lector que el *Rey de los Campos*, desafiado por el moreno Julián Osma, no contestó al reto, tal vez temeroso de que ese desafío fuera una añagaza para

atraele á una emboscada de la fuerza. No obstante, ya por las noticias y declaraciones que publicó la prensa, ya por el rumor público, todo hacía creer que Osma, de valor probado, desafió á Manuel García, deseoso de medir con él sus fuerzas. Por esta época, circuló el rumor de que Manuel García había aceptado el reto, verificándose el encuentro en terrenos del potrero *Dificultad*; pero lo cierto es que nada confirmó el hecho, suponiéndose que *El Rey de los Campos* no tuvo por conveniente pelear con uno de sus súbditos.

Otro rumor igualmente desprovisto de fundamento circuló entónces: el de que Manuel García, huyendo de la persecución, se había corrido con su banda, hacia las Villas. Tal vez obedecía esta versión á haberse presentado por aquellos días una partida de bandoleros en Remedios, como no fuera especie propalada por los espías y cómplices de Manuel García para despistar á las fuerzas que andaban en su seguimiento.

Cuando podía suponerse al *Rey de los Campos* huyendo de sus perseguidores, vino á sorprender á todos la noticia de un sangriento atentado precedido de tales alardes de crueldad, que hacían creer en una venganza del audaz bandolero. Nos referimos al asalto de la casa de Cambute y al martirio de la infeliz anciana D<sup>a</sup> Ana Barroso; pero posteriormente el Gabinete Particular declaró que en el hecho no había tenido parte la banda de Manuel García, por cuya causa no debe figurar en este libro, que se limita al análisis crítico de los hechos criminales del audaz bandolero.

Como resultado de la persecución activísima que se había entablado, en la última quincena de Abril fue sorprendido un campamento de los bandoleros á orillas del río *Mayabeque*, cerca de Melena, haciéndose con tal motivo numerosas detenciones. En dicho campamento se encon-

traron ropas, víveres, etc., etc. y datos por medio de los cuales podía venirse en conocimiento del punto en que se surtían los bandoleros y de las personas que hacían el papel de proveedores. Por ellos se supo que Manuel García efectuaba sus compras en la bodega del ingenio *La Teresa*, del Marqués de la Graciosa. Un dependiente de la tienda en cuestión declaró que aquellos víveres los había vendido á uno de los chalaneros del río y éste declaró á su vez, que por temor á la venganza del *Rey de los Campos*, le proporcionaba toda clase de recursos y servía de práctico á la partida.

Puede colegirse perfectamente que todos estos sucesos habían contribuído á hacer del bandolerismo el plato del día. Las noticias más extrañas, inverosímiles y alarmantes se sucedían sin interrupción, dándose el caso, más de una vez, de que en la misma Habana una confidencia más ó menos fundada, pusiese en conmoción al cuerpo de policía, como ocurrió á fines de Abril con la noticia de encontrarse en la capital el bandolero Arturo García, lo cual motivó grandes carreras y excursiones sin el menor resultado. Pero la impresionabilidad del público era tan grande, que el menor acontecimiento provocaba mil interrogaciones que se veían negros los periódicos para contestar. Si entonces se le hubiera ocurrido á un desocupado propalar la absurda especie de que el Gobernador General había sido secuestrado en su palacio de la Plaza de Armas, hubiese sido creída por todo el vulgo y aún por muchas personas serias. Y es que Manuel García llegó á ser la obsesión del pueblo, muy dado á endiosar vulgaridades y á adornar con todos los atributos del héroe al más adocenado comparsa.

El día 20 de Abril corrió el rumor de que la banda del *Rey de los Campos* había sufrido un nuevo descalabro por consecuencia de un encuentro con numerosas fuerzas

de *Bailén* en la jurisdicción de Nueva Paz. El encuentro existió pero sin grandes resultados á pesar de haberse cruzado entre los bandidos y la fuerza pública más de sesenta tiros. Este encuentro sirvió, sin embargo, para orientar aún más la persecución que continuaba con gran actividad, como tendremos ocasión de apreciar en el próximo capítulo. Indudablemente, si se hubiera trabajado siempre con el mismo celo é inteligencia, el bandolerismo no afectaría las proporciones que ha afectado ni los desmanes de Manuel García hubieran sido coronados de tan desesperante éxito. Pero en nuestro concepto y entre las causas originarias del mal, pueden incluirse como las más salientes, cierta rivalidad que nació de la misma persecución entre los elementos de la fuerza pública, la diversidad de órdenes y consignas, algunas de ellas contradictorias, y la carencia de una dirección inteligente, que un día creyó asumir el Gabinete Particular, una de tantas instituciones inútiles.





## XXI

**Ocho bandidos al garrote.—Muerto á machetazos.—Capturas importantes.—Otra carta de Manuel García.—A una hora de la Habana.—Muerte de Arturo García.—Insolencia de “Pepillo” Torres.—El teniente Cubertoret.—Buena emboscada.—Santana cae herido.—Un soldado lo remata.—Con el cuerpo á Cabezas.**

Continuaron entre tanto las venganzas del bandolerismo incitado por la persecución y el acosamiento de que era objeto, sin que influyeran para nada, como ejemplar, las numerosas ejecuciones capitales que venían efectuándose. El garrote no cesaba de trabajar al extremo de subir al tablado en menos de seis meses, ¡ocho reos!

Era como la lucha desesperada del crimen con la justicia: los facinerosos vengando de antemano su muerte en vidas inocentes.

A las nueve de la mañana del 14 de Marzo de este año apareció muerto de varios terribles machetazos el vecino de la finca *Tusurá* en Quivicán, D. Adriano Hernández Salgado, el cual presentaba completamente seccionado el cuello y el cuerpo lleno de heridas. Todo el mundo atribuyó este crimen á una venganza del bandolerismo, que se defendía sembrando el terror en los campos para

asegurarse el silencio, ya que no la complicidad del campesino. Pocos días después circuló el rumor de haber sido secuestrado el propietario Sr. del Campo, rumor más tarde desmentido por su presencia en la capital.

Y es preciso tener en cuenta, que por entonces trabajaron con toda actividad los tribunales militares, cuya labor era formidable porque el número de cómplices y sospechosos detenidos á causa de los vandálicos hechos de Manuel García, era considerable. Precisamente en aquellos días se iniciaba el ruidoso proceso contra un prohombre de provincias y jefe de voluntarios, que más tarde pagó con la vida el secuestro del Sr. Ruíz.

En Junio fué capturado por el jefe de Policía de Santa Clara, Sr. Fernández (D. Casimiro) el secuestrador Padrón, compañero del bandido Mirabal que merodeaba por Remedios. A su vez, Veguita, otro bandolero que empezó su oficio á los diez y nueve años, seguía cometiendo fechorías por Lajas y Cruces á pesar de la persecución de que era objeto.

Cuando casi se había olvidado el último hecho criminal de Manuel García, empezaron á circular rumores respecto de gestiones hechas por este para recabar su indulto y abandonar la isla. Si merecieron crédito á algunos esas versiones poco duró el error, porque *La Lucha* recibió y publicó en su número del 25 de Julio de 1891 la siguiente carta del *Rey de los Campos*, empeñado en que la prensa periódica se ocupara de su persona:

«Sr. Director de *La Lucha*.

Leí en su periódico del 20 un sueltcito donde dice que el jefe del Gabinete ha recibido una carta donde yo le decía que mi captura era imposible, que así me diera el indulto para marcharme al extranjero.



Eso es falso: yo no le he escrito al jefe del Gabinete y si le hubiera escrito sería diciéndole que á mí no se me puede capturar, pero pedirle indulto, nunca: yo no pido misericordia al Gobierno: eso lo haré el día que le coja miedo á la muerte y todavía no se lo he cogido, ni á los mismos soldados tampoco. Y además, ¿quién es el jefe del Gabinete para yo pedirle indulto? Que me persiga que esa es su misión y que no esté diciendo que yo le pido indulto. Y esto lo dice el Rey de los Campos.

*Manuel García.*

(Junio 22 de 1891.)

P. D. Y dígame al Sr. Jefe del Gabinete que ahora no le doy mucho trabajo para agarrarme; pues estoy en un punto que recibo los periódicos á la hora de salir de la Habana.

*Vale.»*

Esta carta, de la cual solo hemos enmendado las faltas de ortografía, está copiada del original y fué depositada en Bejucal el día 23 y recibida en la Administración principal de la Habana el mismo día.

Como se vé, la carta no mentía: el bandolero debfa encontrarse emboscado entonces á una legua de la Habana, por ferro-carril y muy cerca de la línea de Villanueva, como no ordenara á alguno de sus cómplices la remisión de dicha carta en esa forma para despistar á las fuerzas del Gobierno. Tal vez, (y no sería gratuito afirmarlo) estuviera engañando con la verdad, seguro de que se le buscaría en diferente punto del que anunciaba en su carta.

Por lo demás, ya se comprende que el audaz bandolero no se arrepentía ni se enmendaba persistiendo en su temerario propósito de desafiar la persecución, hacer burla del indulto, y reirse de las autoridades.

Estas continuaban su campaña con toda diligencia, obteniendo algunos buenos resultados. El 26 de Junio

apareció muerto en Mojangas (Artemisa) el bandido Arturo García, asesino y secuestrador, jefe de la partida que dió fin del infeliz Sr. Colza, cuyo crimen eriza los cabellos y que deja, por su crueldad, muy atrás á todos los crímenes perpetrados por el bandolerismo cubano.

No por eso aminoraba su audacia Manuel García ni los jefes de otras partidas que asolaban los departamentos occidental y central. Llegó la insolencia y el atrevimiento de uno de esos bandoleros, *Pepillo* Torres, á penetrar todos los días en el poblado de las Vueltas, haciendo sus compras, visitando casas de meretrices y aún pernoctando en algunas de ellas.

Una tarde, un guardia municipal se encontró con él á la entrada del pueblo.

—¿Me conoce Vd?—le preguntó el bandido con la mayor frescura.

—Yo...—no....respondió el guardia.

—Pues soy *Pepillo* Torres....

Expectación. El vigilante salió corriendo á dar parte pero....cuando llegó la policía el pájaro había volado.

Pocos encuentros afortunados pueden citarse en esta época, excepción hecha del que más adelante referiremos y que costó la vida á uno de los más feroces desalmados de la banda del *Rey de los Campos*. Fuerzas del Regimiento de Tacón á las órdenes del teniente Guerrero tuvieron fuego con los bandidos en el mismo batey del demolido ingenio *Dichoso*, en Güira de Macurijes pero sin resultado favorable, verificándose algunas detenciones de campesinos, calificados como cómplices.

Ni Manuel García ni su gente, á pesar de sus jactancias, se atrevían á frecuentar los puntos habituales, notándose este alejamiento al extremo de que pronto se dijo de público que la partida se había ido corriendo por la costa. No obstante, periódico bien enterado hizo constar que Ma-

nuel García y su gente se encontraban emboscados por los montes de San Nicolás y Nueva Paz. Decíase que varios de sus individuos se habían presentado en un ingenio de las inmediaciones preguntando á un niño de pocos años, hijo del propietario, por el paradero de su padre y la importancia de su fortuna. También sirvió de comprobante de la existencia de la partida en sus habituales cuarteles y de la regularidad del cobro de sus contribuciones, el hecho de que la familia del bandido Palenzuela, en situación muy miserable, se vió rodeada de ciertas comodidades en pocos días. No quiere esto decir que el *Rey de los Campos* no hiciera de vez en cuando sus excursiones más ó menos largas. A mediados de Julio, se aparecieron á una legua de Matanzas, en la tienda de Mena, en Yumurí, seis hombres armados. Perseguidos por la Guardia Civil, huyeron por la ribera del río San Juan y desaparecieron sin dejar rastro.

Las embocadas se sucedían por aquel entonces diariamente, bien situadas y bien dirigidas en aquellos puntos que según confidencias, acostumbraba á frecuentar el bandolero. Una de ellas, había de dar fin de un modo sangriento, del facineroso más temible de la partida. Nos referimos al bandido Andrés Santana, segundo de Manuel García.

A las 11 de la mañana del 9 de Agosto salió el valiente oficial de Caballería de Pizarro D. Gerónimo Cubertoret con un cabo y cuatro soldados, á situar una emboscada cerca del ingenio *Mercedes* en el término municipal de Cabezas.

Marchaba la fuerza con el mayor silencio posible en dirección á la finca expresada, la mayor parte del camino por campos de caña, con objeto de no llamar la atención y después de doblar la guardarraya del ingenio *Lima*, fué á emboscarse entre el potrero *Los Pinos* y la colonia *Espe-*

ranza, como á tres kilómetros de Cabezas, punto de partida. Hizo alto la fuerza en medio del mayor silencio y echando pié á tierra, ocultó los caballos en el cañaveral, custodiados por un soldado. El teniente Sr. Cubertoret, cuya inteligencia se demostró en el hecho que referimos, dió orden de guardar el más profundo sigilo, evitando á la vez ser presas del sueño, colocándose de escucha, con el cabo y dos soldados casi en el límite del campo de caña que lindaba con la guardarraya. Así permanecieron tres larguísimas horas, sin escuchar más que los rumores peculiares de nuestros campos. Como á la una de la madrugada se oyeron distintamente las pisadas de varios hombres que atravesaban el campo de caña viniendo en dirección de la guardarraya, esto es, de la emboscada. Los bandidos venían todos á pié, llevando según costumbre el rifle embrazado y amartillado, en disposición de hacer fuego á la primera alarma.

El teniente Cubertoret, miró á sus soldados y al ver que estos obedientes á su señal muda, amartillaban el rifle, esperando la voz de ¡fuego! gritó levantándose:

—¡Alto!... ¿quién vive?...

Una descarga de los bandoleros respondió á la voz, pero recibieron simultáneamente otra de los soldados de Pizarro y el revólver de su jefe, que hizo caer por tierra á Andrés Santana. Los demás huyeron perseguidos por los certeros disparos de la guerrilla.

Entonces uno de los soldados dirigiéndose al Sr. Cubertoret, gritó:—Aquí se sienten quejidos.

Al dirigirse al bandolero caído, este procuró defenderse con su revólver, pero el valiente soldado se echó sobre él y lo remató á machetazos.

Con las debidas precauciones y envuelto en un saco, á la grupa de un caballo, fué conducido el cadáver á Cabezas, recibiendo el valiente Sr. Cubertoret multitud de

felicitaciones por el importante servicio que acababa de prestar á la causa de la tranquilidad pública. Allí fué identificado por un hermano político y hecha la autopsia se le dió sepultura. Tenía varias heridas de rifle y de machete y muchas cicatrices de balazos antiguos, uno de ellos recibido en una emboscada en tiempo del general Salamanca.

Se le ocuparon al bandido, magnífico rifle Winchester, machete yaguarama, revólver Smith de reglamento, bandolera y cuchillo, pero ningún papel ni dinero. Santana era más importante que Sixto Valera y Montolongo, y se habían ofrecido particularmente por su cabeza 5,000 pesos, pues por un olvido dejó de figurar en el pregón de los demás bandoleros. Tenía sobre su conciencia cinco asesinatos y multitud de delitos. Su muerte robó la mano derecha á Manuel García.





**Manuel García, muerto**





## XXII

Optimismo de un periódico.—Los hechos hablan.—Año bueno para el orden.—Muerte de Tomás Cruz por el teniente Guerrero en el “Callejón del Combate.”—Queda sin efecto el pregón de 1890.—Silencio de Manuel García.—El mando del general Polavieja.—Asesinato de una familia.—La finca “Las Delicias.”—El campesino no se defiende.

La muerte de Santana, el segundo de Manuel García, hizo concebir grandes esperanzas de extinción de la partida del *Rey de los Campos*, pues indudablemente Santana era el brazo derecho de Manuel García y uno de los más audaces y temidos bandoleros de Cuba. Por otra parte, el servicio prestado á la causa del orden por el teniente Cubertoret significaba que la persecución estaba más orientada que meses antes, prometiendo dar nuevos excelentes resultados.

Cuanto á la impresión causada en el público fué excelente haciéndose comentarios sobrado optimistas. Un periódico serio é importante no temió decir *que el bandolerismo había terminado*, parodiando la frase del infortunado general Salamanca, sobrado optimista también, merced á



algunos triunfos obtenidos en la persecución, uno de ellos la captura de los Machín.

*La Lucha* rectificó, con razón, á dicho periódico, aconsejándole no se dejase llevar por el entusiasmo, pues desgraciadamente, sin negar la importancia de Antonio Santana, quedaban aún otros no menos importantes que él, muy difíciles de capturar, sobre todo Manuel García.

El tiempo se encargó de demostrarnos la razón del popular colega, muy conocedor de las profundas raíces que tenía el bandolerismo en las provincias de la Habana y Matanzas para que pudieran ser extirpadas de un solo golpe.

Pero de un modo ó de otro, es preciso declarar que el año 1891 fué funesto para los bandidos cubanos, cayendo multitud de ellos bajo el plomo de la Guardia Civil, de las guerrillas y de la policía que trabajaron con gran ardor é inteligencia y señalando el mando del general Polavieja con los caracteres de una verdadera y formidable cruzada contra el bandolerismo.

El 18 de Agosto tuvo efecto otro servicio inapreciable para la tranquilidad pública y que se debió al inteligente y valeroso teniente D. Antonio Guerrero, del Regimiento Caballería de Tacón. Nos referimos á la muerte del bandido Tomás Cruz, hermano de Víctor y segundo de Santana. Se realizó el hecho en los montes de San Juan de Valera, término municipal de Cabezas, en la forma siguiente:

En posesión de valiosas confidencias el teniente señor Guerrero, gracias á su discreción y á su carácter que le conquistó las simpatías populares en toda la zona en que operaba, tenía perfecto conocimiento del paraje que solían frecuentar los bandidos y más concretamente, del punto que forzosamente debían de atravesar por aquellos días. Desde el 15 empezó á situarse de emboscada en el Calle-

*jón del Combate*, terrenos de Zayas y montes ya citados, pero sin obtener resultado su vigilancia.

No perdiendo por eso la esperanza, salió el Sr. Guerrero el día 17, á la una de la tarde, de Bermeja, al mando de siete soldados de su arma, Caballería de Tacón, adoptando toda suerte de precauciones para no ser vistos y atravesando velozmente campos de caña y más tarde monte firme, fué á situarse á la entrada del callejón. Echaron pié á tierra, todos, y quedaron algo alejados los caballos al cuidado de dos hombres de confianza.

El punto conocido por el *Callejón del Combate*, es el más apropiado para una emboscada. Altas peñas, entre el ramaje, proporcionan las mayores facilidades para esconderse. Trás de esas piedras se emboscó la fuerza, dando frente al callejón formado por dos enormes peñascos en cuya cima se desarrolla una vegetación exhuberante que al unirse simula un verdadero arco ó más bien cúpula de verdura. Por aquella boca debían hacer su aparición los bandidos.

El teniente Guerrero no tuvo casi tiempo de acomodar su fuerza en el escondite. Cuando le recomendaba el mayor silencio y *fuego sobre el primero que aparezca bajo el arco*, como vomitado por la tierra se destacó en el fondo del follaje un hombre armado de colosal revólver y de yaguarama y tras de aquel hombre, que era Tomás Cruz, otro igualmente armado. Era Pablo Gallardo (á) *Escuela*.

El breve momento que se detuvo en la entrada del Callejón fué el necesario para que la fuerza del teniente Guerrero levantase el gatillo de la tercerola. Más que el ruido, el presentimiento del peligro hizo al bandido tirar del revólver, pero no consiguió siquiera desfundarlo. Sonó un tiro, luego una descarga y el bandido rodó por el suelo. La fuerza salió trás de los peñascos velozmente para impedir la huida de Gallardo que acababa de inter-

narse en la manigua: pero no pudo conseguirlo. Bajo el arco de follaje estaba tendido Tomás Cruz, boca arriba, una mano sobre el pecho y las piernas extendidas. Tenía dos heridas de bala, una en la tetilla izquierda y otra en la cabeza, ambas mortales por necesidad. No lanzó al caer, ni un quejido.

Tomás Cruz no era raquítico como se decía, sino delgado y nervioso demostrando gran resistencia. Tampoco era cierto, como se dijo á raíz de la muerte de Mayol, que de resultas de una herida hubiese quedado inútil de un brazo. Tenía los dos sanos y hacía perfectamente uso de sus armas. Pesaban sobre él condenas por asesinato de dos chinos, incendio y secuestro.

El servicio del teniente Guerrero, fué tan aplaudido por la opinión como el del teniente Cubertoret que dió muerte á Santana. Aquel mismo día, se publicó por la Capitanía General un bando, dejando sin efecto el pregón de 14 de Noviembre de 1890 en el que se señalaba precio á las cabezas de los bandidos alzados. También por aquellos días fué capturado el bandido Modesto Rodríguez de la partida de Matagás y sentenciado varias veces por incendio, asesinato, doble secuestro, tentativa de violación y sedición, todo lo cual demuestra la importancia de esta captura que realizó el celador de Colón, Sr. Parodi.

¿Qué hacía entre tanto Manuel García, cuyas fuerzas cercenaba á diario la persecución con la muerte ó captura de los más importantes miembros de su partida? Todo debía inclinarle á rendirse, á abandonar su vida criminal huyendo á país extranjero ya que sus ocultas esperanzas de indulto no habían de realizarse. La cruzada establecida por el general Polavieja contra el bandolerismo, era como ya hemos dicho, vivísima y eficaz; los ejemplares diarios, la severidad rigurosa. En todo aquel año de 1892 subieron las escaleras del patíbulo diez ó doce reos y cayeron

bajo las balas de las fuerzas del Gobierno, como ha visto el lector, multitud de facinerosos.

No obstante estas señales de los tiempos, no decreció en modo alguno la audacia del *Rey de los Campos*, empeñado en sostener aquella partida desigual entablada hacía largos años entre el delito y el código. Enfurecido contra aquella persecución enconada que venía á contrastar con la tranquilidad disfrutada bajo el mando del general Chinchilla, empeñose el contumaz bandolero en proseguir su vida criminal, procurando por todos los medios escudarse con el terror que sembraba en el pueblo campesino con sus terribles venganzas. Una de ellas, la más sangrienta y horrible, es la que vamos á referir, no sin hacer constar antes, que en este como en todos los sucesos registrados en este libro, no hacemos otra cosa que calcar nuestro relato en las noticias que publicó la prensa habanera al ocuparse del crimen, especialmente *La Lucha* que envió uno de sus redactores al lugar de los hechos.

En el barrio de *Las Delicias*, término municipal de Quivicán y teatro obligado de todos los desafueros del bandolerismo, vivía en una choza de guano sub-arrendada al arrendatario principal D. Mateo Acosta y León que habitaba cercano, D. Pastor Hernández Estévez en compañía de su esposa doña Concepción Alvarez, madre de cuatro hijos varones, el mayor de diez y seis años, una hembra y una tía paralítica que no se levantaba de la cama. Pastor Hernández, muy laborioso y honrado, vivía con los cortos productos de la tierra que cultivaba con sus manos, casi en la miseria, sosteniendo con grandes privaciones á su numerosa familia.

Como á una milla de distancia de la choza hallábase la casa de Acosta, habitada por él y su esposa. D<sup>a</sup> Rosario González, cuatro hijos menores, un mozo de labranza llamado Cabrera y un criado moreno.

El día 2 de Octubre se apareció á Pastor Hernández Manuel García acompañado de Plasencia y ambos armados como de costumbre. Acababan de salir de una tabla de yuca, donde se hallaban ocultos. Pastor Hernández, compañero de la infancia del *Rey de los Campos*, no lo reconoció de pronto.

—¿Cómo estás, Pastor?—dijo Manuel García entrando en el bohío—¿No me conoces?—añadió—soy Manuel García. Quiero que nos lleves el almuerzo á aquella tabla de yuca . . .

Hernández se excusó pretestando su absoluta pobreza, pero Manuel García sin escuchar sus disculpas, dijo con seriedad.

—Aunque solo sea yuca cocida, prepara el almuerzo. Como no lo lleves ó des parte á la autoridad, ten presente que te degüello.

Hernández enterado del rigor con que se castigaba por los tribunales militares el dar abrigo al bandolerismo, vaciló en obedecer á Manuel García, pero al fin, temeroso de su venganza, preparó el almuerzo y lo llevó al punto ordenado. Con ello creía salir del conflicto, suponiendo que los bandidos abandonarían la finca en cuanto dieran satisfacción al hambre. Cuál no sería su sorpresa cuando escuchó de labios del *Rey de los Campos* las siguientes palabras:

—Está bién, has obedecido: ahora prepáranos la comida y cuando esté lista, mándala.

Las fuerzas del Gobierno estaban pateando todos aquellos parajes; Pastor sabía por experiencia que si era sorprendido en la finca el bandolero, los arrendatarios serían presos sin remedio. Habló con su mujer, analizó el compromiso horrible en que le colocaba la casualidad y al fin, acordaron aquellos infelices huir á guarecerse en casa de Acosta, dejando en la choza, solamente, á la anciana impedida.

A poco de llegar y estando refiriéndole á Acosta el suceso, recibió un aviso de Manuel García de que llevara enseguida la comida. Turbóse aún más Hernández y desesperado ya exclamó:

—¡Que me maten! . . . Yo no abrigo á bandidos. Voy á dar parte á Quivicán.

Una legua escasa lo separaba de la cabecera; se unió á su esposa é hijos, y ocultándose como pudieron llegaron al pueblo, presentándose enseguida al jefe de la sub-zona, Alcalde Corregidor, comandante Sr. Canga Argüelles.

La autoridad oyó la denuncia y con bastante ligereza por cierto, hizo tornar á la finca á los prófugos, tranquilizados con la promesa de que nada les ocurriría porque tras de ellos salían fuerzas. No obstante tales seguridades, Hernández y su familia pernoctaron en Quivicán y á la mañana siguiente, seguros de que las tropas estarían ya en la finca, emprendieron viaje para *las Delicias*, quedándose en casa de Acosta, por temor de ir al bohío, lo cual demuestra que Hernández conocía de sobra el temperamento de Manuel García y las garantías de seguridad con que cuenta el campesino.

En la sala principal de la casa, hallábanse las dos familias reunidas, comentando los acontecimientos, cuando vieron entrar pálidos y desencajados al moreno Monteagudo y al mozo Cabrera que habían ido á asistir á la anciana abandonada en el bohío desde la tarde anterior. Al llegar á la mitad del camino, vieron levantarse de detrás del brocal de un pozo á Manuel García, al mulato Plasencia y á otro facineroso.

—¿A dónde van?—preguntó el jefe.

—A casa de Pastor—respondieron aquellos infelices.

—Pues atrás, enseguida . . .

Y á empellones y puntapiés los hicieron penetrar en

casa de Acosta. De repente y trás de ellos hicieron su aparición en la sala los bandoleros.

—¡Boca abajo!—gritó con voz terrible el *Rey de los Campos*.—¡Todos en el suelo!—rugió entre blasfemias.

Y luego dirigiéndose á Acosta, dijo rechinando los dientes:

—¿Dónde está esa gente?....

—¿Qué gente?—preguntó Acosta.

—Hernández y su mujer: dilo pronto ó hago contigo y los tuyos lo que voy á hacer con ellos....

—Ahí están—respondió temblando Acosta señalando para el cuarto de la izquierda.

La esposa de Acosta al ver á su hijo más tierno en brazos de Concepción, se lo arrebató gritando:

—¡Hijo de mi vida....!—y corrió á encerrarse con toda su familia en el cuarto de la derecha. El moreno Monteagudo y el hijo mayor de Pastor huyeron al campo. Cabrera boca abajo contra el piso, cerraba los ojos aterro-  
rizado y esperaba el desenlace.

Dejando el relato sangriento de éste para el próximo capítulo, hemos de hacer una observación que más de una vez ha brotado en el curso de nuestra historia. He ahí á cinco hombres jóvenes en su mayoría; tal vez con alguna arma á su alcance, á merced de tres bandidos que van á ejecutar un crimen alevoso. ¡Ni siquiera trataron de defenderse!..





## XXIII

**El macheteo.—¡Quince heridas!—Concepción Alvarez.—Otra víctima.  
—Carta sangrienta. —A los periodistas.—Falsedades de Manuel  
García.—Imprudencia.—Relevo del Sr. Canga Argiellles.—Lla-  
mamiento al pueblo.**

Manuel Garcia entró en el aposento indicado por Acosta y volvió á salir en breve arrastrando por un brazo al desgraciado Hernández que temblaba de espanto, bien seguro del fin que lo esperaba. El bandolero desenvainó el machete que relampagueó con fulgor siniestro en el aire, para caer sobre el cuerpo del infeliz sitiero cuyos gritos hicieron erizar el cabello de los que se encontraban boca abajo. *¡Quince machetazos!* descargó el infame criminal, como presa de un delirio sanguinario sobre aquel ser indefenso convertido ya en una masa informe.

El mulato Plasencia, cual si quisiera competir en ferocidad con su terrible jefe, echó mano á la esposa de Pastor Hernández, y sin respeto á la santidad de un ser que llevaba en las entrañas otro, empezó á descargar el yaguarama sobre la infortunada señora.



—¡Piedad!.... ¡favor!.... ¡socorro!....— clamaba la pobre víctima salpicando la sangre sobre sus hijos que yacían mudos de terror en el pavimento. Después.... no se oyó nada. Había muerto destrozada por cuatro horribles machetazos.

Entre tanto la familia Acosta, oía desde el aposento el macheteo sin poder prestar la menor ayuda á las víctimas.

Consumada la obra de iniquidad, Manuel García dió un puntapié al mozo Cabrera que permanecía echado, el cual se levantó lívido, creyendo que había llegado su última hora.

—No tiembles.....— le dijo el *Rey de los Campos* desfigurado aún el semblante por la cólera: —Toma esta carta y llévala enseguida al Comandante de Quivicán.—

Y diciendo estas palabras con ojos centellantes, sacó un papel que llevaba á prevención escrito, lo empapó por el reverso en la sangre de los cadáveres y se lo entregó á Cabrera que temblaba como la hoja en el árbol. Luego seguido del mulato Plasencia abandonó con precipitación el teatro del doble crimen. Jacobo, el mayor de los hijos de Pastor Hernández y el moreno José Monteagudo, escondidos cerca de la casa, no conocieron los hechos hasta el día siguiente.

La carta dirigida al comandante Sr. Canga Argüelles, Alcalde en Comisión de Quivicán, decía literalmente:

*Señores periodistas:*

Estoy aburrido de tanto sufrir. Mato á Pastor Hernández porque me vendió. Yo llegué á su casa y le pedí de comer encargándole no fuera á descubrirme. Me contestó que eso no se lo hacía á ningún hombre y menos á mí, me habló de su situación y le dí veinticinco pesos y

después sin mirar que éramos amigos desde jóvenes, me vendió.

Yo no me meto con el público; pero el que me la hace me la paga; pero, eso sí, á los guapos como Julián Osma, no, porque me desafían y les tengo miedo.

*Manuel García.*

P. D. A la señora de Pastor Hernández le hago eso porque fué la que más embulló á su marido para que me vendiera. Yo nunca mato á las señoras pero ésta no es señora.

*Vale.*

Como se vé, Manuel García tenía perfectamente premeditado el alevoso crimen, desde el momento en que llevaba preparada la carta dirigida á *los periodistas*, por su afán de exhibicion en la prensa que más de una vez hemos hecho notar en el curso de esta obra. Tal vez movíale el deseo de *justificarse*, como si su horrible atentado tuviera en lo humano justificación.

De la carta, posteriormente, pudo descartarse una falsedad: la que se refiere á haberle dado á Pastor Hernández veinticinco pesos, compadecido de su situación, pues sobre el cadáver solo se encontraron trece y esos tenían otra procedencia comprobada. Por lo demás, la infeliz Concepción no *embulló* á su esposo para la denuncia; lo que hizo fué seguir su suerte como mujer amante y animosa,

Lo que dice Manuel García del negro Julián Osma, es, con seguridad, irónico, aún cuando el *Rey de los Campos*, desafiado por aquel, bien pudo, si no lo temía, aceptar el reto, pues Osma tenía su finca á dos leguas escasas de *Las Delicias*, lugar del crimen y al tener conocimiento de los hechos, salió, como de costumbre, á perseguir á los

bandidos auxiliando con sus informes á la fuerza pública, que en número considerable salió á operaciones, en cuanto llegaron á Quivicán las nuevas del atentado. Pocas horas después, llegaban también á dicha localidad los cadáveres en una carreta, siendo identificados y haciéndoseles la autopsia. Allí le fué extraído á la esposa de Hernández, un feto de varón, de seis meses escasos, sin lesión alguna.

Pueden suponerse los comentarios á que se prestaría un crimen que pudo muy bien evitar la autoridad con un poco de previsión y de celo.

Y no cabe disculpar esa negligencia diciendo que la familia Hernández se negó á quedarse en Quivicán, por que eso no es cierto. Por el contrario, los pobres sitieros, cual si presintieran el peligro, no querian volver á *Las Delicias* sin ir acompañados de tropas. Las seguridades que recibieron de la autoridad les llevaron directamente á la muerte. Es preciso dar por hecho que el Sr. Canga Argüelles no podía suponer en los bandidos audacia semejante; sin embargo el Gobierno relevó de sus cargos de Comandante de la subzona y Alcalde Corregidor de Quivicán al Sr. Canga Argüelles. Y para formar juicio de la audacia de los bandidos, baste decir que no obstante el aviso dado por Hernández á la autoridad, permaneció Manuel García en la finca *La Conformidad*, desde las siete de la mañana del día 2 hasta la noche del 3, pudiendo realizar por lo tanto el doble crimen, al regreso de los infelices esposos al sitio. Y sube de punto el asombro si se nota que dicha finca no tiene monte firme en dos leguas á la redonda.

Como es natural, el público aterrorizado por tan sangrienta venganza, se encontraba poco dispuesto á servir con sus informes la persecución, como lo demostró el negativo resultado obtenido por las numerosas fuerzas de infantería, caballería y Guardia Civil que salieron de Quivicán en persecución de los bandidos. El ojeo se

mantuvo muchos días, lo cual no fué obstáculo para que el 5, dos días después de los sucesos narrados, se presentaran ocho bandoleros perfectamente armados en el ingenio *Carmen*, (Lagunillas) exigiendo dinero á un colono que tenía su residencia precisamente en el término mismo en que operaban Santana y Tomás Cruz, muertos días antes por la fuerza pública.

La diligencia de las tropas y de la Guardia Civil no decayó por eso. El viernes 16 de Octubre, por consecuencia de haberse presentado tres bandoleros armados en una colonia del ingenio *Arco Iris*, en Güira de Macuriges, exigiendo un caballo á cambio de otro muy fatigado que dejaron, señal de haber hecho una larga jornada, orientóse la persecución en aquel rumbo y el día 19, el celador del Roque, Sr. Castillo y una pareja montada del Regimiento Habana, tuvieron un afortunado encuentro con los bandidos, dando muerte á Pablo Palenzuela perteneciente al grupo de Santana, que mandaba después de la muerte de este. Fué un excelente servicio, debido á confidencias, que no faltó quien atribuyera á un individuo de la misma partida.

Pocos días después, el Ayuntamiento de Quivicán invitaba al pueblo para que armado, saliera en persecución de los bandidos, haciendo esto recordar la conducta del celoso Alcalde de Sancti-Spíritus, Sr. Marcos García, por más que este no necesitó invitar al pueblo, para salir al campo rodeado de algunos hombres animosos, no tardando en traer atravesado sobre un caballo el cadáver del bandolero que tenía atemorizada la comarca.

Creemos inútil decir que la invitación no obtuvo grandes resultados, siquiera la actividad que se imprimió á las operaciones y sobre todo, el espíritu público indignado contra los asesinos de la familia Hernández, produjeran la momentánea desaparición de Manuel García del

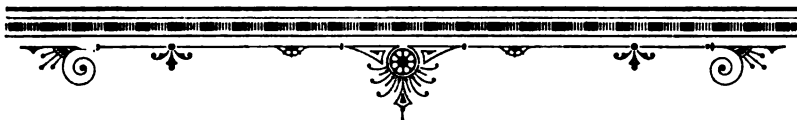
teatro de sus fechorías, atemorizado, tal vez, por las bajas sufridas en la partida.

A todo el largo de la Isla se llevó la cruzada del General Polavieja contra el bandolerismo. En noviembre se dió muerte á *Pepillo* Torres que merodeaba por Remedios y hermano del otro bandido de ese apellido, muerto también hacía poco á manos de la Guardia Civil; días después pereció en Guantánamo Arcadio Rodríguez (á) *Cayito* y en los finales del mes fueron perseguidos Matagás y el tuerto Matos que acababan de exigir dinero con amenazas al Excmo. Sr. marqués de Apezteguía en su *Central Constancia* y la misma partida del *Rey de los Campos* que mandada por el mulato Plasencia había hecho su aparición cerca de Jaruco.

El año terminó con una verdadera sorpresa. El 24 de Diciembre se presentó á las autoridades el bandolero Pablo Gallardo (á) *Escuela*, uno de los más caracterizados de la partida de Manuel García y el cual se sometió al fallo de los Tribunales, con ciertas garantías de indulto por servicios prestados á la persecución.

Pablo Gallardo tomó parte en casi todos los hechos criminales del *Rey de los Campos*. Al público no pudo traslucirse qué clase de servicios prestó Gallardo. El mismo día ingresó en la fortaleza conocida por la Batería de la Reina, en la Habana.





## XXIV

**Manuel García en Granada.**—Todo se falsifica.—Poco movimiento.  
—Muerte de Victor Cruz.—Los montes del Purgatorio.—Una  
batida general.—Un macheteado.—Otro macheteado.—Julián  
Osma se ratifica.—Veneno y heridas.—Manuel García se prepa-  
ra á cobrar sus tributos.—Secuestro número 1500.—S. M. criti-  
cando el *sistema*.

Una curiosa noticia trajeron entónces los periódicos de la Península. Nada menos que la de haber hecho su aparición el *Rey de los Campos* en . . . . . Granada. Un vecino de aquella población dió parte á las autoridades de haber recibido cartas amenazadoras, exigiendo dinero á nombre de Manuel García, el *Rey de los Campos de Cuba*. Esto significaba que el bandolero cubano había extendido la esfera de sus negocios, creando una *sucursal secuestradora* en Andalucía ó bien que alguno, queriendo utilizar la popularidad y el *prestigio* de Manuel García, pensó hacer uso de su nombre con buen resultado. Una verdadera usurpación de estado civil.

La noticia fué recibida, como era natural, con incre-

dulidad, pero sin embargo tenía fundamento y fué confirmada á los pocos días por una comunicación del Alcalde de Granada al Gobernador de esta isla, notificándole el hecho.

Hasta Abril de 1892 no se registró hecho alguno importante en la historia del bandolerismo, limitándose las hazañas á varios encuentros sin importancia alguna y asaltos en despoblado entre estos el de que fué víctima D. Luciano García de San Antonio de los Baños, en que resultó herido de un tiro de revólver, hecho que fué atribuido á la banda de Manuel García, siendo desmentida la versión por el Gabinete Particular.

El 14 del citado mes, tuvo un nuevo encuentro con un grupo de la partida del *Rey de los Campos* una fuerza de Guardia Civil y guerrillas de Alfonso XII al mando del oficial Sr. Camut en el sitio denominado *La Palma* á dos leguas de Mordazo, muriendo en la refriega el bandido Víctor Cruz, antiguo miembro de aquella banda. Volvió á efectuarse otro encuentro en Junio 14, de noche, por el celador Sr. Núñez y un grupo de la Guardia Civil en los montes del Purgatorio, término municipal de Cabezas y muy cercanos á Madruga y Ceiba Mocha. El tiempo transcurrido entre ambos encuentros denota que Manuel García hallábase algo quebrantado por la persecución y rehuía todo acto de presencia. No obstante esto, á fines de Junio se presentó con tres hombres, todos armados y montados, en una finca de San Nicolás, exigiendo á su propietario trescientos pesos y esperando con toda calma varias horas hasta que le fueron entregados. Dado el parte á las autoridades no pudo averiguarse el rastro seguido por los salteadores, por más que los últimos encuentros y la opinión de los jefes apoyaban la creencia de que el audaz bandolero iba á refugiarse invariablemente, después de sus rapiñas, á los montes del Purgatorio, ya citados,



IDENTIFICACION DE MANUEL GARCÍA,  
POR EL MORENO JULIAN OSMA Y OTROS, EN SEIBA MOCHA





Con tales indicios y en virtud del retraimiento observado por el *Rey de los Campos* el 29 de Julio del año 1892, que registramos, salieron numerosas fuerzas al mando del teniente coronel D. Manuel Reyes hacia dichas lomas efectuando una batida general que no dió resultado por la sencilla razón de que explorar ocho leguas de manigua impenetrable es materialmente imposible.

Cuanto al retraimiento de Manuel García no duró mucho tiempo, presentándose en la finca *Domingo* enclavada en Quivicán, el 15 de Septiembre de aquel año, acompañado del mulato Plasencia. A ciencia cierta no se sabe aún el motivo que originó los sucesos sangrientos allí desarrollados aún cuando se supone obedecieron á una venganza. Lo cierto es que después de haber almorzado en un cañaveral cercano á la casa, dieron muerte á machetazos, los bandidos, al propietario Dionisio Llanes en presencia de su hijo Gervasio, de pocos años.

Por entonces gobernaba la isla el general, hoy difunto, Sr. Rodríguez Arias.

Cuando eran objeto de activa persecución los asesinos, un nuevo crimen vino á alarmar el pueblo. Al siguiente día del asesinato de Llanes, apareció igualmente muerto á filo de machete D. Isidro Beltrán, en Güira de Melena atribuyéndose este crimen á otra venganza del *Rey de los Campos* que tuvo confidencias de que Beltrán había sido el autor de la tentativa de envenenamiento de que fué objeto su hermano Vicente García.

Apareció en aquellos mismos días una nueva carta de Julián Osma, en *La Lucha*, manifestando que personas interesadas en favorecer el bandolerismo propalaban que entre él y Manuel García mediaba perfecta inteligencia, que pasaban tocándose sin demostrar la menor hostilidad, siendo una pura novela todos aquellos desafíos que jamás se realizaban. Dicha carta concluía así:

«Por mi parte he jurado no cejar hasta poner la mano sobre ese bandido y he de cumplir mi juramento más tarde ó más temprano, por que no siempre se ha de encontrar Manuel García con encubridores de sus crímenes y el día que no haya vecinos tímidos ó acobardados que burles mis combinaciones, Manuel y yo nos encontraremos cara á cara y entonces se verá si estamos de acuerdo.»

Al finalizar el mes de Noviembre se tuvieron noticias en los centros oficiales respecto de hallarse envenenado Vicente García y herido de gravedad el mulato Plasencia.

Y así terminó el año 92 sin grandes sucesos que relatar porque aproximándose la apertura de la molienda, Manuel García *hombre de administración*, como ya hemos indicado, preparábase á hacer efectivos los impuestos, pudiendo vivir pacíficamente algunos meses. Pero esta vez erraron los cálculos. Manuel García sin descuidar el cobro de su contribución de guerra, ó tal vez por activarlo, sorprendió á todos el día 10 de Enero de 1893 con un ruidoso secuestro, en las condiciones más dramáticas y por más de un concepto, digno de referir. Trátase del secuestro del distinguido caballero D. Ignacio Herrera hijo del Sr. conde de Casa Barreto. De interesante hemos calificado el hecho: aún más que interesante, es escandaloso. ¿No merece el título de escandaloso un secuestro que se realiza por dos bandidos en una finca custodiada por *quince hombres*?

Así ocurrió, sin embargo. A las diez de la noche del día indicado, Manuel García y Plasencia se presentaron de improviso en el potrero *Cárdenas*, de la propiedad del Sr. Herrera y tras breves palabras se lo llevaron, sin querer aceptar los ofrecimientos de D. Francisco Montalvo, que se encontraba allí, y que prometió, si no se llevaban de la finca al Sr. Herrera, entregarles enseguida mil pesos

en oro. Manuel García se negó en redondo á dicha transacción, alegando que no se fiaba ya de palabras porque el Sr. Herrera *lo había engañado dos veces*.

El Sr. Herrera, que contaba entonces treinta y tres años, de edad, vivía ordinariamente en la finca acompañado de sus nueve hijos y de su esposa. No tuvo más remedio que partir á aquella hora sin poder despedirse de cuanto amaba, emprendiendo viaje, Dios sabía á donde. Salieron él y los dos bandidos de la finca sin ser molestados por nadie. Dícese que la *¡sorpresa!* no dió tiempo á preparar la más débil defensa.

Calculábansele al Sr. Herrera como capital unos trescientos mil pesos, y desde los primeros momentos se dijo que Manuel García exigía por la libertad del secuestrado la suma de diez mil duros en oro.

Dejando para posteriores páginas el continuar el relato de este secuestro, digno de figurar con todos sus detalles en esta verídica historia, vamos á hacer un corto preámbulo muy necesario para conocer *de cuerpo entero* al audaz bandido que enfáticamente se titulaba el *Rey de los Campos de Cuba*.

Aficionado Manuel García, como no se recuerda otro bandido, á *cartearse* con autoridades, pueblo y prensa de información, escribía en aquellos días á un militar distinguido, jefe de la zona en que actuaba el bandolerismo:

«Cada uno se busca la vida como puede y es más bandido que yo el funcionario público que sin exposición de ningún género, se llena los bolsillos con el dinero del pobre pueblo, que yo, que al menos expongo mi vida y solo le cojo á los ricos.»

¡Como se refleja en ese párrafo escrito por las manos de un bandido, de un facineroso, de un asesino, el estado social de un pueblo presa de la inmoralidad más escanda-

losa y del abuso y de las irregularidades en toda su máquina administrativa! ¡Un sistema vicioso, criticado sangrientamente por un miembro podrido de la sociedad!

Y haciendo estas mismas consideraciones, escribía un periódico habanero comentando la anterior carta:

«Duro es que un hacendado, de súbito, se encuentre arrastrado al monte por Manuel García, pero el hecho es accidental y por lo tanto menos grave que el imperio sistemático que en la comarca ejerce el Rey singular de nuestros campos. Sí, eso es lo triste, eso es lo serio. Porque un secuestro aislado es para nosotros menos grave, que la cobranza periódica de una contribución á los hacendados, que la seguridad con que se pasea por los caminos reales, al alcance de las tropas perseguidoras, que la tolerancia que todos le guardamos y que permite dar crédito al rumor de que frecuenta nuestros poblados, de que se cruza con personas constituidas en autoridad, que le saludan con respeto y que vive más tranquilo en su jurisdicción, más considerado por policías y soldados que muchos vecinos de la Habana expuestos á recibir bofetadas del Orden Público por un quítame allá esas pajas.»

Después de este juicio, cuanto hayamos podido decir en las páginas precedentes ha de resultar forzosamente pálido. ¡Y aún se queda tanto por decir! Porque en esto hay *lo que se vé y lo que no se vé*, ó mejor dicho: lo que se dice y lo que no puede decirse.





## XXV

Continua el secuestro del Sr. Herrera.—El perro del hortelano.—Temores justificados.—Entre dos fuegos.—Manuel García cumple su palabra.—¡Que situación la del Gobierno!—Dos mil centenes.—Julián Osma y el “rey de los venados.”—Manuel García sigue cobrando.—El capitán Arlegui.—Muchos encuentros pero..... muchos más secuestros.—Muere el general Rodríguez Arias.

Manuel García, realizado el secuestro del Sr. Herrera hizo llegar á conocimiento de la familia que si avisaban á las autoridades peligraba la vida del secuestrado. Al propio tiempo manifestaba que el precio del rescate había sido fijado en diez mil pesos en oro.

La familia de D. Ignacio, con tales amenazas, no se atrevió á dar parte del hecho, no teniendo noticia del mismo las fuerzas que operaban en la jurisdicción hasta el día siguiente á medio día. Desde ese momento, la finca del Sr. Herrera se vió rodeada de destacamentos con objeto de impedir toda inteligencia entre la familia y los bandoleros. Con ello venían á imposibilitar el rescate de D. Ignacio aún cuando la persecución no alcanzara el

menor triunfo. Esto no fué obstáculo para que el *Rey de los Campos* recibiera muy pronto los diez mil pesos del rescate sin que hasta la fecha haya podido saberse de que medios se valió el cariño de los familiares del Sr. Herrera para burlar la vigilancia de las tropas y hacer llegar un emisario con el dinero al campamento de los foragidos.

No obstante, si no hubo dificultades para la entrega del rescate, las hubo enormes para que el secuestrado fuera puesto en libertad porque perseguidos los bandoleros en todas direcciones, no podían alejar de su compañía al Sr. Herrera sin caer en una emboscada.

A pesar de haber prometido solemnemente Manuel García á la familia de aquel, que entregado el dinero, el Sr. Herrera sería entregado á sus familiares sin peligro, el día 17 no había regresado D. Ignacio á su finca, haciendo concebir tristes augurios á todos, con mayor razón habiendo ocurrido en este secuestro un original incidente que vamos á referir.

El día 14, las fuerzas que exploraban mata por mata la zona, descubrieron en el paso del río *Providencia* un caballo agonizante, herido de once terribles machetazos. Todas las señas del animal convenían con las del caballo propiedad del Sr. Herrera, y que montó antes de ser hecho cautivo por los bandidos. Los comentarios hechos sobre este hallazgo despertaron hondos temores en la familia de D. Ignacio ya de sobra alarmada con la persecución de que eran objeto los bandidos antes de estar en libertad aquél. No faltó quien asegurara que yendo en aquella dirección Manuel García con el secuestrado para ser puesto en libertad, fué sorprendido de cerca por una emboscada, por cuyo objeto dió muerte al Sr. Herrera para facilitar la huida. Más tarde vino á saberse que el caballo tan bárbaramente herido, pertenecía á Gallo Sosa y no al Sr. Herrera y fué macheteado por que el cansan-

cio le impedía marchar y el bandido *no quería que su potro cayera en manos de la tropa*. Otra versión circuló bastante razonable. Decíase que el caballo fué colocado expreso en el paso del río *Providencia* para llevar por aquel lado la persecución, mientras tanto los bandoleros huían en dirección contraria.

Las fuerzas continuaron batiendo toda la comarca sin otro resultado que hacer subir al colmo el sobresalto de la familia del secuestrado, que temía, y no sin fundamento, que pereciera el Sr. Herrera en una emboscada. Otro resultado no menos doloroso consiguieron lograr tan infructuosas pesquisas: poner en evidencia al Gobierno, que no podía ya disculpar su mala fortuna, alegando que en obsequio del secuestrado no se había activado la persecución. Esta fué activísima al extremo de estar vigilada la familia por la policía secreta para evitar la entrega del rescate.

Como ya hemos dicho, este fué recibido sin contratiempo alguno en el camino de Guara á Melena por el *Rey de los Campos*, quien embolsados los diez mil duros en oro, se preparó para poner en lugar seguro y sin quebranto (como había prometido á la familia) al Sr. Herrera. Al efecto, al medio día del 17, salieron los bandidos del campamento en esta forma: Manuel García delante, á regular distancia Gallo Sosa y bastante á retaguardia Vicente García y el mulato Plasencia llevando en medio al Sr. Herrera. De este modo, si caían en una emboscada, Manuel García y Gallo Sosa sostendrían el encuentro, dando lugar á que Vicente García y Plasencia huyeran con el secuestrado para evitarle todo perjuicio.

Como á las once de la noche del citado 17, se presentó sano y salvo el Sr. Herrera en el puesto de la Guardia Civil de San Nicolás.

Lo que más llamó la atención en este secuestro, á parte de la audacia demostrada por Manuel García pre-



sentándose en una finca bien defendida, fué la forma en que fijó las condiciones del rescate que había de ser precisamente pagado con *dos mil centenes* (diez mil seiscientos pesos) cantidad que no fué rebajada ni en un centavo por el *Rey de los Campos*.

Súpose en aquellos días que Manuel García, en sus conversaciones se expresó despreciativamente respecto del moreno Julián Osma. Con este pretexto, Osma dirigió una nueva carta á *La Lucha*, volviendo á retar al *Rey de los Campos* al cual calificaba de *rey de los venados*.

Hasta fines de Marzo, no se registró hecho alguno criminal realizado por Manuel García. En esta época tuvo efecto un encuentro entre los bandoleros y las fuerzas, dándose el insólito caso de que aquellos echaran pié á tierra, haciendo frente á la tropa. La prensa, al dar cuenta del hecho decía que no había de tardar muchos días, á juzgar por los rumores, en entrar en campaña el *Rey de los Campos*. Efectivamente, á los pocos días se presentó este en una finca á realizar un secuestro, sin llegar á efectuarlo por haberle sido entregados los tres mil pesos exigidos.

El bandolerismo por esta época estaba en todo su apogeo lo mismo en la Habana y Matanzas que en Pinar del Río, Santa Clara y Puerto Príncipe.

En Mayo realizó en Cárdenas un importante servicio el inteligente y valeroso capitán de la Guardia Civil Sr. Arlegui, con la muerte de un bandido de importancia, teniendo que lamentarse en ese encuentro la pérdida de un valiente guardia del benemérito instituto. El domingo 28 de Mayo un sargento, también de la Guardia Civil, acompañado de cuatro números, sostuvo fuego con la partida de Manuel García en el potrero *Homoa*, en los momentos en que la partida se preparaba á almorzar perdiendo estos un caballo, monturas y efectos. El campamento de los

bandidos, donde se creyó con toda seguridad encontrar á Manuel García, fué recorrido en todas direcciones, registrado mata por mata sin dar el menor resultado. Siempre que se trató de capturar al *Rey de los Campos* sucedió lo mismo. Cuando parecía que este se hallaba materialmente acorralado y tendría que optar por morir ó entregarse, parecía que un demonio familiar del temible y afortunado bandido lo salvaba por los aires ó hacía que se lo tragase la tierra. Así transcurrieron muchos meses, registrándose en todos ellos encuentros más ó menos importantes pero á la vez, y como un constante desafío á la justicia, se registraban también muchos más secuestros haciendo desesperar ya á la opinión de que surgiera un Zugásti lo suficientemente astuto ó dichoso para estirpar, sobre todo en la provincia de la Habana, la semilla del bandolerismo que empezaba ya á preocupar hondamente los ánimos con sus alardes de audacia, de verdadera insolencia,

Por aquellos días y unos pocos después de haber visitado esta isla la Infanta doña Eulalia, falleció inesperadamente el general Rodríguez Arias viniendo á sucederle el general Calleja ante el cual había de desenvolver el bandolerismo cubano su última y más grave fase.





## XXVI

**1893—1894—El pánico en los campos—El bandolerismo en la Habana, Santa Clara, Pinar del Rio y Puerto Príncipe—Latrofaciosos—Muerte de Deque Deque—Muerte de Fundora—Oyendo *Mestizos*—Portugalete—Secuestro del Sr. Fernández de Castro.**

Multitud de hechos criminales difíciles de registrar detalladamente en este libro porque lo harían demasiado voluminoso, se efectuaron durante los años 1893 y 1894 por la partida de Manuel García, unas veces reducida á su mas mínima expresión por virtud de los alejamientos temporales de sus miembros para eludir la persecución, engrosada otras con nuevos elementos.

El pánico en los campos llegó al extremo de iniciar una emigración de campesinos á los pueblos de mayor vecindario, huyendo á las exigencias y venganzas del *Rey de los Campos* que sin temor á las emboscadas se presentaba á diario en las fincas. Uno de estos campesinos atemorizados fué D. José Rodríguez de los alrededores de Güines, quien se trasladó con su familia á la cabecera p

no querer acceder á las exigencias de dinero formuladas por Manuel García.

No por la actividad desplegada por las autoridades dejaba de estar bien servido el bandolerismo, como lo demostró la captura de un tal Barranco, cuñado del bandido *Deque Deque*, al tiempo de conducir víveres para los bandoleros, habiéndosele ocupado entre otros artículos, sidras y vinos champagne.

Por entonces (1893) se realizaron varios secuestros en las provincias de Pinar del Río, Santa Clara y Puerto Príncipe en cuyo punto fué asesinado en su finca *El Cercado* su propietario D. Pedro Ugalde por la partida de Mirabal, cuya popularidad en aquella provincia corría parejas con la demostrada por el *Rey de los Campos* en la de la Habana.

Manuel García empezó á dar nuevas pruebas de su audacia y poderío en Septiembre de dicho año, dirigiéndose con amenazas de secuestro á muchos hacendados de aquella zona. Con este motivo escribió un periódico: «Manuel García es desconocido de todos en absoluto así puede presentarse en medio de una columna y exhibir documentos en regla. Lo demuestra el secuestro del señor Herrera á pocos metros de distancia de un destacamento.»

Para los hechos posteriores en que el bandolerismo ejercerá una nueva acción, oportuno será decir que en esta época, no existía una sola provincia entre toda las seis de la Isla, que no contara por lo menos con una partida de bandoleros perfectamente montada, armada y equipada, viniendo á herir mas de una vez la atención pública el hecho insólito de haber exhibido alguno de esos bandidos, documentos que le acreditaban como defensores de la causa separatista, hecho verdaderamente increíble, pues si bien es cierto que después de toda guerra, quedan residuos de ella bajo la forma de latrofaciosos, no cono-

ceamos ninguna guerra contemporánea en que la iniciativa del movimiento revolucionario haya correspondido á bandoleros en cuadrilla.

De un modo ó de otro, el bandolerismo cubano vino haciendo su negocio durante el año 1893 y con intermitencias durante todo el de 1894, registrándose en todo ese tiempo muchos hechos vandálicos y muy contadas capturas y muertes importantes, entre ellas la de *Deque Deque* de la partida de Manuel García, llevada á cabo por fuerzas de la guardia civil con el auxilio y eficaz cooperación del alcalde de San Nicolás Sr. Pizarro.

Contaba entonces la partida del *Rey de los Campos á Gallo Sosa, Sensión* la Muerte y Vicente García, habiéndose separado Plasencia de quien se dijo que había sido lanzado por Manuel García, desconfiando de sus servicios.

Un periódico escribía por aquellos días que se preparaba hacia tiempo un lazo á la partida pero que había fracasado *por ineptitud ó negligencia* de determinada persona bien conocida entre los que tenían á su cargo la persecución. También opinaba el mismo periódico que la voz pública atestiguaba haber presenciado el 11 de Diciembre el *Rey de los Campos* la audición de la ópera *Mefistófele* en el Gran Teatro de Tacón.

El 27 de Diciembre apareció degollado el pardo Blas Torres confidente del alcalde de San Nicolás, recibiendo el teniente de la Guardia Civil Sr. Romero una carta en que le decía Manuel García, que el que se atreviera á votar por el Sr. Pizarro en las nuevas elecciones sería degollado también. ¡A tal extremo llegaba la audacia de Manuel García!

A principios de 1894 y pocos días después del crimen, se presentaron los bandidos en la finca *Soledad*, terrenos de Guanamón, diciendo á su propietario que lo iban á

degollar por *chota*, pero ante sus ruegos le perdonaron la vida, ordenándole presentarse al Sr. Pizarro, manifestándole de parte del *Rey de los Campos* que estaban dispuestos á arrancarle la cabeza á todos los confidentes y que iban á impedir fuera alcalde el año siguiente. Daban así mismo las señas del camino que llevaban y desafiaban la persecución. Argüelles, portador de tan interesantes noticias, fué preso y conducido á la Habana.

Durante el año 1894 se hicieron fuertes los bandidos en sus dominios sin atreverse á hacer frente á la fuerza pública, apareciendo allí donde les llamaba su criminal interés y escurriendo después el bulto. En febrero quemaron la plataforma del ingenio *Rosario* (Aguacate) y se dijo que trataron de realizar el secuestro del Sr. D. Antonio Amblard en su *Central Coliseo* donde quemaron un campo de caña en la esperanza de que el propietario acudiera al lugar del siniestro; pero fueron chasqueados porque el señor Amblard, tal vez avisado de sus intenciones, no abandonó la casa.

En Marzo se supo, que había sido herido *Gallo Sosa* al tiempo de asesinar al pardo confidente del alcalde de San Nicolás. La herida en una rodilla, se enconó pero le fué curada lo mismo que la recibida meses antes por Vicente García, por un médico que residía *muy cerca de la Habana*. Eso dijo *La Lucha*.

A fines de año fué muerto á balazos el bandido *Fun-dora* por la policía á las órdenes del inspector Sr. Miró, auxiliado por dos guardias civiles. El hecho ocurrió en la mañana del 16 de Octubre á un kilómetro del Aguacate y á unos veinte metros de la vía férrea siendo sorprendido el bandolero que no tuvo tiempo de defenderse con su rifle.

Por estos días se dijo que Manuel García había escrito al Excmo. Sr. D. Manuel Calvo en su ingenio *Portu-*

*galete*, exigiéndole ¡veinticinco mil pesos! Dicho rumor fué desmentido pera algo debía tener de fundado cuando á los pocos días fueron pasto de las llamas la casa de calderas y otras dependencias de tan magnífica finca azucarera, habiéndose publicado que el autor del siniestro fué el *Rey de los Campos*.

Días mas tarde se efectuó por Manuel García el ruidoso secuestro del Sr. D. Antonio Fernández de Castro, hermano del diputado autonomista D. Rafael, cuya familia se vió obligada á satisfacer por el rescate quince mil duros en oro al contado, prometiendo entregar cinco mil más.

Entre todos los secuestros realizados por el bandole-ro ninguno movió la opinión y causó mayor resonancia que este, ya por tratarse de una familia cubana que repar-tía el bien á manos llenas desde sus fincas, en muchas leguas á la redonda, ya porque el diputado Sr. Fernández de Castro, hermano del secuestrado posée vastísimas relaciones y aún mayores simpatías, ya por que se efectuó el crimen en condiciones tan singularmente misteriosas que con su relato pudiera escribirse un volúmen.

El Sr. D. Antonio Fernández de Castro fué puesto en libertad á los pocos días después de un terrible cautiverio en el monte, por lo mismo que el secuestro coincidió con uno de los mas terribles ciclones que se han desatado desde hace muchos años sobre esta antilla.





## XXVII

**El bandolerismo y la revolución—El 24 de Febrero—Declaraciones importantes de Manuel García—Como invertía el dinero el *Rey de los Campos*—La tienda del Seborucal—El sacristán de Canasí—Muerte de Manuel García—Enterrado en Ceiba Mocha—Fin—**

Llegamos al final de este libro cuyo último capítulo se escribe precisamente cuando el bandolerismo cubano acaba de sufrir una rara transformación, convirtiéndose en breves momentos de un puñado de forajidos, diseminados á lo largo de toda la isla, en el auxiliar de una revolución que lleva por lema la libertad y el progreso cubanos.

Ni el deseo del autor ni el carácter de esta obra, ni el plan que le guió al escribirla, se ajustan al análisis del actual movimiento insurreccional que transformó á Manuel García en jefe de partida separatista el 24 de febrero de 1895. La transformación es sin embargo explicable si se tienen en cuenta ciertas declaraciones del bandolero y las más recientes hechas al Sr. Varela Zequeira reporter de *La Lucha*, en ocasión de haberlo tenido cautivo *El Rey de los Campos* durante breves horas, el 30 de Enero de este mismo año.



Preguntó el Sr. Varela á Manuel García, entre otros particulares:

—¿Es verdad eso que se dice, que usted va á pelear con fines políticos?

—Yo daría mi vida (respondió el bandolero) con tal de que se declarara la guerra. Si hubiera cuatro hombres como yo, trabajando en combinación le dábamos que hacer en grande al gobierno; pero yo sólo no hago nada. A mí me convendría, por otro lado, porque como yo no espero que me indulten, ni me voy del país por ningún motivo, veo en la guerra un recurso para volver á la vida tranquila, como deseo; todo aparte de que anhelo en primer término, la libertad de Cuba.

Manuel García, pues, se asió al clavo ardiendo de la revolución, para buscar una salida á su situación comprometida, poniéndose al habla con determinadas personas conjuradas para lanzarse al campo el domingo de carnaval del citado año.

Imitando la conducta del *Rey de los Campos*, todos los que hasta entonces habían dado tanto que hacer á las autoridades ejercitando el secuestro, acudieron á engrosar las filas revolucionarias, de un extremo al otro de la isla, sin duda alguna, por la esperanza de poder algún día retirarse de vida tan agitada y llena de sobresaltos y peligros. La revolución, como es natural, había acogido esos elementos útiles para la causa, por su conocimiento del terreno y su familiaridad con la vida de guerrilleros, aceptando los servicios del bandolerismo como un mal necesario, dado que ningún práctico más á propósito podría hallarse que quien llevaba varios años eludiendo una persecución activa, con la mayor fortuna.

Sin inferir grave ofensa á los mantenedores de una idea política que representa un instinto de libertad y de adelanto, no pueden hacerse cargos á la revolución por

haber utilizado al bandolerismo en la contienda. Las revoluciones echan mano, para demoler, de cuantos recursos tienen á su alcance, sin que ello signifique en lo más mínimo solidaridad ni simpatías. En la guerra de la independencia española tomaron parte activa y prestaron valiosos servicios hombres fuera de la ley, algunos de los cuales, como Manuel García, tenían la cabeza pregonada. Además, aún en foragidos cabe el fanatismo político y en tal sentido no puede dudarse que el bandolerismo haya trabajado por la revolución, antes de estallar, contribuyendo para la causa con gruesas sumas.

Tal vez por eso nunca se ocupó á un bandolero capturado, ninguna cantidad de consideración. Preguntado por el Sr. Varela el *Rey de los Campos*, en la entrevista á que hemos hecho referencia, si las armas encontradas hacía poco tiempo en un potrero de Alfonso XII, le pertenecían, respondió el bandolero.

—No, yo tengo las mías bien guardadas y á mí no me las cogen: como también tengo toda la gente que quiera.

De lo anterior se desprende que el bandolerismo, por su propia cuenta ó en inteligencia con ciertos agitadores revolucionarios, contaba con gente y con armas para un momento dado. Así se comprende que según confesión de Manuel García al varias veces nombrado reporter de *La Lucha*, los quince mil pesos arrancados meses antes al Sr. Fernández de Castro por su rescate, estuvieran á fines de enero casi del todo agotados. ¿Cabe en lo razonable que tan alzada cantidad no hubiera durado mas que tres ó cuatro meses?

Simultáneamente con otras pequeñas partidas echóse al campo revolucionario Manuel García el 24 de Febrero de 1895, engrosada su fuerza habitual con treinta y tantos individuos reclutados en la provincia de Matanzas, unos voluntariamente y otros á la fuerza, El jefe de la

partida no era el *Rey de los Campos* sinó un conocido médico de Matanzas, que posteriormente se presentó saliendo al día siguiente para el extranjero.

Manuel García y su gente, hasta el número de cincuenta se presentaron como á las 7 de la noche del domingo 24 de Febrero en la tienda del Seborucal, (Ceiba Mocha) propiedad de D. José Fraguela. Hallábase este de la parte de adentro del mostrador, cuando sintió por el camino estruendoso ruido de caballos como si pasara una columna de fuerza armada. Cuando se preparaba á asomarse á la puerta para conocer á los transeuntes, se vió sorprendido por un hombre que en traje de guerrillero y saltando por encima del mostrador gritó:

—¿Quien es el dueño de esta tienda?

—Un servidor de Vd.—respondió el Sr. Fraguela un tanto sobresaltado.

Yo soy Manuel García—dijo el intruso—Y en nombre de la República cubana exijo todo el dinero que tenga en caja.

A este punto, la partida se había desmontado á la puerta y exigía á los dependientes tabacos, cigarros zapatos, víveres y demás efectos. La familia del Sr. Fraguela, asustada con el bullicio, se había asomado á las ventanas de la tienda, con objeto de averiguar la causa de aquel asalto.

El Sr. Fraguela, después de suplicar que no causaran daño á la familia, entregó á Manuel García 90 centenes 3 lises y 60 pesos en plata.

El *Rey de los Campos* preparábase á extender un vale á nombre de la República cubana cuando se oyó en la parte exterior, que daba al camino, un altercado. Después se oyó una voz de ¡maten á ese voluntario! escuchándose momentos después varios disparos de rifle y revólver.

Lo que había pasado era lo siguiente. Camino de Canasí, llegaron á tomar unas copas en la tienda, D. Felipe Díaz de la Paz, sacristán y alguacil de Canasí y el guardia civil D. Vicente Pérez y García, que venían de la tienda *La Hormiga*. Felipe Díaz llevaba sombrero de jipijapa con escarapela, motivando el grito de ¡maten á ese voluntario!

Al verse agredido Díaz, sin tener en cuenta el número de los agresores, empuñó valientemente el revólver que portaba y empezó á hacer fuego sobre el grupo, siendo perseguido por los bandidos hasta las habitaciones interiores de la tienda de Fragueta, donde fué alcanzado. Lo que sucedió allí eriza los cabellos. El infeliz jóven D. Felipe Díaz fué hecho picadillo por los machetes de cinco bandidos.

El guardia civil Pérez, herido en un brazo y habiéndosele encasquillado el arma montó en su caballo y picó espuelas dirigiéndose á Ceiba Mocha donde dió el oportuno parte.

La partida, realizado el despojo y el macheteo de aquel infeliz, salió en dirección de Canasí, dejando por el camino muchos de los individuos reclutados á viva fuerza. Al partir y no muy lejos de la tienda, se vió vacilar á Manuel García, echarse sobre el cuello del caballo y por fin, caer al suelo.

Vicente García, su hermano, se adelantó y después de haber reconocido el cuerpo exclamó:

—Señores, yo no sigo: han herido á Manuel.

Y dicho esto, los bandidos hicieron rumbo al monte llevando en medio al que hasta entonces había sido su jefe y que debía ir en muy mal estado, cuando su voz no se dejó oír en momentos tan críticos. Dícese que ciertos ya de su muerte los individuos de la partida, abandona-

ron el cuerpo en una vereda, siendo más tarde hallado por la guardia civil.

Las versiones que circularon respecto de la inesperada muerte del audáz bandolero fueron tantas que aún hoy no han llegado á ponerse de acuerdo todos los *testigos presenciales*. Sin embargo, todo ayuda á creer que Manuel García recibió un mortal balazo del sacristán Díaz, cayendo exánime á los pocos instantes de abandonar la tienda del Seborucal. Ello no ha obstado para que á la hora de reconocerse el cadáver todos se hayan disputado la gloria de haber dado muerte al *Rey de los Campos*, quien jamás pudo haber soñado con morir á manos de un humilde acólito de la iglesia parroquial de Canasí.

El tiro que recibió Manuel García y que le causó la muerte, entró por el lado derecho del cuerpo, interesando el pulmón de dicho lado. Créese que solo sobrevivió el bandido una hora escasa después de recibida la herida.

En el cementerio de Ceiba Mocha fué identificado el cadáver, (que abandonaron los bandidos en Seborucal) por muchos vecinos, por el moreno Julian Osma y por los reporters de *La Lucha* y *La Caricatura* el de este último periódico D. Higinio Martínez, primero que conoció á Manuel García, que trasmitió por telégrafo la noticia á la Habana y que siguió con gran celo y discreción el desarrollo de todos los acontecimientos, enviando las fotografías *d' après nature*, de que son copias algunos de los grabados de este libro.

El Sr. Escario fiscal Militar de Matanzas levantó las primeras diligencias del sumario y lo mismo el Sr. Fraguera dueño de la tienda saqueada que muchos vecinos de aquel punto acudieron á prestar declaración.

Manuel García fué enterrado en Ceiba Mocha, á cuyo punto se negó á acudir su esposa, avisada al efecto para

la identificación, que no obstante esa negativa no dejó el menor lugar á duda.

La partida, reducida á cuatro bandidos capitaneados por Vicente García, se internó en los Palos no dando señales de vida mas que en pobres y contadas excursiones.

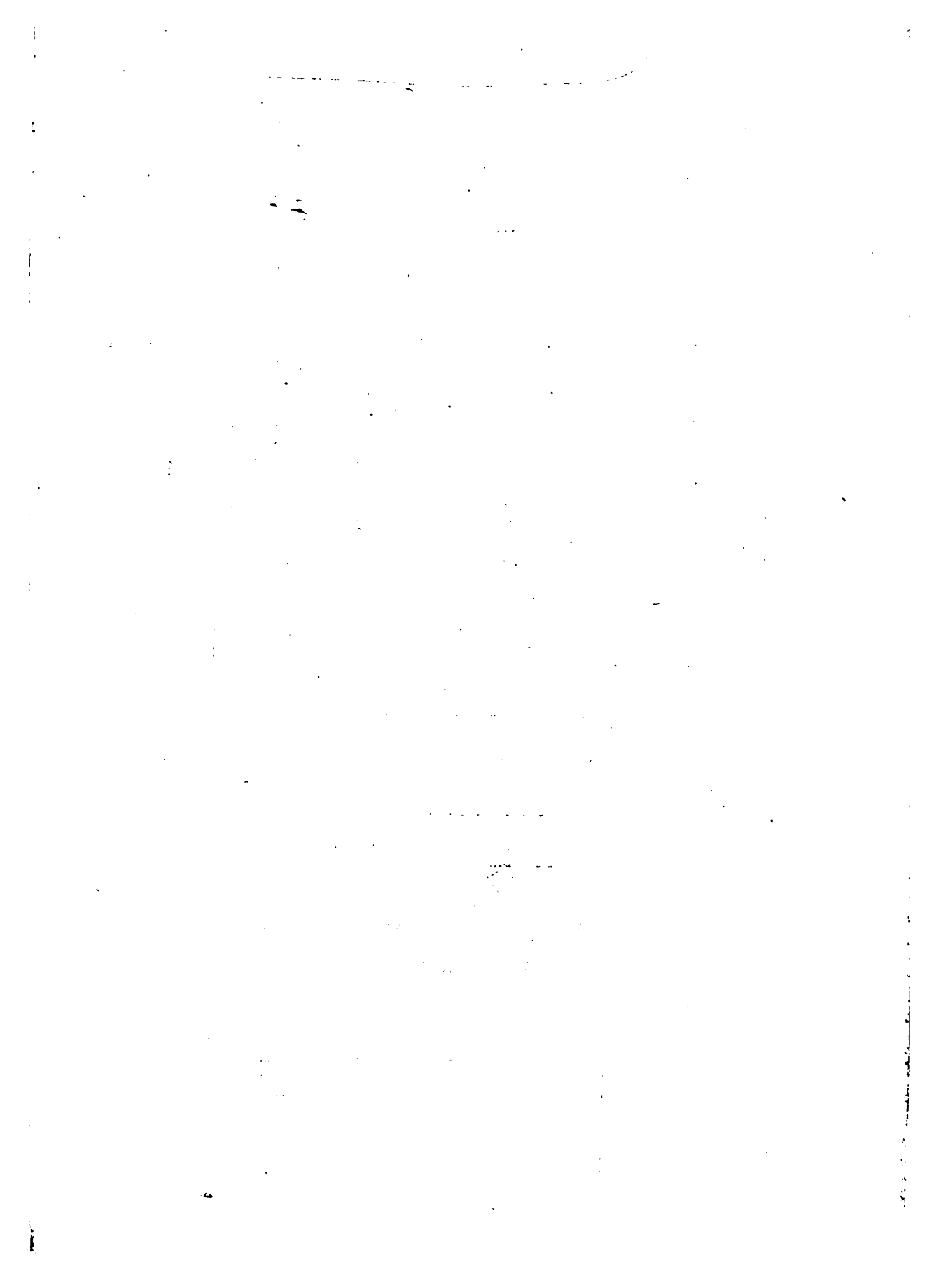
La casualidad al parecer, solo la casualidad, libró al hacendado y al campesino de la dictadura del *Rey de los Campos*, de cuya vida y muerte se deduce que Manuel García hubiera vivido largos años como afortunado bandolero si no hubiese querido meterse en las honduras de la política. ¡Quién sabe sin embargo cuantas circunstancias, casi públicas, que el autor de propósito silencia, contribuyeron á su trágica desaparición del mundo de los vivos!

**FIN**

## UNA ERRATA NOTABLE

---

Algunas erratas se han deslizado en el curso de este libro, á causa de las interrupciones sufridas en la edición que empezó á imprimirse en 1895 y terminó en los primeros meses de 1898. Renunciamos á salvar esas erratas, verdaderamente insignificantes, que ha de salvar con su discreción el lector. No así una inexactitud que, por defecto en los datos que al autor sirvieron para escribir este libro, aparece en sus primeras páginas. Nos referimos al asesinato del inspector de Policía Sr. Castro Camó, en la Plaza de Armas de Matanzas y que aparece erróneamente como Jefe de Policía de aquella provincia, no siendo más que un agente enviado para un servicio especial desde la Habana.





PAPELERIA,

IMPRENTA

ENCUADERNACION

LA AUSTRALIA

FABRICA DE LIBROS PARA EL COMERCIO

NOVEDAD EN TARJETAS  
DE BAUTIZO Y FELICITACIONES

*Gran esmero en la impresión de  
Tarjetas de visitas, Cuentas, Recibos,  
Talonarios, Remisiones y cuantos  
trabajos se relacionan con el ramo.*

UNICA CASA ESPECIAL  
PARA SELLOS DE GOMA

ESTA CASA TIENE ELEMENTOS PARA LA PUBLICACION  
DE FOLLETOS Y PERIODICOS ESPAÑOL É INGLES



31, OBISPO 31  
HABANA

ENTRE MERCADERES Y SAN IGNACIO  
FRENTE AL INSTITUTO DE 2ª ENSEÑANZA









This book should be returned to the Library on or before the last date stamped below.

A fine of five cents a day is incurred by retaining it beyond the specified time.

Please return promptly.